



DIARIO  
DE UN  
VIAJE Á ITALIA EN 1839

POR EL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA QUEIPO DE LLANO

CONDE DE TORENO

(Continuacion.) (1)



IA 26.—Dia muy lluvioso, por lo que sólo vimos:  
1.º Otra vez la Academia de San Lúcas, y nos dolió que con cuadros de Rafael, Guercino y Guido Reni, estuviera un retrato del infante D. Francisco de Paula, muy malo, hecho por él mismo.

2.º La iglesia pegada de San Lúcas muy buena, en cruz griega, y debajo la de Santa Martina, llena de exquisitos mármoles. En la iglesia de San Lúcas hay el modelo en yeso de una estatua colosal de Canova, que representa á la Religion, si no me engaño, y quería colocarla el artista en el nicho que está detrás del San Pedro de bronce en San Pedro; pero no

(1) Véanse las páginas 129 y 257 de este tomo.

tuvo efecto aquel deseo, por negarse á ello los canónigos que rehusaban desalojar al San Pedro ó quitarle de delante.

En frente del modelo en San Lúcas, se vé un cristo pintado por el infante D. Sebastian, malísimo, pero que el infante tiene en grande estima y quiere se le conserve. Antes estaba en la Academia de San Lúcas, frente al cuadro de San Lúcas, de Rafael. Solá lo hizo quitar por honor del propio infante.

*Dia 27.*—1.º Fuí á visitar al cardenal Mai, que vive en el segundo piso del palacio Altieri, plaza del Jesús. Me agasajó muy bien y me enseñó varios códices antiguos como una Biblia, un Homero, un Virgilio de los primeros que se conocen, y el último con estampas ó dibujos notables: me habló también de D. Juan Iriarte, y de lo que publicó éste sobre los manuscritos griegos de la Biblioteca Real de Madrid.

2.º Volviendo al Vaticano, examiné el salón ó pieza del claro-oscuro, pintada primero por Rafael y luego retocada por muchos. También la capilla de Nicolás V, pintada por Giovanni Angelo da Fiesole, artista clásico en su género y en su tiempo; y ví no menos en la habitación del Papa, á donde no se penetra, por lo regular, el salón dentro del cual se celebran los Consistorios.

3.º De nuevo Santa Ana ó Agnese en la plaza Navona, para ver su subterráneo, en donde, como en la iglesia, quedan columnas del Circo de Marco Aurelio que algunos llaman Agonal y estaba en dicha plaza.

*Dia 28.*—7.ª y última excursión con Nibby, de que ya se hablará.

*Dia 29.*—Empezamos las excursiones fuera de Roma. Fué la primera la de Albano, á 14 millas de Roma. Sálese por la puerta de San Juan de Letran, y se vá lo más por la Vía Appia. Muchos acueductos antiguos en el camino, y á la izquierda, yendo, el que se llama *della acqua felice*, muchos sepulcros se divisan también, ó mejor sus restos. Antes de entrar en Albano, el que dicen de Pompeyo, y al salir del otro lado, el llamado de los Horacios y Curacios. Falso el último, el primero más probable de Pompeyo, que de Ascanio, como algunos quieren. En Albano se ven ahora diversos palacios, entre ellos, el de Doria, muy bien situado, y el albergo, denomi-

nado *Villa di Parigi*, que fué de Cárlos IV; en cuyas habitaciones con vista hermosa al mar, posamos nosotros. Domiciano tuvo en Albano una hermosa casa de campo que se extendia hasta Castel-Gandolfo, á cuyo pueblo fuimos, segun costumbre, en borrico. En este pueblo tiene el Papa un palacio situado en la altura deliciosamente, y desde donde se registra por un lado el mar y por otro el lago de Albano, al que tambien bajamos en borrico; y examinamos el *emisario*, que es una salida que dieron los romanos á las aguas por debajo del monte, horadándole. Se descubre en la oscuridad su corriente por medio de una luz que se suelta en ella hasta muy lejos. *Alba-Longa*, fundada, segun refieren, por Ascanio, hijo de Eneas, es hoy *Palazzola*, en un alto, entre el lago y el monte, en donde se levanta un convento. Volviendo en este dia el Papa de su *Villa Felice*, no lejos de Terracina, estaba Albano y todo el camino de fiesta y con mucha gente, que acataba al Papa con veneracion y entusiasmo.

*Dia 30 de Abril.*—1.º Pasé por el sepulcro de Bíbuló, no léjos del Capitolio, del cual no queda sino una inscripcion y pocos restos en la vía de Marforio.

2.º El sepulcro de Augusto, destinado en la actualidad á carrera de caballos: casi nada queda de lo antiguo. Se lee del lado del palacio Valdambri, donde vivimos, una inscripcion que anuncia cuándo se descubrieron estas ruinas.

3.º La iglesia de San Cárlos Borromeo, en el Corso, bella y grande, seria notable en otra parte que en Roma.

*Dia 1.º de Mayo.*—Proseguimos nuestras excursiones fuera de Roma, y fuimos este dia á Frascati, doce millas distante. Salimos por la puerta de San Juan de Letran, y tomamos por donde iba la antigua *Via-Latina*, y cruzando el acueducto del Agua Felice, en la puerta Furva, de Sixto V, vimos:

1.º El pueblo de Frascati, en donde hay la iglesia de San Pedro y una buena fuente en la plaza. La situacion de Frascati es bella y frondosa. Súbese al antiguo *Tusculum*, que está en la cima. A la subida se encuentra un convento de capuchinos con pinturas de Julio Romano, Guido Reni y otros. Pásase despues por la *Ruffinella*, casa de campo que fué de los jesuitas, luégo de Luciano Bonaparte y ahora del Rey del Pia-

monte. Llegando al Túsculo se descubren en consecuencia de las excavaciones mandadas hacer por Luciano Bonaparte y la Reina de Cerdeña, vías públicas antiguas, las gradas de un teatro grande y de otro más pequeño, y de un pórtico contiguos. Enseñan también los restos de una antigua *villa* que atribuyen á Ciceron, y los denominan grutas del mismo Ciceron. Desde la cuesta de este monte se divisa á la izquierda subiendo una alturita que llaman Porcia, y aseguran fué la antigua morada de los Catones. Bajando otra vez, ya en Frascati, aparece la suntuosa *villa* de los Aldobrandini ó Borgheses, construida en tiempo de Clemente VIII (Aldobrandini); asombrosa la vista de la pieza de comer, entre la cascada y la perspectiva de la llanura de Roma. También son notables otras dos ó tres *villas*, como la de Conti, ahora del duque de Bracciano (Torlonia el mayor).

2.º De Frascati pasamos á Grotta Ferrata, distante dos millas. Váse allí para admirar principalmente una célebre capilla pintada al fresco por el Domenichino, producción excellentísima, y sobre toda ponderación la que representa el exorcismo de un espiritado, hecho por San Nilo, y al que, dirigido por este santo, cura un fraile con una gota de aceite que saca de la lámpara. La expresión y ejecución de todas las figuras son maravillosas. El cuadro del altar mayor es de Aníbal Caracci.

3.º Nos trasladamos en seguida á Marino, descollando en una altura y posición bella á cierta distancia el pueblo de Rocca di Papa. En Marino, lugar muy saludable y bien situado, existe en la iglesia de la Trinidad un cuadro de Guido Reni que representa la Trinidad, y en la de San Bernabé otro de Guercino, de su primera manera, que pinta el Martirio de San Bartolomé. De aquí partimos para Roma, atravesando por el valle Ferentino, en donde los pueblos del Lacio tenían sus asambleas. Júntase el camino con el de Albano, y yendo por él entramos en Roma siguiendo la nueva Vía Appia.

*Día 2 de Mayo.*—1.º Fuí yo con *il cavalier* Visconti á ver al cardenal Messofanti, de Bolonia, y el mismo que estaba antes en la biblioteca del Vaticano; célebre por saber cuarenta y siete lenguas, entre vivas y muertas. A mí me habló en es-

pañol con facilidad y buen acento; mostróse entendido en nuestra literatura. Me dijo haber aprendido el español siendo joven, en Bolonia; hizo memoria de los antiguos jesuitas Andrés, Colomes y Sala; díjome del segundo haber escrito varias cosas, y entre ellas dos ó tres tragedias, y del último, que escribía todos los dias cuatro ó cinco versos en cuatro ó cinco lenguas distintas. Me insinuó (Messofanti) que sabia él el catalan y algo de vascuence, con cuyo motivo recordó los nombres y las obras de Larramendi y Astarloa. Admiraba nuestra literatura antigua, y citaba con bastante conocimiento á Garcilaso, Fr. Luis de Leon, Fr. Luis de Granada, Mariana y algun otro. Se me expresó con la misma fácil propiedad en inglés y francés, y habló delante de mí con un aleman y un árabe en sus lenguas respectivas. Por último, es un fenómeno, tanto más pasmoso, cuanto nunca ha salido de Italia. Recientemente ha aprendido el chino. Tiene en el día (1839) unos sesenta y seis años de edad.

2.º Fuimos todos con el escultor Solá á casa de Passeggi, que tiene de venta buenos vasos etruscos (vive vía Babuino, 42), y á casa de Vescovali (plaza de España), en donde se encuentran bastantes cameos y otras antigüedades, pero todo muy caro.

3.º Por la noche estuvimos en el teatro *dei Burattini*, cerca del Corso, en la calle de San Lorenzo *in Lucina*. Es teatro de muñecos, en que se suelen pintar las costumbres y cosas ridículas de Roma.

*Dia 3 de Mayo.*—Vimos:

1.º San Agustín; y allí el Isaías al fresco de Rafael, con una vírgen rodeada de exvotos y milagros.

2.º Santa María de la Pace: en una capilla las Sibilas, de Rafael, al fresco, muy retocadas.

3.º Santa María *dell'anima*: iglesia flamenca, en donde está enterrado Adriano VI.

4.º San Cosme y San Damian en el foro Romano, antiguamente templo de Rómulo y Remo: hay un subterráneo donde se halló la planta de Roma antigua que está en el Capitolio.

5.º San Lorenzo *in Miranda*: templo, segun se ha dicho, de Antonino y Faustina: dentro, nada particular.

6.º Santa Francesca Romana: ocupa esta iglesia parte del templo de Venus y Roma; dícese que en el subterráneo se encontró el cuerpo de la Santa. (El nombre parece indicar el origen.)

7.º Santa María *Liberatrice*, junto al Graecostasis: nada que fije la atención: en el patio una ara antigua.

8.º San Teodoro; antiguo templo de Vesta; se encontró en él la Loba del Capitolio.

9.º Las monjas de Santa Catalina de Sena en el *Quirinal*; desde cuya torre, solo del siglo XIII, cuenta el vulgo, se deleitó Nerón en ver el incendio de Roma. Inmediato á este convento hay otro de dominicas de Santo Domingo y Sixto, en donde encerró Napoleón á la Reina de Etruria.

*Día 4 de Mayo.*—Fuimos á Tívoli, saliendo por la puerta de San Lorenzo, distante de Roma 18 millas: á 4, se pasa el Teverone por el puente Mammolo. A 10, se anda á veces por encima del empedrado de la antigua *vía Tiburtina*. A 12, está el lago Tartaroso, á la izquierda del camino, llamado así por la propiedad que tienen sus aguas tartáreas ó tartaras y calizas de petrificar los vegetales y demás sustancias que se echan dentro de ellas. Más lejos se pasa por un puentecillo, bajo del cual corren aguas sulfúreas procedentes de un lago llamado la *solfatará* á una milla sobre la izquierda del camino Real: es un canal de desagüe que va al Teverone para impedir las inundaciones del lago. Dos millas más allá se cruza el Teverone por el puente Lucano, en cuyas inmediaciones y á la izquierda está el sepulcro de la familia Plautia; semejante al de Cecilia Metella.

A otras dos millas la antigua *Villa Adriana*, que tenía siete millas de circuito: pertenece ahora una parte al Duque Braschi, si bien no tiene palacio en ella. Esta *villa*, según lo que ha dejado dicho Aurelio Victor, fabricada por el Emperador Adriano, fué uno de los asombros de la antigüedad. Se ven aún restos del Teatro Griego, del Pœcile ó pórtico á la manera del de Atenas, del *Nymphæo*, del Palacio del Emperador, del pórtico de los Estoicos, del circo, del hipodromo, de las casernas, de Canope (nombre de una ciudad de Egipto), en que había un templo de Serapis, que era lo representado aquí, y de

los templos, en fin, de Venus y Diana. Muchas estatuas y antigüedades de esta *villa* están en los museos del Capitolio y Vaticano, y en la *villa* Albani, cerca de Roma. Apenas quedan vestigios de los Infiernos (*inferi*) y Campos elíseos. Estaban éstos en un terreno que no pertenece al duque *Braschi* sino á otra condesa. De la *Villa Adriana* pasamos á Tívoli, todavía á dos millas, á donde se llega por medio de una subida rápida. Es el *Tibur*, tan famoso en la antigüedad. Se ven el templo de Vesta muy lindo con columnas corintias é istriadas y el de la Sibila (Nibby afirma que estos dos eran los templos de Hércules Sassano y de Tiburno), con las cascadas que forma el Teverone, que es el antiguo Anio, cayendo de setenta pies de alto, y dando lugar á la formación de la gruta de Neptuno, casi destruida ahora, y á la de las Sirenas. Se descubren despues las llamadas Cascatelle, que forma el mismo Anio ó Teverone. Son unas pequeñas cascadas, muy hermosas, que alimenta este rio, despeñándose de las fábricas de cobre y hierro que allí hay, y á las que ha servido con sus aguas. Dando la vuelta en derredor de los montes cercanos á Tívoli, se enseña un sitio en donde dicen tenia Horacio una casa, y tambien la iglesia de Quintiliolo, muy adorada aquí y á la que festejan el 5 de Mayo, fundada en donde estaba la casa de placer de Quintilio Varo, de que aún se divisan restos y se han sacado cosas muy buenas. Bájase en seguida y se cruza el arroyuelo denominado Aquoria (agua de oro) y despues el Teverone, tomando la antigua *vía Tiburtina*; cerca de la cual se descubren los restos de la *villa* de Mecenas (Nibby cree que era un templo de Hércules). No lejos el que dicen *della Tosse*, que no es otra cosa más que una iglesia arruinada del V ó VI siglo de la era cristiana. La *villa d'Este* en mayor altura, pero cercana, construida en 1549; fue de las más magníficas de Italia: tiene frescos de Zuccari: ahora todo ello muy abandonado. Sitúase á algunas millas de Tívoli, Licenza, que los antiguos apellidaron *Digentia*. En sus cercanías estaba la célebre *villa* de Horacio de que éste ha hecho tantas veces mencion en sus obras; quien dice en su oda 7.<sup>a</sup>, Lib. 1.<sup>o</sup> *ad munatium Plancum Consularem*, que nada le gusta tanto....

*quan domus Albunæ resonantis  
et præceps Anio, et Tiburni locus, et uda  
mobilibus pomaria rivis.*

Dice también el mismo Horacio en la oda XVIII, Lib. L, lo que prueba también que Quintilio Varo tenía allí una casa:

*Nullam, Vare, sacra vite severis arborem  
Circa mite solum tiburis, et mœnia Catili.*

*Días 5 y 6.*—Empleamos éstos:

1.º En ver el palacio Borghese dentro de Roma y su galería de cuadros, visitado todo ello otras veces. Concluido el palacio por Paulo V, que hizo la fachada de San Pedro. En la galería sobresalen un descenso de Rafael, una caza de Diana, de Domenichino, una Danaide del Correggio y un César Borja de Rafael.

2.º En el palacio Doria, además del célebre retrato de Velazquez ya mencionado, una cámara llena de producciones de Gaspar Poussin, un retrato de Doria, un Murillo, algún Españolito y varios de La Notte.

3.º De nuevo otras iglesias y basílicas. Conviene advertir aquí que por lo general se llaman basílicas en Roma todas las que tienen cabildo, tengan ó no la forma de basílicas antiguas, que estaban destinadas á los tribunales civiles. Siete son las principales basílicas de Roma moderna; y por una excepcion, cuatro de ellas son conventos, sólo tres tienen cabildo. Son éstas: San Pedro, Santa María Maggiore, San Giovanni di Latranno. Son aquéllas: San Lorenzo fuera dei muri, Santa Croce in Jerusalemme, San Pablo fuera dei muri, San Sebastiano; en esta iglesia (vía Appia antigua) están las catacumbas que yo visité: cerca, el sepulcro de los Escipiones.

4.º *Le quattro fontane* y la fuente *di Treve*, magnífica: es el Occéano con los tritones, y de la agua *Vergine*. La fuente del Monte-Cavallo, en donde hay, dos caballos notables, que dicen ser uno de Fidias, otro de Praxiteles: en esta plaza del Monte-Cavallo, hay, además del palacio de los Papas y de

Rospigliosi, el de la Consulta, en donde reside el Tribunal de este nombre, de apelacion hoy de la provincia de Roma; tenia antes facultades gubernativas muy extensas.

5.º El sepulcro de Cayo Cestio, uno de los Epulones, de los mejor conservados de los antiguos, de mármol; junto á la puerta de San Pablo, tambien el circo de Rómulo y el Máximo junto al Palatino, del que quedan pocos vestigios. Los juegos y diversiones del circo eran otros que los de los anfiteatros, en los que es muy de notar (en los últimos, destinados á los gladiadores y combates de fieras), cómo hombres civilizados, tales como los romanos, gustaban de las crueldades que allí se hacian, y cómo las matronas y los senadores asistian á semejante carnicería, en donde apenas bastaban dos acueductos para lavar y limpiar la sangre que en pocas horas se derramaba, mucha de ella humana, dando la señal una vírgen ó vestal, y celebrando luégo todas ellas en aquel propio lugar un banquete espléndido. Tan diversas son las ideas de los hombres, áun civilizados, sobre la humanidad.

*Dia 7 de Mayo.*—Visité la Universidad de la Sapienza. Llámala así porque en la fachada que está enfrente de San Giacomo de los Españoles, por la espalda de la plaza Navona, se lee la inscripcion *Initium Sapientiae, timor Domini*. Es un edificio bastante bueno con dos pórticos de orden dórico y de orden jónico. Empezóle Leon X, siguiendo los planes de Miguel Ángel, y le continuaron y concluyeron Sixto V y Alejandro VII. Preside la Universidad el cardenal archi-canciller, componiéndose el cuerpo de un rector y cinco colegios ó facultades: 1.º Teología. 2.º Derecho. 3.º Medicina. 4.º Filosofía. 5.º Filología. Divídense los profesores en estas clases, y hay muchas cátedras, todas gratuitas, para la juventud. Buena biblioteca, y se enseñan las lenguas griega, hebrea, árabe, siríaca y caldea. Empieza á formarse un gabinete de física y de mineralogía. Todo me lo hizo ver Riccioli, profesor de la última ciencia, diciéndome que él habia comenzado á formar el gabinete de historia natural regalando un gallo y un capon disecados, que enseña, siendo el primero, añadia, señal de la vigilancia, y el segundo de la opresion. Como en Roma todo se dice dado por la munificencia de los Papas, es de notar aquí un

macho de cabrío disecado, en cuya base ó peana se lee: *Municipentia Gregorii XVI.*

*Dia 8 de Mayo.*—Me encaminé á Ostia con Nibby. Dista de Roma unas quince millas. En el camino se goza de vista bastante buena en algunos parajes, y en otros se toca con las orillas del Tíber. Antes de llegar á Ostia hay dos sepulcros; del uno queda sólo la inscripcion que reza fué enterrado allí un individuo de Braga, en Portugal, calificándose de español y añadiendo que mandaba una ala de caballos españoles en Inglaterra; del otro sepulcro se ven mayores reliquias. La Ostia moderna está más lejos del mar que la antigua; divídese allí el Tíber, antes de desembocar, en dos brazos: el de la izquierda es el que pasa por el lado de Ostia; el de la derecha va por Fiumicino; abrió éste Trajano y por él entran los barcos, aunque todos los dias se aumenta la arena. En el brazo de la izquierda muéstrase el paraje por donde describe Virgilio que penetró Eneas, y tambien el que particulariza Ciceron en su oracion *pro lege manilia*, con motivo de haber desembarcado allí y pillado la tierra los piratas ó *prædones*, para vergüenza de Roma, tratada de ese modo casi á sus puertas. Quedan reliquias de la Ostia antigua; sobre todo, un templo que dicen fué de Júpiter, Juno y Minerva. A dos millas é izquierda de Ostia, está Castel-fusano, hácia cuyo sitio debió de estar la quinta de Plinio el Menor, segun su descripcion. Pertenece á los príncipes Chigi. No vale cosa la quinta actual, pero la rodean pinares, no distando el mar sino una milla, al que se va por un camino nuevo dividido en ocho estadios, que es una milla romana. El camino, como la division, está hecho á la manera de las antiguas *vías*. La vista, cuando se llega á su remate, es deliciosísima. En la playa habia algunos pescadores, pero de puertos vecinos; porque todo este país, y Ostia mismo, se ve solitario y sin habitantes en la estacion del calor y del otoño, á causa de la mala ó *cattiva aria*, que es terrible aquí y mortífera.

*Dia 9 de Mayo.*—He ido á ver con *il cavalier* Visconti el Colegio de Propaganda Fide, fundado por Gregorio XV (Ludovisi) y concluido por Urbano VIII (Barberini). Tiene su asiento en la plaza de España, y están ahora de nuevo á su frente

los jesuitas. Mantiene el establecimiento cien alumnos, de los cuales cuarenta son chinos, maronitas, árabes, griegos, de la California, etc. Oí leer en chino á uno que lo era. Hay misioneros de este colegio en muchas partes. Sin embargo, no son tan ricos como los protestantes de las sociedades bíblicas, segun me aseguró el rector, jesuita y hombre atento.

Más tarde vi el mismo dia, que era el de la Ascension, la bendicion que en aquella festividad echa el Papa desde el balcon de enmedio de San Juan de Letran. Vimos (mi mujer y yo) esta ceremonia en casa de la princesa rusa Wolkonsky, que fué una de las princesas que convirtieron en Rusia al catolicismo los jesuitas, suceso que hizo gran ruido, y motivó en los últimos años la expulsion de estos padres fuera de aquel imperio.

En los dias siguientes de este mismo mes de Mayo, he vuelto á examinar varias de las cosas ya vistas, á ver otras nuevas y á hacer, en fin, otro nuevo giro ó paseo de Roma, entre las cuales son más de notar: San Bartolomé, antiguo templo de Esculapio, en la isla del Tíber, Ripa Grande, Porta Portese, Santa Cecilia, I Santi Quaranti, donde hay un cuadro notable (que representa á la Vírgen) de Preziado, que estuvo en Roma, presidiendo la reunion de pensionistas del Gobierno español; la puerta é iglesia de San Pancrazio, fuera de muros, en la que fué ungido y coronado Pedro II el Católico de Aragon (en 1204) por Inocencio III; San Nereo y Aquileo, el columbario de Pomponio Hylas, ó sea de los esclavos de Augusto; el monumento de Servilio IV, Santa María in Cosmedin, ó *bocca della veritá*, antes templo de Pudicitia Patricia ú otro quizá; restos y columnas antiguas, San Andrea de Monte-Cavallo (de jesuitas), San Silvestre, San Eusebio, con un fresco de Mengs; Santa Bibiana, Santa María *in Campitelli*, La Piazza Montanara (á donde *i contadini*, los paisanos, suelen traer á vender antigüedades), San Nicolo *in Carcere*, las pequeñas cúpulas de San Pedro que están sobrepuestas á las que corresponden á las capillas Gregoriana y de San Gregorio; el palacio Costaguti, feo y chico, junto al Ghetto, de los judíos; pero que tiene frescos de Albano, Domenichino, Guercino, etc.; sepulcros antiguos encontrados en una viña del español Lozano en-

tre Puerta Pía y Puerta San Lorenzo; Santa Croce *in Ferusalemme*, donde yace enterrado detrás del altar mayor el cardenal Quiñones, español y leonés, muerto por los años de 1536; hay muchas reliquias, algunas singulares: el *bosco* Parrhasio hácia el Janículo, donde se juntan los poetas Arcades, el cual se restablece ahora; se vé en él una inscripcion en honor de Juan V de Portugal; los estudios ó talleres del escultor Reinaldi, que fueron los de Canova, el del pintor Camuccini (antes habia visto su casa, en donde hay cuadros antiguos; en su estudio se ven sus obras y grandes cuadros de que varios están en Napoles); el Jardin Botánico, que está junto al palacio Salviati, á la derecha del Tíber; el Mosaicista Barberi (*via Rase-lla*) el primero de Roma; el pintor Carta, y la *Stamperia Camerale* ó del gobierno, en la *vía* ó *strada* del mismo nombre.

El 26 de este mes de Mayo vimos en San Pedro la canonizacion de cuatro ó cinco Santos, acto que no se habia verificado más de treinta años habia y funcion que es sumamente larga, habiendo desfigurado para ello con colgaduras y otros adornos la hermosísima iglesia de San Pedro.

Fuí el 28 al Colegio Romano, que es de jesuitas y competidor de la Universidad; empezó su museo en el siglo XVII el padre Kircker. Muy completa la coleccion de monedas romanas, particularmente en Asses (*as, assis*), legada por el cardenal Zelada y continuada despues.

El 30, dia del Corpus, su procesion, que es de las mejores festividades de Roma: el Papa va sentado bajo su dosel ó *bal-dacchino*, pero parece como si fuera de rodillas; asistian unos 80 obispos y 26 cardenales con otros prelados de *mantelletta*, que son los superiores, y los de *mantellone* en el servicio inmediato del Papa, las comunidades y demás conveniente aparato.

IDEA MUY SUCINTA DEL GIRO Ó CURSO DE ANTIGÜEDADES  
HECHO CON EL ANTICUARIO NIBBY EN ROMA.

15 de Abril.—Prmer dia.—1.º Exámen de los siete collados ó colinas de Roma antigua, hecho por Nibby desde lo alto de la torre (cuya campana es la primera que toca á la muerte de los Papas) en el palacio senatorial del Capitolio, fundado por Bonifacio IX y hermoseado por Paulo III, sobre el antiguo *Tabularium*, depósito de las tablas de bronce guardadas allí, en las que estaban escritos ó esculpidos los senado-consultos, los decretos del pueblo, los tratados de paz y alianza, etc. Queda debajo, hácia el Foro, un bello resto del *Tabularium*.

2.º Se señalaron bien por Nibby los siete collados Palatino, Capitolino, Aventino, Celio, Esquilino, Viminal y Quirinal. Detrás de ellos y á la izquierda del Tíber y del Teverone, de las faldas acá de las montañas que se descubren entre estos rios, Roma y el mar, moraban los doce pueblos de la confederacion latina; empezando por Laurentum (hoy Paterno), Alba-Longa (hoy Palazzuolo). Al otro lado de las mismas montañas residian los Volscos, los Hérnicos, los Aequos, etc., y á la derecha del Teverone los Sabinos. A la del Tíber los Etruscos, que eran tambien doce ciudades ó pueblos confederados. Desde el Janículo al mar los Veyentes, que componian parte de estos pueblos.

El Monte Capitolino forma el centro entre Roma antigua y Roma moderna; extendíase el Campo de Marte entre el Quirinal, el Esquilino y el Capitolino por una llanura.

3.º Debajo del Capitolio hácia el Foro. A la derecha, el pórtico de *Dii consentientes*, el templo de la Fortuna, el de Júpiter Tonante; á la izquierda el de la Concordia, donde se juntaba muchas veces el Senado, y el arco de Septimio Severo. Habia la subida ó *clivus Capitolinus* y el *clivus* ó Subida Sagrada.

4.º El Foro Romano entre el Capitolino y el Palatino. Allí la Curia, donde se juntaba el Senado habitualmente: pegado al

*Comitium* y el *Rostra* ó tribuna. En una esquina el *Græcostasis*, donde se recibían los embajadores (llamado así porque los primeros fueron los griegos enviados por Pirro); en otra punta el templo de Vesta, dentro del cual se custodiaba el fuego sagrado, el Palladium y las verdaderas Vestales (hoy es la iglesia de San Teodoro). Luégo se aumentó este Foro con el de Julio César, que comenzaba desde la columna de Focas: hay reliquias allí de una clypsedra y de otro rostra. El Foro de Augusto continuaba despues del de Julio César. Ensanchada Roma, crecieron los foros, antes sólo tres, con el *Boarium*, *Olitorium*, *Piscatorium*, el de Trajano y el de Nerva, y otros dos pequeños en el Esquilino y Aventino.

*Segundo dia de Nibby.—16 de Abril.—1.º* Vimos con detemimiento el Palatino, subiendo á su altura por junto al Arco de Tito. Entramos en la Villa Spada, que pertenece ahora al inglés Mr. Mills. Registramos en los subterráneos del jardin los que dicen ser cuartos ó habitaciones de Augusto. A la izquierda la palestra ó ejercicio de atletas con sus baños. Delante del propio jardin, en el valle ú hondonada que se forma entre el Palatino y el Aventino, el Circo Máximo, donde se hizo el robo de las Sabinas por Rómulo. Se llamó Máximo cuando se agrandó. Cabían más de 380.000 espectadores. Dábanse allí los juegos que llamaban Circenses, y eran los que más amaban los romanos. Consistian en carreras y en carros tirados por dos ó cuatro caballos (*bigæ quadrigæ*), en juegos atléticos, como el del disco, el pugilato, etc. En el jardin de Mills vimos dentro de la casa las pinturas de Rafael y sus discípulos, que consisten en unas Venus de mucha belleza y de diversas especies, segun consta, de Marco Antonio. Salimos de dicho jardin y entramos en lo restante del mismo Palatino, en el que igualmente visitamos:

2.º Por la parte que linda con la posesion de Mills, y que pertenece ahora á la casa Farnesio (al Rey de Nápoles), el Palacio de Augusto, segun lo fueron aumentando los Emperadores sus sucesores y al que dieron nombre de Palacio de los Césares. Ocupaba todo el Palatino. En la porcion más cercana al jardin de Mills, estaba la antigua Biblioteca del Palacio, en la que Augusto recibía al Senado en sus últimos años, no

pudiendo ir hasta la Curia, lo cual consta de Plinio. No muy lejos, un templo de Apolo que levantó Augusto, por vía de gracias de la batalla de Actium, al que denominan comunmente Baños de Livia, todo dentro del Palacio, el cual daba vistas por un lado á la *Vía Sacra* y por el otro tocaba con la Curia y el templo de Vesta (hoy San Teodoro), término por allí del Foro Romano. Este Palacio de los Césares, cuando se fué agrandando, abrazó varias casas antiguas, y entre ellas la de Ciceron, que parece estaba en uno de los ángulos del Palatino, mirando al Aventino. Se ensanchó á punto el Palacio, que llegó hasta el Esquilino. Quemóse y Neron lo reparó, con tal magnificencia que le denominaron *Domus Aurea Neronis*. Dicen que tenia tres mil columnas y delante una estatua colosal del mismo Neron, de 120 pies de alto. Recorrido que hubimos el Palatino por esta parte que está fuera del jardin de Mills, en la cual quedan tristes vestigios de un palacio y jardines de los Farnesios, cruzamos:

3.º La Vía Sacra, de que por parajes resta señalado y muy á las claras el empedrado antiguo, de grandes trozos de basalto, cortados desigualmente.

Examinamos despues prolijamente la basilica de Constantino, inmensa. Destinábase para los tribunales. Se la llamó desde el siglo XV y la llaman aún Templo de la Paz. Está distribuida en tres naves con enormes pilastras. Manifiesta su fábrica época de decadencia. Se ven en seguida dos columnas en *cipolino* (especie de mármol verdoso), que son restos del templo de Rómulo y Remo, pegada al cual está ahora la iglesia de San Cosme y San Damian. Nos paramos despues junto al templo de Antonino y Faustina, de que queda el pórtico con seis columnas de frente y tres de lado, hoy San Lorenzo *in Miranda*.

*Tercer dia de Nibby.—17 de Abril.—1.º* Visitamos el Arco de Tito, erigido por el Senado y pueblo romano en honor de Tito Vespasiano, que habia tomado á Jerusalem. El candelabro y otros enseres del templo representados allí y que fueron llevados en el triunfo, no debieron ser los verdaderos, segun la descripcion que de ellos hace Josefo. El arco de orden compuesto; quedan del antiguo dos columnas. Está muy reparado.

2.º El templo de Venus y de Roma. Adriano diseñó él mismo y dirigió la construcción de este templo, según asienta Dion Cassio. Debió de ser magnífico. Ocupa parte de su antiguo solar la iglesia ó convento de Santa Francisca Romana. Transportaron delante de este templo y frontero al Coliseo la estátua colosal de Neron, de bronce, colocada ántes en otro sitio. La trasladaron entera, tirando 24 elefantes de la máquina ó carro en que se llevó. La mudaron el nombre, y la convirtieron en estátua del Sol.

3.º El Coliseo. Visitámoslo detenidamente. Se erigió donde estaba el estanque de los jardines de Neron. Beda fué quien primero le denominó Coliseo, á causa de su tamaño (siglo VIII). Lo construyó Flavio Vespasiano. Era un anfiteatro, en el que cabían 87.000 personas, de figura elíptica, y destinado al combate de las fieras y de los gladiadores. Lo he descrito ya en otra parte.

4.º El Arco de Constantino, erigido por el Senado y pueblo romano. De gusto decadente, pero bien conservado, de tres arcos y órden corintio. Lo mejor está sacado de un arco antiguo de Trajano. Por debajo hasta el Circo pasaba la Vía Triunfal, empezando la Vía Sacra desde aquí y prosiguiendo hasta el Capitolio. La *Meta Sudans* servía de término ó límite á cuatro barrios de Roma, mejor que al Circo como se ha dicho en otra parte, quizá equivocadamente.

5.º Jano Cuadrifronte, nombre que le venía de sus cuatro fachadas. Era de los Jani (pórticos, bóvedas) que los romanos construían en los cruceros ó cuatro calles para los mercaderes y contratantes: nada tenían que ver con el templo de Jano. Cerca del Cuadrifronte hay un pequeño arco en obsequio de Septimio Severo, erigido conforme á lo que reza un letrero, por los tratantes en vacas y bueyes. Caracalla hizo borrar en la inscripción el nombre de su hermano Geta. El arco es de poco valer, sólo notable por verse en él los enseres que se empleaban en los sacrificios. Está adyacente la iglesia antigua de San Jorge (*Giorgio*).

6.º La Cloaca Máxima, construcción admirable de Tarquino el Soberbio: iba desde el Foro hasta el Tíber.

*Día 4.º de Nibby.—19 de Abril.—1.º Foro Trajano. La*

columna que se alza en medio es un magnífico monumento, dedicado á aquel Emperador por el Senado y pueblo romano, en consecuencia de las victorias obtenidas contra los Dacios. Es de orden dórico; tiene 132 pies desde el suelo hasta lo alto de la estatua, que era de bronce y del Emperador Trajano. Sustituyó á ésta la de San Pedro, también de bronce, el Papa Sixto V. Representa la columna la primera y segunda expedición de Trajano contra Decéballo, Rey de los Dacios, en el año 101 de la Era Cristiana. Esculpida maravillosamente: se distinguen en ella 2.500 figuras de hombres diferentes, además de una infinidad de caballos, armas y trofeos. La escalera está abierta en los pedazos mismos de piedra de mármol blanco que forman la columna. Por ahí se conjeturará el tamaño de ellos, y el laborioso cuidado de su fábrica. Subimos á lo más alto de la columna. En este foro estaba la Biblioteca Ulpiana y había una basílica, un templo, infinidad de columnas.

2.º Columna Antonina, en la plaza Colona. Levantóse en honor de Marco Aurelio Antonino, y ocupaba parte del Foro de Antonino el Piadoso, antecesor suyo. Es de orden dórico y de mármol también blanco. Su altura, poco más ó menos, como la de la Trajana. Sus escalones igualmente cortados en el macizo del mármol. Los bajo-relieves inferiores á los de la otra columna. Sixto V mandó poner en lo alto á San Pablo, en lugar de la estatua de Marco Aurelio.

3.º Termas de Caracalla. Llámánlas también Antonianas por ser Antonino Caracalla, hijo de Septimio Severo, quien las mandó fabricar. Eran principalmente las Termas (*Thermæ*) para bañarse: hubo después en ellas pórticos, bibliotecas, palestras (de  $\pi\acute{\alpha}\lambda\eta$ , lucha) stadios (ejercicios de carreras), etc. En éstas de Caracalla lo había todo. Según Olimpiodoro, sólo para bañarse 1.600 sitios diversos. Puede conjeturarse cuán magníficas serían, cuando se han encontrado aquí, según queda dicho en otra parte, el Toro Farnesio, el Hércules Farnesio, la Flora Farnesia y el famoso Torso de Belvedere. Tenía cada lado del cuadrado de estas termas 1.050 pies.

4.º Termas de Tito. Atravesamos para llegar á ellas un jardín nuevo que llaman Botánico y es un cercado de árboles, algunos exóticos (creo), cerca de la iglesia de San Juan y San

Pablo. Sirvióse Tito para hacerlas del palacio de Neron, del que aún se descubren algunos frescos bien conservados que guiaron, á lo que aseguran, á Rafael en el trazado de sus arabescos.

5.º *dia de Nibby.*—22 de Abril.—1.º Antes de llegar á la Puerta Pía, que está á la izquierda de la Nomentana antigua, y entre ésta y la Puerta Salara, nos mostró Nibby los restos del *agger* de Servio Tullio, ó sean los muros antiguos de Roma; tambien allí cerca el *sceleratus campus*, en cuyo sitio se enteraba vivas á las Vestales culpadas: estandos pegados al *agger* las huertas ó jardines de Salustio, de los que aún se distinguen el sitio del palacio, el templo de Venus y el circo.

2.º Salimos por la Puerta Pia, y siguiendo la antigua *vía Nomentana*, inmediato á las *Villas* modernas Pratrizii y Torlonia, llegamos á Santa Agnese *fuora dei muri*, iglesia notable fundada por Constantino, que conserva la antigua forma de basílica, esto es, doble ó de dos cuerpos. Está en el muro una inscripcion que San Dámaso puso en honor de Santa Ana. Tambien existe allí un busto del Salvador hecho por Miguel Angel. Junto á esta iglesia, vése la de Santa Constanza que ha servido de sepulcro á la familia de Constantino. Dícese si fué templo de Baco. Nibby cree que no. Sacaron de aquí los dos famosos sarcófagos de pórfido de Santa Helena y Constanza, que se custodian en el Museo del Vaticano. En las bóvedas mosáicos antiguos que reparan ahora.

3.º Visitamos el Monte Sacro (*Mons Sacer*), despues de pasar por un puente el Teverone ó Anio de los antiguos (*Anio, Anionis*). Muchos le llaman tambien en la actualidad *Fiume Aniese*. Sábese que el Monte Sacro fué a donde se retiró el pueblo romano, de cuyas resultas se crearon los Tribunos de la plebe. Que éste sea el Monte Sacro de los antiguos, parece indudable, pues segun Tito Livio, Cicerón y otros autores, estaba aquél á tres millas de Roma, en la Vía Nomentana, y más allá del Anio, todo lo cual concuerda con el actual Monte Sacro, llamado ántes Velia.

4.º Las termas de Diocleciano. Cartuja al presente de Santa María *degli Angeli*. Hablamos ya de ellas, al tratar de esta iglesia, siendo de notar sus inmensas columnas de un solo trozo de granito.

5.º Echamos un vistazo á las reliquias de una fuente antigua, Julia, antes de Puerta Mayor, y al arco de Galiano, que no tiene nada de particular.

6.ª *excursion con Nibby.*—23 de Abril.—1.º Saliendo por la puerta del Pópulo, fuimos recorriendo la muralla y todas las puertas de Roma en su derredor á la izquierda del Tíber, á saber: la Pinciana, la Salara, la Pia, la de San Lorenzo, la Maggiore, la San Giovanni, la San Sebastiano (antigua Capena) y la de San Paolo. En el intermedio hay otras que estan condenadas, como la Metronia, la Latina, etc. En estos muros y en estas puertas hay construcciones de diversas épocas.

En la Maggiore nótase un monumento ó sepulcro de unos panaderos (pistores), descubierto últimamente. Tiene esta puerta (Maggiore) forma de arco de triunfo, que elevó el Emperador Claudio para decorar su acueducto en la parte que atraviesa la Vía Labicana. Se leen tres grandes inscripciones. Estaba el Anfiteatro Castrensium, ó sea lugar para los combates de los soldados y las fieras, entre la puerta Maggiore y la de San Giovanni. A la derecha de ésta se halla la antigua Asinaria, por donde entró Totila en Roma (rey de los Ostrogodos en 549). Corria por la de San Sebastian la antigua Vía Appia, y á la derecha de la de San Paolo la pirámide ó sepulcro de Cayo Cestío, Epulo y Tribuno de la plebe, poco antes de Augusto; es de mármol, con una inscripcion curiosa.

2.º Entramos por la puerta de San Pablo, y dejando á la izquierda el Monte Testaccio, llamado así por haberse formado de cascotes viejos (de testa, casco ó cacharro), pasamos por el arco de San Lázaro á la Marmorata, orillas del Tíber y faldas del Aventino, donde Caco tenía su asiento segun Virgilio, y al templo de Vesta, habiendo en cada curia antigua uno de estos templos. Cerca, el de la *Fortuna virilis*, que data de la República, pequeño como todos los de aquel tiempo, inmediato todo ello al Puente Rotto y á la casa del hijo de Crescencio, cónsul romano en el siglo X. Es la que llaman Casa de Rienzo.

3.º Pasamos por el teatro de Marcello, que fabricó Octaviano Augusto en honor de Marcelo, hijo de su hermana Octavia. Existen restos de órden dórico y jónico. Cabian unas

30.000 personas. También visitamos las ruinas del pórtico de Octavia, cerca del teatro de Marcello, en donde Augusto cerró los templos de Júpiter y Juno.

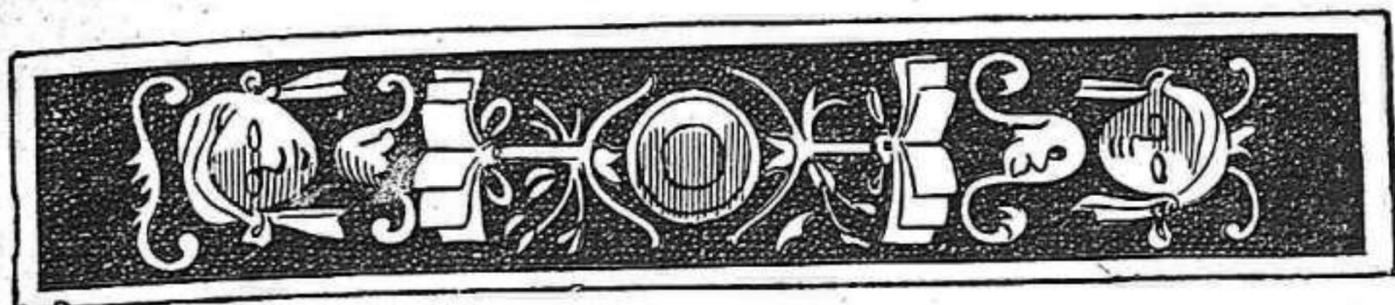
*Sétimo día y excursión última con Nibby, de las de Roma, 28 de Abril.*—1.º Yendo á la puerta de San Sebastian, cerca de la cual estaba la Capena, cruzamos por debajo del arco de Druso, erigido en honor de éste, padre del Emperador Claudio. Quedan dos columnas del lado de afuera. Por la puerta de San Sebastian entró Carlos V en triunfo, viniendo de Túnez, después de haber almorzado en la fuente de la Ninfa llamada Egeria. El francés Rabelais, testigo de vista, hizo una relación muy curiosa de toda esta entrada.

2.º El templo del Dios Rediculo. Se confunde éste con el templo ó campo que se erigió al Genio de la Vuelta (*de redire, rediculum*) cuando Aníbal se marchó, al que denominaron *fanum rediculi*. Se presume que el templo cuyos restos aún se conservan estaba consagrado al río Almonte, lo mismo que lo que llaman fuente de la Ninfa Egeria, allí vecina. Vimos al propio tiempo las cuatro columnas de mármol blanco, istriadas y de orden corintio, que servían de pórtico á un templo consagrado á Baco.

3.º El Circo de Rómulo, apellidado malamente de Caracalla. Por las excavaciones que hizo Nibby á expensas del banquero Torlonia en 1825, se ve y resulta de una inscripción que fué este circo formado en honor de Rómulo, hijo de Maxencio, en 311; es el mejor conservado de todos. Cabían 15.000 espectadores. Se descubre aún el lugar y los restos de las Carceres, la Spina, el Pulvinar, etc.

4.º Sepulcro de Cecilia Metella: no se sabe nada de ella más que por una inscripción que allí se conserva, y reza que era hija de Metello Crético y mujer de Crasso (el famoso). Es de los primeros en que se empleó el mármol. Por esta Vía Appia se descubren á un lado y á otro reliquias de muchos sepulcros.

(Se concluirá.)



## POETAS AMERICANOS

—  
MANUEL CARPIO



QUE ha vivido un hombre que se llamaba Manuel Carpio, es lo único que sabemos para hacer la biografía del poeta; mas para apreciar sus relevantes talentos, nos quedan sus obras, suntuoso túmulo debido á sus propias fuerzas, con las que supo labrarse una nueva vida para después de su muerte. Nacido en la tierra aquélla donde el sol todo lo dora, donde el perfume natural de las hermosas flores todo lo embalsama, sus poesías son poco conocidas entre nosotros y su nombre casi no suena, pues las voces de los que podían hacerlo llegar á nuestros oídos no se perciben, apagadas por el continuo rugir de las oleadas que las modernas opiniones han hecho moverse en aquellas Andalucías riquísimas del mundo que diera Colón por hermano al ya viejo que antes tenían los mortales para morar.

Extraño puede parecer, por la punzante discordancia que resulta de los dos nombres, que al querer tratar del poeta católico, del poeta eminentemente religioso que México tiene inscrito en las brillantes páginas de su historia literaria, nombremos al irónico y sangriento *Heine*, al *Voltaire* ale-

mán; pero el justo: refiere el autor del *Intermezzo* que cerca de *Goettinga* conoció, cuando él aún no era conocido, á dos hermanas apellidadas *Kuhn* que formaban entre sí el más extraño contraste; la una era positivista y dada á las más prácticas realidades; fuerte y gruesa, gustaba poco del sencillo *lied*, al que no encontraba significación, y hacía falta nada menos que un terrorífico cuento de *Hoffman*, para que se manifestara conmovida; Sofía, que así se llamaba la otra, era dulce y sencilla, asemejábase á esa menuda y delicada planta que al tacto plega sus hojas y se pone mustia y que sin duda por esta razón ha recibido el nombre de *sensitiva*. Ella había sido la musa inspiradora del romántico *Novalis*, y cuando algún tiempo después de muerto éste, *Heine*, llevando, como él mismo dice poéticamente, clavado el dardo en el corazón, volvió á encontrar á la que en vida fuera ídolo é inspiración del tierno autor de los *Himnos á la Noche*, hallóla sosteniendo entre sus pálidas manos un libro que le dió á conocer la inacabada novela á que su amante diera por título *Henri von Offerdingen*, novela donde habia narrado las curiosas aventuras del que luchara en la *Wartbourg* con *Khingrohr* de Hungría; también nosotros cogimos de manos de elegante y religiosa dama las bellísimas joyas en que nos vamos á ocupar; ella fué la primera en dárnosla á conocer, y si por los encantos de forma en la exposición que de ella hizo, ganaran las bellas letras alemanas con el hallazgo que *Heine* revelara, no dejarán de ganar tampoco las españolas con nuestra presentación; los méritos del presentado no decrecen, ni se aminoran, ni se empañan, por toscas y desaliñadas que sean las formas de aquél que á lujosísimo salón lo lleva.

Felices nosotros, que en esta ocasión no podemos temer ni el desaire, ni el cansancio que naturalmente produce el esfuerzo que hay que realizar para conseguir una cosa difícil; presentar á Carpio es una valiosa recomendación para nosotros, pues él por sí sólo se recomienda, y una vez visto, pasa desde luego á ocupar por derecho propio el lugar que legítimamente le corresponde; elevado puesto al que sólo llegan los maestros, y lástima y pena produce considerar cuán

descuidada se halla en México la lectura de este poeta y de los que como él merecen el título de hablistas, pues de ser lo contrario, menos incorrecciones cometerían los vates principiantes, que por desgracia se dejan arrastrar con harta frecuencia por visiones irrealizables y fantasmas que no conducen más que al lenguaje incoherente, hijo de una vehemencia exagerada en la que no andan, sino saltan. Pensar que Carpio puede yacer en el olvido porque, dadas las corrientes de la época, se le haya ocurrido á cualquiera calificarle de anticuado, es cosa que consignamos solamente llevados de una sospecha no más, pues en modo alguno puede imputarse tan enorme despropósito á quien sepa lo que es literatura, á quien sepa lo que es poesía propiamente hablando y sepa también lo que es lenguaje. Las modernas opiniones exageradas hasta un punto en que difícil se hace distinguirlas del *delirio tremens*, las perniciosas luchas políticas y más que políticas de bandería, que en ocasiones repetidas han hecho del hermosísimo edén mexicano un infierno tal cual pintan los hagiógrafos el reservado á los perversos, será tal vez causa del abandono en que á este inspirado maestro del buen decir se deja, temiendo tal vez algún *sprit fort* de los que se acostumbran ahora, que nada bueno haya podido decir quien con el corazón exento de pasiones bastardas y con los ojos puestos en Dios, creía en su omnipotencia divina, bendecía su sacrosanto nombre y con los ojos preñados de lágrimas saludaba á la madre del *Verbo* con el acatamiento del buen cristiano cuya profunda fe no quebrantan ni temores, ni amenazas, ni penalidades.

Error profundo el de los que así piensan; estudiando cuantas literaturas se han sucedido en el tiempo, debidas á pueblos que florecieron y que al pasar á la historia nos han dejado en riquísima herencia las valiosas joyas de sus ingenios, pueden convencerse de lo contrario; desde las literaturas orientales, pasando por las antiguas de nuestra familia hasta llegar á las modernas, no hay una que deje de tener grandes modelos en el género que con tanto acierto cultivara el modesto cuanto notable poeta en que nos ocupamos, y jamás ni la pasión ni el sentimiento político hizo que de

ellos se apartara la vista; admiramos aún las soberbias *eslo-  
kas* de los Vedas y nos sentimos cautivados en los conceptos admirables de las sentencias brahmínicas; nos deleitan los himnos homéricos que ensalzan á las caprichosas divinidades del panteón helénico, y gustamos tal vez demasiado por desgracia de esa poesía que cubre el vacío sin término de la decepción, y el desengaño con lujosísimo tul, que es la trampa en que nuestra pobre alma cae para experimentar dolores y angustias crueles y vivas, á las que nada puede hacer hallar compensación. Si hacemos esto, es revelar claramente tendencias al propio mal, apartar los ojos de cuadros con los que podemos identificarnos y hallar siquiera no sea más que una ligera parte del consuelo que tanto se hecha de menos.

Sin anticiparnos, siguiendo un orden racional en este estudio, y antes de pasar á ocuparnos en particular de algunas de sus composiciones, justo es que emitamos el juicio general que hemos formado de Carpio.

No es el ilustre poeta á quien México debe tanta parte de su gloria literaria, un poeta místico, y sin entrar á discutir si para llegarlo á ser tenía condiciones, justo es manifestar que la clase de vida á que se hallaba dedicado no le podía permitir el cultivo de este género, tal como debe ser entendido. Para pocas almas dejará el mundo de tener atractivos, y en tanto la vista halle recreación en algo de lo exterior, en algo de lo que fuera de nosotros mismos nos lleva á la lucha, al deseo, á la pasión, las exclamaciones que de nuestros labios broten, lo mismo que los pensamientos que sean sugeridos á nuestra imaginación, no pueden ser místicos. Médico distinguido, político por el bien de su país y no por la soberbia aspiración que á tantos fascina, *Carpio* tenía necesariamente que sostener un comercio bien ajeno á la calma espiritual que poco á poco lleva al misticismo, de la misma manera que el hondo silencio que en la campiña nos rodea nos lleva al pensamiento melancólico, á la languidez y al olvido de nosotros por nosotros mismos. El anacoreta en el desierto, el monje en su celda, la religiosa en el claustro, llegarán á ser místicos si á los citados lugares no fueron arrastrados por las decepciones que envenenan el alma, pues

si así sucede, llevados de la misantropía, lo mismo que se hallaban solos en el mundo, se verán solos en los santuarios, y sintiendo los agudos dolores de sus heridas lo mismo en una parte que en la otra, se quejarán siempre, y no ya místicas, pero ni aun religiosas resultarán sus lamentaciones á menos que no tenga su misticismo la desesperación, en cuyo caso, místico sería el inolvidable *Leopardi*.

Dado que esto no es lo admitido, y que buenos y grandes ejemplos tenemos de lo que debe ser, podemos afirmar que al verdadero misticismo sólo se llega por la abstracción completa que conduce al éxtasis; cuando se tiene la dicha de no ver ó no comprender el mundo; cuando armándonos de una firme resolución nos deshacemos de todo lo que nos rodea y descendemos calmados y serenos á las profundidades de nuestro sér, donde Dios late con toda su grandeza, revelándose en nuestra alma; cuando desde allí nos elevamos con ligeras alas á los etéreos espacios donde no cabe ni dolor ni sombras, procurando evitar hasta que las puntas rocen á la materia, entonces y sólo entonces es cuando se puede llegar á ser un verdadero místico digno de ser asimilado á *San Juan de la Cruz*, *Santa Teresa* y la divina mexicana *Sor Juana Inés de la Cruz*. El esfuerzo es sobrehumano, por la razón que acabamos de manifestar; el mundo deja de tener encantos para muy pocos, y aun de éstos debemos separar aquéllos que un día los vieron y los gozaron, y que no sintiéndolos ya, van al escepticismo que engendra la desesperación y el desengaño. Cuando por carácter ó por necesidad no puede llegarse á la necesaria y profunda abstracción que requiere el misticismo; cuando hay que morar en el mundo material á que hemos nacido, seguir los impulsos que en él se reciben, batallar de continuo contra los que deben ser nuestros hermanos, que en más de una y más de cien ocasiones justifican plenamente el feroz principio de *Hobbe*, las almas fuertes buscan consuelo en lo superior y eterno, se elevan sobre las pequeneces de la tierra y hallan una tranquilidad relativa en la veneración que deben á lo que para ellas es objeto de culto. Hé aquí el poeta religioso; hé aquí á *Carpio*. Sí, él supo resistir los enconos de la pasión; él acredita con su poesía se-

vera al par que bella que se sobrepuso á todas las miserias que le rodeaban, y no puede extrañar en manera alguna observar en varias de sus composiciones la queja muda que se retrata en el semblante del hombre bueno y virtuoso á que se asoma el alma. Hombre pensador y profundo, de gran saber y extensos conocimientos, extrañaría menos que nosotros lo extrañamos verse solo en muchas ocasiones de su vida; ver cuán poco eco hallaban sus palabras, pues bien sabido tendría que en las terribles luchas de la vida, en este cruel y eterno purgatorio que se llama mundo, sin que nos sea dable descansar un momento ni permitirnos reposo, sin poder abandonar la carga, dominados por la fatiga. tenemos que seguir suspirando acongojadamente y no podemos menos de exclamar al cabo: *Piu non posso*; pero del mismo modo que en su *Purgatorio* sólo lo escuchaba el *Dante* de los míseros á quienes el veía, aquí de nosotros, sólo lo perciben aquellos que nos contemplan con afección y se duelen de nuestras penas.

Para embellecer la realidad, contaba Carpio con una poderosísima imaginación, pulida por la sin igual cultura que adquirió en los verdaderos libros del saber; la palabrería insulsa de tantos y tantos como procuran con sus alambicados versos conquistarse el epíteto de poetas, falta por completo en sus rimas, donde brillan cuantas condiciones pueden ser apetecibles en un verdadero vate. En vano será buscar en ellas faltas de propósito, como sucede con frecuencia en otros, el arrullo de la tórtola, ni el suspirar del viento, ni el trino de las aves canoras, ni el cambiante de la luz, ni el perfume de las flores, ni la sonrisa dulce, ni el halago tierno, que son los comunes y corrientes elementos con los que el mayor número de los que se llaman poetas forman sus rimas, dándoles variedad sólo porque barajados ora de un modo, ora de otro, caen unas veces hacia arriba, otras veces hacia abajo. No, en Carpio no hay nada de esto; en Carpio hay, y se advierte desde luego, la elevación del hombre de saber que tiene pensamientos propios, la profundidad de concepto, que atestigua penosas vigiliás, consumidas en el estudio, y una pureza en la dicción exenta por completo de modismos y vicios que pudieran vedarle el acceso á la más rigurosa de las Academias.

Más que nada, en el género descriptivo creemos que no ya en la literatura mexicana, pero en ninguna otra habrá quien le pueda aventajar; ve con una claridad sin igual, copia de una manera admirable, aprecia los detalles más insignificantes, y sus composiciones son verdaderos cuadros en los que no sólo se ve, sino que también se respira y se alienta. Una imaginación del trópico halló pasto apropiado en la historia del pueblo, cuyas mayores grandezas se cumplieron en los áridos arenales de aquellos vastísimos desiertos, que eran el seguro camino para la tierra de promisión, de aquel pueblo exaltado que no hizo más que poesía, que aún se conserva en el libro más hermoso que puede llegar á manos humanas, antología de antologías, donde cada pensamiento es una sentencia, y cada sentencia es una flor, y cada flor un objeto de embeleso que arrastra á nuestra alma. Es idea que no desecharemos jamás; no hay libro que pueda ser comparado con la *Biblia*, desde cualquier punto de vista que un libro pueda y deba ser estudiado; ha resistido los terribles embates del tiempo, ha sostenido los más duros ataques de acerba y enconada crítica, y se ha conservado á través de todas las lenguas, de todas las razas, de todos los pueblos, y cuyo admirable paralelismo en las rimas se sostiene impeliendo la acción á la acción, como la ola impele á la ola, poesía del corazón y de la razón al propio tiempo, que tiene todos los elementos que en la verdadera poesía son necesarios. En este libro, para el cual suspendemos nuestras alabanzas porque no se ocurren á nuestra pobreza palabras que siquiera aproximadamente indiquen todo lo que sentimos, halló Carpio ideas que le sirvieron para un buen número de composiciones, de las que una sola hubiera bastado para que el tribunal más riguroso le diera los títulos de poeta en reñida concurrencia.

La *Biblia* sólo no hubiera bastado al poeta; sus composiciones, es cierto, están inspiradas en los magníficos cuadros que nos ofrece el libro por excelencia, pero acreditan también un perfecto conocimiento de la antigüedad, de sus ritos, de sus creencias, de su geografía y de todo, absolutamente todo lo que á ella se refiere. No se crea, sin embargo, que es el único género que el poeta cultiva; en el curso de

este ligero estudio hacemos notar cómo su imaginación no se ciñó exclusivamente á él, sino que, sin desmentir sus relevantes condiciones de poeta, se extendió á otros, en los que por cierto no decae.

De entre las muchas composiciones que para su gloria podríamos citar, hay una, conocida ya de nuestro público, que es admirable, tanto por el asunto, como por la elevación de concepto, su armonía y su pureza de dicción, siendo al propio tiempo uno de esos admirables cuadros bíblicos que harán eterno el nombre del poeta. La grandeza de los imperios se derrumba á los ciegos golpes de la fortuna, y atónitos hoy nuestros ojos, contemplan en ruinas antiguas capitales que, á juzgar por lo que dicen historiadores que las vieron, parecería que habían de ser eternas. *Palmira, Nínive, Babilonia*, Imperios un día de lujo y riqueza, nada son hoy, y sólo se halla determinado su emplazamiento por titánicas ruinas. Asentada un día en medio de la llamada *Sesmaar*, rñdeada por el Éufrates la capital del imperio Babilónico, veíase rica y poderosa, creíase segura con la protección que le otorgaban las ciclópeas murallas que circulaban su ámbito y las cien inespugnables puertas de bronce que daban acceso á élla. El soñado país de las delicias tendrá tal vez una capital que iguale, pero no que exceda á la antigua Babilonia; sus templos suntuosos atesoraban, para el culto de Belo, cuantiosas riquezas reflejadas de continuo en los pulidos mármoles que formaban sus paredes; sus cúpulas gigantescas, parecían ambicionar el papel para que la soberbia torre, causa de la dispersión, fuera comenzada á levantar; sus edificios parecían indicar que en aquella población sólo moraban magnates, y magnate de magnate, el Emperador pasaba su regalada existencia en alcázares magníficos de los que sin duda se han copiado para excitar la atención en esos cuentos asiáticos donde las hadas y los genios desempeñan tan importantísimo papel. Por mucho que la imaginación abulte los hechos, no llegaremos nunca á formarnos la idea de lo que fueron aquellas suntuosas cortes donde todo parecía prodigioso: *Nemrod*, fabuloso personaje, tal vez la crea y la guarnece de aquellas murallas que fueron una de las maravillas del mun-

do; hermoseóla la legendaria *Semíramis* y termina sus obras de encanto, según la historia refiere, el último de sus Monarcas, aquel *Nabucodonosor*, que enamorado de una de sus mujeres, la hermosísima *Amgtis*, hija de *Cyaxares*, que tanto echaba de menos las floridas y risueñas comarcas de la *Media* donde había nacido, le llevó á construir los suspendidos jardines en que se recreara más tarde; en lo humano no hay nada estable, y todo aquel poderío, toda aquella grandeza ha desaparecido en la lóbrega noche de los tiempos, y no quedan de ello más que ruinas asombrosas que forman profundas y oscuras cuevas donde anidan las fieras y los terribles reptiles. Pausanias dice de ella que era la más hermosa ciudad que viera el sol en su carrera, afirma *San Jerónimo* que de sus ruinas hicieron los Reyes partos un coto donde cazar tigres y leones, y en el siglo XI Benjamín de Tudela, recorriendo aquellos lugares, no halló más que dos mil judíos miserables que pueblan sucio y asqueroso barrio.

Para llegar á tal extremo, la historia profana nos dice poco; la sagrada no aclara más, pero es lo cierto que de ellas es lo único que sabemos. Divididos y corrompidos los hijos de *Israel*, no tardaron en verse reducidos á la penosa esclavitud por *Nabucodonosor*, Rey de *Babilonia*, que los arrastró en pos de sí á su fastuosa corte, donde fueron testigos de la depravación de aquella populosa ciudad; tristes y llorosos, colgadas las arpas de las ramas de los sauces que se reflejaban en la corriente del *Éufrates*, dolíanse en sorda pena de sus desdichas, lamentaban su suerte y llamaron la *gran prostituta* á la ciudad aquella que tenían por cárcel. Aquella penosa cautividad, terminó, gracias á *Ciro*, el Monarca persa, cuyas huestes arrasaron la ciudad de *Belo*, de las murallas y los jardines. Reinando *Baltasar*, una noche, cuando ya el estruendo de las armas, el crujir de los carros y el relinchar de los caballos debía haberlos tenido á todos en cuidado, el Monarca se embriagaba con el vino y los placeres, rodeado de los grandes de su corte, de sus mujeres y de sus concubinas, en uno de aquellos salones donde las riquezas modernas podrían parecer, cuando más, ofrendas de tierna caridad; cubierto el suelo por mullidas alfombras, embalsamaban el aire los ricos

aromas que se quemaban en magníficos pebeteros, chocaban las copas y cada vez eran más atronadoras las risas y las canciones báquicas. El vate, animado con su poderoso numen, ha visto esto y lo ha embellecido de admirable modo; en la composición á que nos referimos luce sus ricas dotes de poeta descriptivo, y la introducción del corto poema, que así podemos llamar á su admirable *Cena de Baltasar*, prepara el ánimo y augura desde luego bellezas que con efecto no faltan.

Era de noche, y la redonda luna,  
Desde la inmensa bóveda del cielo,  
Alumbraba los sauces del Eufrates  
Y á la gran Babilonia en sus festines,  
Fortalezas, alcázares, jardines,  
Y los templos magníficos de Belo.

Tras tan breve cuanto bella introducción, el poeta que en su cerebro siente el cuadro, se traslada á las afueras de la ciudad, donde el ejército sitiado está acampado, y pocas veces, muy pocas, recordamos haber visto una descripción tan propia ni tan bella; se ve cuanto en ella dice, se escucha cuanto en ella enumera, y creemos que más que cuanto podemos decir vale presentarla á nuestros lectores para que por sí juzgen.

El intrépido ejército de Ciro  
Está sobre las armas impaciente  
Por tomar la ciudad: la infantería  
Se conmueve y agita sordamente,  
Cual negra tempestad que allá á lo lejos  
Brama y rebrama en la montaña umbría.  
Ya se aprestan de Persia los jinetes,  
Sus fuertes armaduras centellean  
Y encima de los cóncavos almetes  
Altos plumajes con el aire ondean.  
Ya se escucha el crujir de los broqueles,  
De la trompa el bélico sonido  
Y el bufar de los férvidos corceles,

Y la grito de jóvenes bizarros  
Y del sonante látigo el chasquido  
Y el rodar de las ruedas de los carros.  
Ya los caballos con su blanca espuma  
Humedecen sus pechos espaciosos;  
Al ruido de las armas se recrean,  
Y el duro suelo escarban y golpean,  
Y están inquietos por salvar los fosos.

Después de esta admirable manera de describir los aprestos militares de aquel ejército formidable que se prepara al asalto, sigue la no menos brillante descripción del festín, sin que el poeta decaiga en lo más mínimo, sin que en ningún detalle haya la menor impropiedad, y sin que omita hablar, aunque con gran tiento y cuidado, de las hermosas concubinas, de torneado cuello y albo seno, embriagadas ya, y de las que

A veces ruedan sin pudor los ojos,  
Ojos que en fuego criminal se abrasan;

que mueven las cabezas al compás del báquico coro, donde campea la frivolidad más grande y el escepticismo más refinado.

El entusiasmo sube de punto; el Monarca, fascinado, quiere que la soberbia cena tenga más encantos, y su impiedad desvergonzada manda traer los ricos y sagrados vasos que cogieran sus antepasados al sorprender y derrotar al pueblo escogido. La indignación del Altísimo estalla ante tamaña profanación, núbtese el cielo, ruge la tempestad, brilla el relámpago, y el terror de los profanos convidados no reconoce límites al ver que en el muro de la fastuosa sala aparecen escritos misteriosos caracteres que nadie comprende; el poeta, para expresar esta sensación, se vale de bellísimos términos, estableciendo una poética comparación:

Como el viajero en bárbaro desierto,  
Cuando ya va á pisar una serpiente,  
Al ver sus ojos como llama ardiente,

Grita, da un paso atrás y queda yerto,  
El Rey así, con femenil quebranto,  
Al mirar la estupenda maravilla,  
Temblaba todo atónito de espanto  
Y se daba rodilla con rodilla.

Daniel es sólo quien puede descifrar aquellas misteriosas palabras, que han turbado los ánimos y han conmovido á todos los circunstantes, y el profeta, que había salido intacto de la cueva de los leones; el profeta que, juntamente con sus hermanos, llorara la penosa cautividad en las orillas del Éufrates, cuyas aguas, al chocar con las hojas de los sauces que las besan, murmuran, aparece allí frío, tranquilo, impávido, y predice al atónito Monarca la destrucción de su reino para aquella misma noche. No es posible dudar; las obscenas canciones, los gritos, el regocijo y las alegres carcajadas han cesado por completo, dejando el campo al estruendo de las armas, á los ayes de dolor; se percibe claro el fragor del combate; las estatuas de los ídolos se derrumban, y el conquistador no respeta nada, y huella la púrpura del magnate lo mismo que la sedosa gasa que cubre á la hermosura, y junta se ve correr la sangre de unos y otros, y no para la matanza hasta que el cansancio rinde; mas cuando tal sucede, Babilonia no existe, la *Gran prostituta* ha dejado de existir. Todo esto lo dice *Carpio* de una manera tan admirable, que pone de manifiesto el poderoso genio de que se hallaba dotado, y que lo acredita como uno de los más grandes poetas que ha tenido Méjico en la época presente.

Ignoramos por qué, mas es lo cierto que al decir poeta, que al hablar de la poesía, el mayor número de los que escuchan no pueden figurarse sino cascadas de luz y gotas de rocío, flores que perfuman, y alientos que embriagan, y perlas que ruedan, ojos que incitan, céfiros que murmuran, amor que se miente, y otras mil ficciones que engendra la turbulenta imaginación; mas si á esto reducís á la más hermosa de las musas, es bien poco lo que deseáis; las flores se deshojan, las ilusiones decaen, el perfume se extingue; es menester, pues, dar á la poesía un carácter propio de cada

tiempo, y á nuestro modo de ver, ha pasado ya la época en que se limitaba á cantar el voluptuoso baile de la bayadera, el aéreo vuelo de la peris, la sonrisa de los labios rojos, y hoy parece tener por campo los dilatados horizontes de la historia y el vastísimo espacio de la observación; en el tiempo que alcanzamos es menester que la poesía sea el revulsivo que nos inste á obrar, y no el narcótico que nos suma en pesado sopor. *Carpio* ha sabido realizar esto de una admirable manera; observador profundo, hombre estudioso, se ha formado primero en la vida, ha comprendido al mundo y ha sabido sacar partido de sus enseñanzas. Cada composición suya es un cuadro que se estereotipa en el alma del que lo contempla y que siempre le enseña algo, ora sea un acontecimiento histórico, ó bien le determine un carácter ó rinda culto á la verdad como fervoroso católico, ó como tal se extasie en la meditación de los puntos á que toca esta consoladora religión en brazos de la que sufrimos las penas de la vida con la resignación del que, en medio de los mayores dolores, calla y espera la curación de sus llagas.

Si, por lo que acabamos de decir, alguno se sintiera inducido á creer que es *Carpio* el poeta llorón, el místico forzado, el hipócrita que va al negocio, nos arrepentiríamos de haberlo dicho; mas no, cualquiera de sus obras basta para probar lo contrario: *Carpio* es el poeta vigoroso que ha sabido hallar el justo medio, y su poesía no tiene ese sonrosado ligero y suave, signo mentiroso de salud bajo el cual late la tisis, pero tampoco la rubicundez que, en vez de acusar exuberancia de vida es señal de intensa fiebre que devora: *Carpio* es el hombre que ha sabido permanecer tranquilo en medio de los convulsivos movimientos políticos de su patria; hombre de ciencia, ha sabido á qué atenerse cuando ha dominado la sotana que se ajusta con el cinturón del que pende el sable, y lo mismo que no le han seducido las declamaciones fastuosas de tanto político, como para tener méritos para hacer la felicidad de su patria, no lo han fascinado los casuales triunfos de tanto militar de pacotilla, cuya única habilidad consiste en dar pasto, pero pasto continuo, que devoren los cañones del bando enemigo.

Para afirmar que el poeta que nos ocupa no estaba sugestionado á los antiguos y ya rancios principios que un tiempo pesaban sobre las alas del espíritu, basta sólo leer sus bellas composiciones; mas ellas también nos prueban que sabía á qué atenerse. Su poesía titulada *México* y la que tiene por epígrafe *México en 1847*, pueden servirnos para aprender cuanto bueno deseaba el poeta para la patria querida en que vió el día, cuanto deseaba para ella; y qué concepto tenía formado de los hombres y las cosas. Entonado y vigoroso, sabe cual ninguno contenerse en los límites de lo razonable y justo, y hay en sus deseos, firmes reproches para los que han contribuído á la ruina que llora. Si como más afortunadas naciones de *América*, *México* hubiera tenido un hombre leal y desinteresado, político hábil y patriota sincero, otra sería hoy su suerte y otro su porvenir mañana; mas ha querido su desgracia que no sea así, y á una revolución ha seguido otra, de la que ni siquiera ha surgido un dictador que ponga coto á las difíciles situaciones que á su país han creado tanto desalmado como por sí y ante sí ha erigido en General.

Casi tenemos orgullo en confesar que después de la vieja *España*, en que hemos nacido, no hay nación sobre la haz de la tierra á que queramos tanto como á la nueva *España*, cuna de tanta eminencia como la nación que más, patria donde nacen las mujeres hermosas y los hombres caballeros y los poetas lozanos; tierra desconocida aún, pero que se revelará más tarde tal vez, después de haber sufrido la invasión de los bárbaros del Norte, que incautamente parece se están atrayendo. Por esto mismo, por el grande cariño que nos inspira, lamentamos sus penas y lloramos cuando lloran sus hombres de corazón, de los que por fortuna conocemos á varios. La gratitud nos lleva á mencionar los nombres de *Riva Palacio* y de *Héjar y Haro*; el uno desde lejos, el otro en inolvidables veladas, nos han reseñado cuánto su patria vale, y mil veces á este último oímos pronunciar con veneración el respetable nombre de *Carpio*.

Cuando, no habiendo encontrado quien desde allá nos remitiera sus rimas, encontramos quien acá nos la dejara ad-

mirar, dimos gracias á Dios con mayor efusión, por cuanto vimos que había tenido ya quien le rindiera justísimo tributo. En 1849, un poeta notable también, *D. José Joaquín Pezado*, apellido ilustre que con honra conservan de entre sus hijos los que viven en *México*, publicó un brillante estudio del poeta en que nos ocupamos; pero se atenía mucho á la persona y á la lucha política que sostuviera, poco á las bellas composiciones que dejara. Después que *Pezado*, en octubre de 1860, *D. Bernardo Coutó* puso al frente de una nueva edición que se publicara de las poesías de *Carpio*, una biografía en la que prueba mejor intención que dotes literarias; más tarde nada se ha hecho, no obstante ser una de las más arrogantes figuras que México puede presentár en su historia literaria.

Hemos procurado presentarle como poeta religioso, y justo es ahora que le veamos como poeta profano, pues también como tal merece señaladísimo puesto, que con justicia pueden envidiarle muchos de los que se enorgullecen con el dictado de vates. Severo, por ser la severidad la condición que propiamente le distingue más, *Carpio* no ha hecho objeto de sus cantares á ninguna de esas beldades volubles y tornadizas que, reales ó fingidas, llevan al poeta á decir muchas cosas, bonitas, es cierto, pero ninguna buena; *Carpio* ha dejado en paz al niño alado y ciego que no sabe lo que se hace, y ha hecho objeto de sus preciadas rimas al amor viril, el amor que tiene ya discernimiento y que sabe por lo tanto lo que se hace y lo que se dice. En las composiciones eróticas del poeta á quien estudiamos, no se advierte esa exuberancia de fuego y de sentimiento que tanto seduce y llama la atención á primera vista, no hay ese ardor convulsivo que es resultado de la fiebre en sus más álgidos períodos, cuando ya el enfermo está próximo á sucumbir; pero hay el calor que á la vida es necesario, ese temple moderado y conveniente que indica que se halla el cuerpo bueno y la mente tranquila, y que veda, y no disculpa ni autoriza tantas libertades como los poetas eróticos, propiamente hablando, se creen con derecho á usar. Para que nuestros lectores queden convencidos de que es cierto lo que decimos, sabemos que no basta el que

nosotros lo digamos, y por esta razón, justo será apoyemos nuestro dicho en una prueba irrecusable.

Entre el buen número de composiciones de la clase á que nos referimos, tiene *Carpio* dos, las que titula *El Turco* y *Ausencia*, que sirven á maravilla á nuestro designio.

Es la primera un hermosísimo cuadro lleno de verdad y sentimiento; en solitaria playa, cuyas finísimas arenas humedecen constantemente las espumosas ondas, pasea un sér que, solo y alejado de la prenda querida de sus amores, lamenta su honda desventura. Las azules aguas del *Bósforo*, con su eterna agitación y continuo movimiento, disfrutan sin embargo más paz que el alma de aquel turco enamorado, con cuyos suspiros parece que escribió el poeta las tiernas quejas que forman toda la poesía; perfectamente estudiado el tipo, hay en ella lo necesario para que no pueda caber duda de qué ser parten, y tanto hay en ella de amor tierno y purísimo como de celos, concentrados sentimientos siempre en los nacidos en aquellos países en que el sol abrasa. Oriental perfecta la oda á que nos estamos refiriendo, pudiera creerse que es del inimitable *Avolas*, y por su forma correcta y pura se la tomaría sin reparo como obra de uno de los más ilustres maestros.

Ora tal vez la hermosa en blando lloro  
 Mojará su blanquísima mejilla,  
 Y suelto al aire su cabello de oro,  
 Sobre la arena hincada la rodilla,  
 Acaso volverá sus ojos tiernos  
 Y entre ambas manos á esta triste orilla.  
 Ó qué sé yo si al resplandor divino  
 De esa luna tranquila y apacible,  
 Asida al brazo de un rival amado,  
 Palpitará su corazón sensible  
 Como otras veces palpité á mi lado.

En ausencias de amor así dice quien siente bien, y *Carpio* no podía decir de otra manera; quién sabe si en alguna ocasión aquel hombre, en quien tanto dominaba la razón, la sen-

tiría vasalla del sentimiento, y experimentaría, al par que el amor, que tanto consuela, los celos, que tanto mortifican; cosas ambas que no se comprenden la una sin la otra, y que por sí ninguna se aminora, sino que sirven de complemento. En el amor á una mujer no cabe participación; se quiere todo y se es egoísta cuando se ama, porque todo se cree poco para satisfacer el anhelo que se siente: no hemos podido nunca explicarnos que suceda de otra manera, y es porque jamás sucede; amor sin que se sientan celos hasta del aire, no es amor, no es la pasión que llevaba al poeta á decir por boca del *Turco* melancólico:

Por piedad, una lágrima te pido;  
Tengo hincada en el suelo una rodilla;  
Una lágrima sola de ternura  
En recompensa de mi fe sencilla.

.....  
.....

Alzando á ratos mi semblante adusto  
Pídole al cielo que dichosa seas,  
Pídole al cielo que otra vez me veas  
En la mansión espléndida del justo.

Cuitas y penas que arrancan lamentaciones, y lágrimas que se lleva el aire, cuando no son hechas plásticas por las sobresalientes condiciones de un poeta como Carpio que, fiel intérprete de lo sentido y pensado, en una situación cualquiera en que se fije, sabe estereotiparla y trasladarla así á los demás, para que puedan ver por dentro un pecho enamorado. Ciertamente es que, como obra humana, esta composición adolece de algunos defectos; pero hay que buscarlos con diligencia y cuidado para que no pasen desapercibidos, pues son muy tenues.

Haciendo juego con la que hemos reseñado, la que titula *Ausencia* no desmerece en nada y abunda en el mismo sentir, y lo mismo que tantas otras, como nos llevaría mucho tiempo y mucho espacio si quisiéramos analizarlas con la detención que merecen.

Uno de los géneros á que más predilección parece haber mostrado Carpio es al *soneto*, rima harto difícil, que, según dicen, inventó *Apolo* para mortificar á los poetas, y que no debe haber mortificado poco al poeta en que nos estamos ocupando: muchos en número los suyos, creemos que no perdería nada una nueva edición de sus obras con que se suprimieran varios, del mismo modo que afirmamos que entre los que quedaran los habría de haber dignos de competir con los buenos que haya hecho el que mejor ha manejado este metro.

El soneto, por la brevedad de sus términos y por el número de condiciones que tiene prescritas, rara vez responde al deseo, y queda unas veces sobradamente ancho y otras estrecho en demasía: tal vez en los sonetos sea donde más lunares se puedan hallar á Carpio; pero suyo es también el que vamos á transcribír, y que no dudamos apetecerían muchos de los que no pocos versos han escrito, para tener algo digno de que se les alabara, por ser un verdadero ejemplo de belleza y de verdad:

Sentado *Bonaparte* en una altura  
 En la orilla del mar de Santa Elena,  
 Al triste rayo de la luna llena  
 Meditaba en su inmensa desventura.  
 Recordaba entre sí con amargura  
 Las turbulencias del sangriento *Sena*;  
 El *Tabor*, las *Pirámides* y *Sena*,  
 Y de César-Augusta la bravura.  
 Ved, exclamó, las palmas de *Mavengo*,  
 Los campos de *Austerlitz* de sangre rojos,  
 Donde las rusas águilas contengo.  
 De la *Europa* me siento en los despojos;  
 Mas de tanto triunfar, ¿qué premio tengo?  
 Las lágrimas que ruedan de mis ojos.

Sin duda que nuestro poeta comprendió que hay cosas que no merecen la reconvención dura y formal, pues que así no se castigan, sino que hay que emplear en contra suya

el látigo terrible del ridículo. De esta consideración surgieron sin duda sus cánticos, epigramas encaminados á censurar los vicios latentes que encarnan allá en el corazón de tantos. Hombre del estado civil, sin que á su pecho mortificara ni poco ni mucho la pasión de figurar, castigó en brevísimas composiciones el afán de intrigar y figurar que ha engendrado á tantos Generales, término de laboriosidad y difícil carrera que algunos, gracias á la audacia, arbitran para principiaria, por lo que no les queda otro remedio que batallar por el ascenso inmediato, que es en aquellos países la presidencia de la República.

Me he pronunciado diez veces  
 Contra el poder nacional,  
 ¡Y apenas soy General!

Dice el poeta con sobrada gracia, adivinando el pensamiento que en tantos de sus compatriotas ha dominado siempre, y con ellos mismos sin duda, dice en otra composición de las que se asemejan á la abeja:

Diez y ocho revoluciones  
 Sólo he formado hasta el día.  
 ¡Y me llaman todavía  
 Revoltoso los bribones!

Tal vez ya en sus días se daban muestras de esa literatura, capaz de trastornar á los cerebros mejor organizados, cuando la señala diciendo:

Este drama si está bueno,  
 Hay en él monjas, soldados,  
 Locos, ánimas, ahorcados,  
 Bebedores de veneno  
 Y unos cuantos degollados.

Y rancio achaque es entre los americanos venir á prodigar su dinero á París, agotando la salud en vanos placeres é

inmundas orgías que les conducen al sepulcro después de haberlos descompuesto en vida, y que, sin embargo, es el haber estado en la moderna Babilonia su mayor timbre de gloria, cuando el poeta, emitiendo una carcajada en burla de ellos, decía en dos versos:

¡Todo lo sabe Don Luis!  
¡Como que estuvo en París!

Hemos procurado dar á conocer, sin faltar á la justicia, á uno de los más sobresalientes poetas que México tiene; nada importan para nosotros prevenciones injustificadas ni reservas á que muchos se ven conducidos por parcialidades censurables. ¡Ojalá y los que aspiran á poetas piensan como pensamos nosotros, y al par que los modelos de antiguo recomendados, estudiaran á Carpio, pues en él aprenderían tanto bueno, que algo podrían hacer brillar en sus obras! Muerto ya, por desgracia para las letras mexicanas, nunca podrá entenderse que fueron nuestras alabanzas encaminadas á recibir gracias, que como nunca esperamos, jamás echamos de menos, y si á más allá del sepulcro le alcanzó alguna censura, créase hija del deseo que tenemos de ser justos siempre, cueste lo que cueste.

A. FERNÁNDEZ MERINO.





## LA EXPEDICIÓN ESPAÑOLA Á ITALIA EN 1849 <sup>(1)</sup>

---

### XII.

**M**ARTÍNEZ de la Rosa, un tanto alarmado con aquella resolución repentina, y considerando, no sin algún fundamento, que el número de los soldados españoles no estaba en proporción con la magnitud de la empresa, y principalmente con las contingencias que sobrevenir pudieran, dado el estado incierto de los negocios militares y políticos que se debatían en Italia, creyó de su deber entregarme, á mi salida de Gaeta, unas instrucciones escritas que claramente revelaban sus temores, inquietudes y desconfianzas. «Llamadas por Su Santidad, decía, »las cuatro potencias católicas, y hallándose ya dentro de los »Estados Pontificios, los franceses por la parte de Civita- »vechia, los austriacos en las Legaciones, y algunas tropas »napolitanas en la frontera, prontas á entrar á su vez, *no puedo recomendar bastante á V. E., por ser tal el deseo del »Gobierno de S. M., que procure por todos los medios guardar la mayor armonía con los jefes de dicha fuerza, evitando*

---

(1) Véase la pág. 163 de este tomo.

» con solícito esmero *todo motivo de conflicto*, que pudiera dar  
» márgen á complicaciones más ó ménos graves, y que antes  
» bien aproveche V. E. cuantas ocasiones se le presenten  
» para manifestar *que el Gobierno español desea proceder con el*  
» *mejor acuerdo entre las demás potencias.*» Y como si todavía  
desconfiara de nuestra prudencia y temiera que la altivez de  
los militares españoles provocara algun choque entre nues-  
tras armas y las demás beligerantes, cuidó de garantir los  
extremos de la cortesía diplomática y de la cautela política,  
disponiendo que me acompañara «en clase de secretario el  
» que lo es de esta embajada, D. Vicente Gonzalez de Ar-  
» nau, encargado de la parte política; y como dicho señor há-  
» llase enterado del curso que han seguido desde un principio  
» las negociaciones, suministrará á V. E. cuantos datos y  
» noticias estime oportuno adquirir, para evitar toda clase de  
» complicaciones con los agentes y generales de otras po-  
» tencias.»

En la base 7.<sup>a</sup> de aquel documento, añadía el embajador:  
«Si acompañase á V. E., como es de creer, un comisario ó  
» delegado de Su Santidad, con él deberá entenderse V. E. en  
» todo lo relativo á los pueblos de los Estados Pontificios,  
» procurando adquirir por su medio los datos necesarios y  
» allanando las dificultades que pueda ofrecer la restauracion  
» de la autoridad pontificia,» y extendiendo más sus ins-  
trucciones, de acuerdo en esto con el Gobierno del Papa,  
decía: «En los pueblos de los Estados romanos en que en-  
» traren las tropas españolas, se quitará inmediatamente la  
» bandera republicana y los demás signos exteriores del Go-  
» bierno revolucionario, reponiendo las armas y bandera de Su  
» Santidad. Se desarmará la Guardia nacional, á no ser que  
» por circunstancias particulares, y oído el parecer del dele-  
» gado pontificio, se hiciese una excepcion en favor de algun  
» pueblo. De acuerdo con el mismo delegado, se verá si con-  
» viene distribuir armas á los habitantes de algunos pueblos,  
» bien sea para defender sus propios hogares, bien sea para  
» hostilizar al enemigo. En los pueblos que ocupen las tropas  
» españolas procurará V. E. hacer entender desde luégo que  
» vienen para proteger á los ciudadanos pacíficos; que obser-

»varán la exacta disciplina á que están acostumbradas, y que  
»pagando puntualmente y de contado cuanto hayan menester  
»para su subsistencia y demás, no impondrán ningun gravá-  
»men á los pueblos que no sea absolutamente indispensable.»  
Martinez de la Rosa terminaba, en fin, poniendo á mi dispo-  
sicion, segun era la voluntad del Gobierno Pontificio, las po-  
cas y endebles tropas de Su Santidad que todavía le perma-  
necian leales. «Además, decia, de las fuerzas de dichas po-  
»tencias, existe actualmente, hácia la parte de Ponte-Corvo,  
»un cuerpo de 400 ó 500 hombres, á las órdenes del general  
»Zuchi, quien recibirá las instrucciones del Gobierno Ponti-  
»ficio para que esté con dicho cuerpo á las órdenes de V. E.  
»y concorra, segun lo que V. E. le previniese, al buen éxito  
»de las operaciones.»

Plausibles eran los deseos en Martinez de la Rosa al dic-  
tar y comunicarme aquellas instrucciones, por más que fue-  
ran en realidad poco necesarias. Conocia yo mejor que otro  
alguno en aquellos momentos, lo exiguo de mis recursos  
militares y lo difícil y comprometido de mi situacion, dado  
el caso de que tuviéramos que emprender serias operaciones  
de guerra; y aunque tenia en poco las fuerzas insurrectas de  
Garibaldi, dada su composicion y naturaleza, prometiéndome  
vencerlas aún cuando vinieran en número cuatro veces su-  
perior, no por eso era ménos necesario que me aconsejara  
de la prudencia, no arriesgando imprudentemente el crédito  
de nuestras armas y el honor de nuestra bandera. Conocia  
yo tambien el justificado deseo en que estaba nuestro Go-  
bierno de permanecer en la mejor armonía con las potencias  
que intervenian en Italia; y evidente es, que por convenien-  
cia, por interés particular y político y por muchas otras  
razones trascendentales, encontrábame en el ineludible de-  
ber de mantener con todas las más estrechas y cordiales  
relaciones. Era, pues, cuando no inútil, poco necesaria la  
presencia en el cuartel general español del Sr. D. Vicente  
G. Arnau secretario de la embajada y distinguidísimo diplo-  
mático, en quien siempre reconocí dotes relevantes de ilus-  
tracion é inteligencia. Así debió entenderlo él mismo, quan-  
do á poco tiempo de su permanencia en Terrachina regresó,

bien por voluntad propia, bien por órdenes que recibiera, á Gaeta, residencia entónces de nuestra embajada. La política que yo deberia seguir en los pueblos y con los súbditos del Papa, asentada habia quedado en varias conferencias que tuve con Antonelli y con Su Santidad mismo; y en cuanto al cuerpo de 400 ó 500 soldados pontificios que con el general Zuchi se ponian á mi disposicion y bajo mis órdenes, debo declarar que en todo el tiempo que permanecí en los Estados de la Iglesia, no tuve conocimiento ni noticia de este general, ni acerté á ver uno solo de sus soldados.

Aceptando, no obstante, las indicaciones de nuestro ilustre embajador, bien organizados los regimientos, con regular número de bagajes y no mal pertrechados, salimos de Gaeta el 3 de Junio, pasado el medio dia, despidiendo las autoridades y la poblacion de aquella plaza á la division española, con marcadísimas demostraciones de simpatía y confianza. Dispuse que el brigadier Bustillos, con algunos buques de la armada y el Batallon de Chiclana, cooperara por mar al movimiento que iba yo á emprender por tierra, calculando el tiempo de manera que mi llegada á Terrachina coincidiese con el arribo de Bustillos. La marcha de Gaeta á Fondi, donde pernoctó la division la noche del 3, verificóse sin contratiempo ni circunstancia alguna que merezca relatarse, y el 4 muy de madrugada abandonamos este punto para atravesar la frontera y caer sobre Terrachina, no muy entrado el dia. El camino de Fondi á Terrachina se extiende en una distancia de 12 á 14 millas, dejando á su izquierda el llamado *Lago di Fondi*, considerable laguna sobre la que descienden algunos cursos de agua de escasa importancia, y flanqueado á su derecha por altas y agrestes colinas en cuyas faldas reverdecian los viñedos y olivares muy florecientes en aquella estacion del año. Recorrió la division este trayecto en escaso tiempo, no sin que se tomaran para la marcha algunas precauciones convenientes, ocupando el primer batallon del Rey, sostenido por el de Granaderos, las alturas de Pesce y algunas otras que dominan á Terrachina. Presentóse en aquellas aguas Bustillos, antes de que mi vanguardia entrara en la ciudad. La pequeña fuerza insurrecta que la habia

ocupado despues de la salida de los napolitanos, se habia retirado desde el dia anterior, y así fué, que no hubo necesidad de emplear medio alguno de fuerza para guarnecer sus fuertes, ya en poder de Bustillos, á mi llegada.

Aquel dia, primero en que pisaba el territorio pontificio, publiqué las dos proclamas siguientes:

«Soldados:

»La Reina Nuestra Señora, que ha heredado de sus antepasados el glorioso título de Católica, nos envia, á petición del Sumo Pontífice, para cooperar, con las tropas de otras naciones, á reponerle en posesion de sus Estados, de los que le ha arrojado una faccion revolucionaria.

»Armados para defender una causa tan santa, no tengo que recomendaros la más estricta disciplina al entrar en los Estados romanos: mostraos los protectores de los ciudadanos pacíficos, y procurad por todos los medios que se conozca y aprecie la nobleza del carácter español.

»Soldados: Si se presentasen enemigos, recordad la causa por que combatís y el suelo que pisais, pues apenas hay un campo de batalla en Italia donde no ganasen nuestros padres gloria y prez para nuestras armas.

»Cuartel general de Terrachina 4 de Junio de 1849.—*Fernando Fernandez de Córdoba.*»

«Habitantes de esta provincia:

»Las tropas que tengo la honra de mandar han venido á los Estados Pontificios á invitacion de Su Santidad, que ha demandado el auxilio de España, igualmente que el de otras provincias católicas, para que le repongan en posesion de sus Estados, á fin de ejercer con la independendencia y dignidad debidas la autoridad espiritual, tan necesaria á la paz del mundo. Tal es el objeto noble y desinteresado que nos trae desde tan larga distancia: no venimos como enemigos, sino como protectores: todos los ciudadanos pacíficos hallarán en nosotros amparo; mis tropas observarán la más estricta disciplina; pagarán puntualmente y al contado lo que necesitaren para su subsistencia y demás, sin que se imponga ningun gravámen ó molestia á los pueblos, á no ser absolutamente necesario.

»Sólo exigiremos en cambio lo que ha de redundar en  
 »vuestro provecho; que volvais á poner os bajo la autoridad  
 »paternal de vuestro legítimo Soberano; que os restituyais á  
 »vuestros hogares; que volvais á vuestras ocupaciones acos-  
 »tumbres; que procureis por todos los medios que desapa-  
 »rezcan los vestigios de una revolucion que tantos males ha  
 »traído sobre vosotros.

»Dichoso yo, si con las tropas de mi mando puedo contri-  
 »buir á ello, dejando una memoria grata de los soldados es-  
 »pañoles que han venido á defender una causa justa.

»Cuartel general de Terrachina 4 de Junio de 1849.—*Fer-*  
 »nando Fernández de Córdoba.»

Era entónces Terrachina una poblacion como de 6.000 al-  
 mas, de aspecto sombrío, aunque asentada en una fértil y  
 pintoresca campiña. Dividida en dos barrios diferentes, ates-  
 tiguaba el uno la antigüedad remota de su fundacion por lo  
 angosto de sus tortuosas callejuelas y por algunas ruinas  
 mal conservadas de templos y palacios, mientras que en el  
 otro denominado la Marina, sólo llamaba la tencion la soli-  
 dez y anchura de su muelle, demostrando que Terrachina en  
 otro tiempo habia sido centro importante del tráfico por el  
 Mediterráneo. Por aquella parte levantábanse dos palacios  
 relativamente modernos y de no muy notable arquitectura,  
 perteneciente el uno al cardenal Antonelli, y el otro al patri-  
 monio Pontificio. En este último se me habia preparado alo-  
 jamiento. Pensaba, como ya he dicho, permanecer en Terra-  
 china á la espera de los acontecimientos y al abrigo de las  
 excelentes posiciones militares que cubrian la ciudad, dis-  
 puesto, á emprender cualquier movimiento de avance en quan-  
 to las circunstancias me lo permitieran, ó á mantenerme allí  
 como centinela avanzado, cubriendo y protegiendò el asilo  
 del Santo Padre. Terrachina, por lo tanto, respondia á todas  
 las necesidades del momento. Seguridad de comunicaciones  
 con el reino vecino, y con España por la vía marítima; faci-  
 lidad extrema para trasladarme en pocas jornadas á cualquie-  
 ra de los puntos del territorio que Garibaldi amenazara;  
 proximidad de Roma y confianza en cuanto al país dominado  
 por nuestros soldados, cuyas condiciones topográficas hacían-

lo inexpugnable ante cualquier ataque ó amenaza de los rebeldes que no hubieran conseguido apoderarse de las alturas de Pesce, del angosto paso de Itri, ni de la posición de Sant Angelo, alta y encumbrada montaña, sobre cuya falda recuéstase Terrachina, y que dominando el camino de Gaeta, era llave precisa de la antigua frontera napolitana por aquella parte.

Instalándome estaba en mi alojamiento y disponiendo que las proclamas fuesen rápidamente publicadas, cuando tuve conocimiento de que algunos soldados al entrar en Terrachina, instigados por los malos consejos y peores ejemplos de los cazadores napolitanos de Colonna, habían penetrado en varias casas, saqueándolas y cometiendo algunos robos de ropas, víveres y aún de dinero, entendiéndose, según la afirmación de aquellos italianos, que tal era la costumbre del país en tiempo de guerra siempre que las tropas entraban ó salían de los pueblos. Los jefes y oficiales, que inmediatamente acudieron á reprimir el desorden, prendieron á cierto número de individuos que aún llevaban en la mano los objetos robados. Era preciso cortar aquel acto de indisciplina desde el primer momento, imponiendo á los culpables severo é inmediato castigo. Salí, pues, de mi alojamiento con el general Lersundi y todo mi estado mayor, hice tocar generala, reuniéronse los cuerpos, y formados en cuadro en la gran plaza de la población mandé que en el centro y á presencia de todos, con las banderas desplegadas y al redoble de los tambores, recibieran cien palos los autores de aquellos desmanes, mandando que la ejecución se suspendiera á los pocos instantes, pero destinando á Ceuta á los soldados reos, para cuyo punto híceles embarcar en el acto. Inmediatamente publiqué el siguiente bando (1):

---

(1) Lo redactó á presencia mía y en mi propio alojamiento D. Serafin Estévez Calderon, ministro togado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina y auditor general entonces de la división expedicionaria de Italia. No dejaré pasar esta ocasión sin tributar vivos sentimientos de admiración y recuerdo á la memoria del que fué en vida mi íntimo amigo y del que, según la exacta afirmación del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su sobrino, deja un nombre á la posteridad que no supieron estimar sus contemporáneos en todo su precio.

«Al entrar en el territorio de los Estados de la Iglesia,  
 »debo de nuevo dirigirme á las tropas de mi mando, recor-  
 »dando la disciplina y buen órden que deben guardar en  
 »un país unido á la madre patria por tantos vínculos y cuyos  
 »habitantes son acreedores á todo nuestro respeto. Cuales-  
 »quiera falta ó exceso que pueda manchar el buen nombre  
 »de las tropas españolas será irremisiblemente castigado,  
 »segun lo prevenido en las Reales Ordenanzas. Y en uso de  
 »las facultades que me están conferidas como general en  
 »jefe, el individuo ó individuos que los cometieran, sufrirán  
 »las siguientes penas:

»Artículo 1.º El que robare dinero, cualquier objeto de  
 »valor ó artículo de subsistencia, será pasado por las  
 »armas.

»Art. 2.º El que atropellase por vía de hecho, ó maltrata-  
 »se á cualquier habitante, será pasado por las armas.

»Art. 3.º Para la ejecucion de estas penas se celebrarán  
 »consejos de guerra verbales, sustanciándose el proceso en el  
 »preciso término de veinticuatro horas. Terrachina 4 de  
 »Junio de 1849.—*Fernando Fernandez de Córdoba.*»

Solo dos veces en mi larga carrera militar me he visto en la imprescindible necesidad de imponer un castigo que repugnaba á mis sentimientos de humanidad y al cariño entrañable que profeso á los soldados. En mis largas gestiones, ya como capitán general de varios distritos, ya como director de Infantería, ya como ministro de la Guerra, cuidó siempre mi solicitud con diferentes, repetidas y enérgicas disposiciones, de hacer desaparecer de nuestras costumbres militares, antiguas y crueles prácticas en los castigos, que, al no estar impuestas por necesidades imperiosas, y siempre excepcionales, obtienen como único resultado hacer odioso el servicio y relajar la disciplina. En aquella ocasion tuve, no obstante, que faltar á mis propósitos de siempre, haciendo violencia á mis sentimientos y convicciones. Los soldados penados habian cometido desórdenes, que afectando al crédito de las armas españolas en una nacion extranjera, producirian, caso de repetirse ó de quedar impunes, efectos deplorables en el ánimo de un país que esperaba de nosotros

todo el amparo que no habian sabido prestarle los soldados napolitanos. Tropas de otras naciones europeas ocupaban además el territorio, y era preciso que los españoles dejaran asentado en Italia que eran dignos hijos de aquellos otros que supieron conquistar allí, con la tierra que pisaron, fama tradicional de caballeridad y nobleza.

Permítaseme pues, el legítimo orgullo de afirmar, que en todo el tiempo que permanecí con el mando de aquellas valientes tropas, no volví á tener que imponer un solo castigo por delitos que imprimieran desdoro, y que vigente el bando que he reproducido en estas páginas, hasta nuestro regreso á España, no tuvo que aplicarse en ocasion alguna. Inútil me parece añadir que los habitantes de Terrachina que sufrieron por aquel desórden, fueron inmediatamente indemnizados en metálico, con cargo á la misma tropa, que pagó los efectos robados de sus *pluses* de campaña, disponiendo yo que todas las reclamaciones fueran atendidas y satisfechas en el acto sin rebaja. Su importe á la verdad no pasó de 200 escudos romanos, que equivalian á 4.000 reales de vellon, y pude á tan poca costa restablecer por completo la confianza del país, regresando en breve á sus hogares los habitantes de aquellos pueblos que, huyendo de la guerra, habian emigrado al interior de las montañas.

Los primeros dias de nuestra estancia en aquella ciudad pudieron aprovecharse para aumentar sus defensas naturales y artificiales, haciendo de Terrachina un punto extremadamente fuerte, que debia adquirir la mayor importancia, caso de que la guerra tomase nuevo incremento, generalizándose hasta las fronteras de Nápoles. Desciende hasta Terrachina una ramificacion importante del Apenino, cortada en escarpadas rocas y abruptas alturas, cuyos últimos declives mueren á orillas del mar. Hacia el Norte y en direccion de Frosinone hácese más ruda la montaña, ganando en elevacion las cumbres, sobre las que aún existian en 1849 y de trecho en trecho, antiguos y en otro tiempo fortísimos castillos, en cuya conquista ó defensa se emplearon los ejércitos de la Edad Media, y aún los tercios españoles durante nuestras guerras y dominacion de Italia en los siglos XVI y XVII. Más hacia

el Oeste, hállanse situados Piperno y Sezze (1), sobre la derecha y á corta distancia de la antigua *Vía Appia*, que se extiende siguiendo una línea recta hasta Cisterna, á 30 millas de Terrachina, y de allí, por Genzano y Albano, hasta Roma. La *Vía Appia* recorre una extensa llanura en direccion casi paralela á la costa, atravesando las llamadas *Lagunas Pontinas*, que en la estacion calurosa infestan el país de perniciosas y mortales calenturas, conocidas entre los naturales con la pintoresca denominacion de *avia cativa*. Nada, sin embargo, tan bello como aquel país, cubierto de viñedos, ni tan hermoso como aquel camino, comenzado 300 años antes de Jesucristo por Appio Claudio, continuado por César y terminado por Augusto; afiánzanlo sus cimientos y costados de piedra granítica, y préstanle sombra, amenidad y frescura los árboles tres veces seculares que bordan sus orillas. Pasado Cisterna, y siempre sobre la derecha de la *Vía Appia*, hállase situado Velletri, y más al Norte, en el límite de las montañas, Valmontone, Palestrina, Genazzano, San Vito, Tívoli y otros puntos, que, á manera de una cintura exterior, rodean á Roma á una distancia que no pasará de 25 millas. El frente de nuestra posicion en Terrachina que podia ser más fácilmente atacado, era el que miraba á Roma, por ser más abierto el terreno y tener por la *Vía Appia* un importante medio de comunicacion cualquier ejército que partiera de Velletri con direccion á Gaeta; pero hubiéranme defendido por aquella parte las mismas *Lagunas Pontinas*, en cuyo malsano territorio, y en aquella estacion del año, ninguna aglomeracion de hombres podia detenerse sin que las fiebres la diezmaran. Por el lado y direccion de Frosinone tampoco Terrachina era atacable, defendidas sus montañas por una infantería como la mia, y en cuanto á la parte del reino de Nápoles, estábamos tambien perfectamente á cubierto por las

---

(1) No debe confundirse *Sezze* con *Sessa*, pequeño pueblo del reino de Nápoles, situado en Tierra de Labor, que fué erigido en Ducado por Fernando el Católico para otorgarlo como merced al Gran Capitan, despues de conquistado aquel reino.

fortificaciones de Itri (1), guarnecidas con fuerzas napolitanas, en número suficiente, y por el largo desfiladero del mismo nombre, al alcance y bajo el fuego de cañon de nuestra marina de guerra. Repito, pues, que en aquellos momentos era Terrachina una posicion conveniente para la division española por todo género de razones, tanto políticas como militares (2).

(1) Lugar célebre en nuestros anales militares del siglo XVI. En él derrotó á los franceses Gonzalo de Córdoba el año de 1503.

(2) Ya en aquellos dias empecé á recibir muchas cartas particulares que no dejan de tener interés, bien porque revelan el espíritu que animaba al Gobierno respecto de la cuestion de Italia, bien porque retratan al vivo algunos personajes de la época. El duque de Valencia me escribia con fecha 1.º de Junio desde Madrid:

«Mi querido general y amigo: No escribí á Vd. á Barcelona porque, no habiéndolo hecho los primeros dias, suponía despues que mis cartas no le llegarían y esperaba saber su salida para hacerlo. Ahora, muy deprisa, le pongo á Vd. dos letras para decirle que el Sr. D. Antonio Riquelme va comisionado por el Gobierno con pliegos al embajador. Procure Vd. enterarse de ellos y seguir el espíritu de las instrucciones del Gobierno. Cuide Vd. de no comprometer las tropas que manda, no tomar parte en las disensiones que pueda desgraciadamente haber entre franceses y austriacos. Vd. debe llevarse bien con *todos* y no inclinarse ni á unos ni á otros. Si el Gobierno no puede conseguir que haya conformidad de miras en la conferencia de Gaeta, si no puede conseguir que las cuatro potencias obren de comun acuerdo y á un mismo fin, si no conseguimos que todos ellos juntos contribuyan á la restauracion de Su Santidad, si ha de haber colision entre francéses y austriacos, nosotros reembarcaremos nuestros soldados protestando que no queremos discusiones, y desistiremos de una empresa que, lejos de producir bienes, ha de causar disgustos. Tenga usted muy presente esta política y despues le escribiré más extensamente. Abraza á Vd. su mejor amigo, RAMON MARÍA NARVAEZ.»

El mismo me decia con fecha 11:

«Mi muy querido general y amigo: Recibí antes de ayer con el mayor gusto las cartas que Vd. me escribió el 29 y 31 del mes pasado. Por estas cartas y por las comunicaciones oficiales, elegantemente escritas, he visto la llegada de Vd. á la costa de Gaeta, su desembarco, bendicion del Santo Padre, revista del Rey de Nápoles, estado brillante de las tropas y efecto que han producido. Todo lo que Vd. ha referido es en extremo lisonjero, y Vd. debe aprovecharse para tomar ascendiente en el ánimo de Su Santidad y en el del Rey de Nápoles; pero particularmente en el ánimo del primero. Se han dado las órdenes para enviar á Vd. hasta ocho mil hombres y otras baterías de artillería. El magnífico batallon de Baza ha salido ayer para Valencia, de modo que

En aquellos días, según hemos visto en el capítulo IX, habíanse roto las negociaciones seguidas durante todo el mes de Mayo por Mr. de Lesseps y Oudinot con los triunviros

---

dentro de ocho ó diez días lo tendrá Vd. á sus órdenes; los demás serán de los mejores batallones que hay. No emprenda Vd. operaciones contra Roma, como no sea en union con tropas de las naciones que forman la conferencia de Gaeta. Acabo de recibir su carta de Vd. del 5, y continúo. A pesar de lo que Vd. decía, y sin que sea el ánimo del Gobierno que Vd. comprometa lance ninguno sin aumentar las fuerzas de Vd. hasta los ocho mil hombres, ya para que si las enfermedades del clima le obligan á Vd. á separarse de Terrachina, pueda usted verificarlo con toda seguridad con sus propios recursos, ya porque si las cuestiones se resuelven, pueda Vd. guarnecer á Roma, si así se acordase por las cuatro potencias, que es á lo que debe Vd. aspirar, y ocupar, en ese caso, á Civita-Vecchia, cuando la evacuen los franceses. A Martinez de la Rosa se le dan instrucciones para que lleve la cuestion, para que de ella salga todo, y para que haya acuerdo y buena armonía; procure Vd. guardarla á toda costa con austriacos y franceses, y si Garibaldi ú otros partidarios se descuidan y puede Vd. darles un buen porrazo, hágalo Vd., que eso seria de excelente efecto. El general Zabala va para mandar los cuatrocientos caballos; ha hecho las mejores protestas de adhesion. Se publicó la amnistía, que ha hecho los mejores efectos. Madrid está en extremo contento. Procure Vd. organizar el país que ocupa, inspirarle confianza y darle vida. Le envía á Vd. un abrazo su mejor y apasionado amigo, RAMON MARÍA NARVAEZ.»

Por su parte, D. Francisco de Paula Figueras, marqués de la Constancia, y entónces ministro de la Guerra, uno de los más valientes y entendidos generales que he conocido, me decía con fecha 2 de Junio:

«Mi general y muy estimado amigo: Todavía no podemos saber si han tenido Vdes. bueno ó mal viaje; pero, sin embargo, escribo á Vd. aprovechando el correo que debe salir, deseando saber de Vdes.

»Las mulas de las baterías de Valencia salieron ya para Barcelona, y se han dado órdenes á fin de que se disponga lo necesario para que se embarquen las de las dos baterías, si Vd. dice que las necesita, y pienso enviar además un escuadron. Yo no sé si será necesario reforzar la expedicion. De desear seria que bastase lo enviado; pero las circunstancias dirán.

»El señor duque de Valencia escribe á Vd., según me ha dicho, y le dará idea cabal de la política del Gobierno en los asuntos de ese país. Sea Vd. muy circunspecto en lo que emprenda. Nuestra política no es precisamente la imitacion de ninguna otra, sino la nuestra particular, que puede convenir á todas las naciones. Una persona que sale de aquí para Gaeta explicará más este punto y será consecuente á las instrucciones dadas; pero las desenvolverá.

»Me dijo el señor duque que antes de marchar le indicó Vd. que pensaba hacer renuncia de la direccion de Infantería, luego que llegase á ese país. A

de Roma, recibiendo órdenes este general de su Gobierno para atacar á Roma tan pronto como las operaciones del sitio ofrecieran algunas seguridades de éxito. Por una corres-

---

mí nada de esto me dijo Vd. Ruego á Vd. que se sirva entregar á mis hijos la adjunta carta. Estoy cansadísimo del ímprobo trabajo que me agobia hace año y medio; y los dolores vuelven á incomodarme y deseo descansar.

»Hoy recuerdo al ministro de Hacienda que sólo están Vds. pagados por este mes.

»Tenga Vd. tanta fortuna como le desea su apasionado amigo Q. B. S. M.—

FRANCISCO DE PAULA FIGUERAS.»

En otra de 11 de Junio decía:

«Mi general y muy estimado amigo: Están ya extendidas las contestaciones á los partes de Vd. del 28 al 31, cuando recibo hoy las de Terrachina, y de todo quedo enterado.

»Desde luego comprendí que el mando del ejército napolitano podría ofrecer grandes complicaciones. Pero Vd. hizo bien de aceptar en las circunstancias y por los motivos que lo impulsaron; así como apruebo lo que Vd. ha hecho despues, y me parece perfectamente que haya Vd. elegido su base de operaciones en un punto de la costa, fácil de defender en todo caso y apoyado en la escuadra.

»La conservacion de la disciplina es lo más interesante que tiene Vd. que tratar; y no solamente apruebo el rigor con que Vd. ha procedido, sino que espero que sea Vd. inflexible.

»Si no hubiera padecido extravío á lo que parece la primera orden que se expidió para el embarque de las mulas, las tendria Vd. ya cerca de ese punto; pero irán inmediatamente. En suma, la expedicion se refuerza en estos términos: 2.800 infantes, 400 caballos y la batería de montaña. En todo 3.400 hombres, que con los 4.600 que Vd. llevó, forman 8.000 próximamente. Para esto han salido de aquí para Valencia el magnífico batallon de Baza y las compañías de cazadores nuevas de Chiclana, porque en ninguna parte estarán mejor que en su cuerpo, y aunque sean nuevas, Vd. tiene donde emplearlas al paso que perfeccionen su instruccion. Al capitan general se le confia el cuidado de elegir dos batallones con la fuerza cada uno de 700 á 800 hombres armados á percusion y bien equipados; porque de este modo se apartarán los inconvenientes que tal vez tendria el nombrar desde aquí; pero en carta particular digo al capitan general que Vd. preferiria los que mandan Lafon, Esmít, etc. Toda la expedicion se reunirá en Barcelona para marchar y la tendrá Vd., si no ocurre novedad que lo retarde, antes de finar el mes. Va Lusitania entero.

»El mariscal de campo D. Juan Zabala irá mandando hasta poner la fuerza á las órdenes de Vd., y Vd. lo empleará como convenga y organizará su division conforme lo aconsejen las circunstancias. Vd. no debe perder de vista

pondencia interceptada de la autoridad revolucionaria de Velletri, supe el mismo día de mi llegada á Terrachina que los franceses el anterior habian comenzado el ataque. Y no tardaron en multiplicarse las noticias que de la Ciudad Eterna llegaron á mi cuartel general. Oudinot habia roto contra la plaza un fuego sostenido; los romanos disponíanse á extre-

---

cuál es el objeto de su mision. Veo que lo ha tenido Vd. muy presente.

»Aquí ha causado gozo y entusiasmo el recibimiento que tuvieron las tropas y su brillante estado. No sólo por la reputacion de las armas españolas, sino para tener el país amigo, es indispensable que la disciplina sea la más severa. Que mis hijos trabajen, porque ese es el modo de aprender y de formarse la reputacion. No puedo más. Soy de Vd. apasionado compañero y amigo, Q. B. S. M., FRANCISCO DE PAULA FIGUERAS.»

De D. Francisco Martínez de la Rosa conservo infinidad de cartas, pues me escribió diariamente y algunas veces dos al día. Copiaré solo aquellas que puedan ofrecer mayor interés.

*«Gaeta 3 de Junio de 1849, á las nueve de la noche.»*

»Excmo. Sr. D. Fernando Fernandez de Cordova.—Mi estimado general: El coronel de Artillería que presenté á Vd. me dijo esta tarde que se habia recibido noticia de que Garibaldi con 2.000 hombres debia llegar esta noche ó mañana á Terrachina, viniendo de Velletri. Buscando el origen de la noticia, me llevó á un capitán de carabineros, que me leyó el *parte* en que así se le decia. Le pregunté si habia dado el aviso, y me dijo que con un carabinero lo habia avisado al capitán Lhumaker; lo mismo me dijo el coronel de Artillería.

»Por mi parte llamé á Bustillos, que acaba de irse de aquí y va enterado de todo. La tropa está embarcada y piensa salir á las cuatro de la madrugada.

»Para que no me quede la duda de que no llegue el otro aviso, he dicho al cardenal que envíe ésta con un propio que alcance á Vd. en Fondi. Así me quedo más tranquilo. Mucho deseo que la noticia sea cierta, pues seria un golpe de suerte, y pronto tendria que felicitar á Vd. su afectísimo amigo Q. S. M. B., FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.»

*«Gaeta 4 de Junio de 1849.»*

»Excmo. Sr. D. Fernando Fernandez de Córdoba.—Mi estimado amigo: He recibido su apreciable de Vd., sintiendo meramente que no hubiese enemigos, como suponian y le avisé á Vd. anoche; pues de seguro hubieran llevado una leccion. He recibido los despachos de Pidal y una carta; ambos se refieren á el asunto sobre que hablé ayer al Papa. En otro despacho de Casa-Irujo, y por lo que me confirma Pidal, el Gobierno francés no habia opuesto ninguna objecion á nuestra expedicion, y solo deseaba que desembarcase en punto que no estuviese ocupado por sus tropas, para evitar todo motivo de conflicto. Ya contesto al Gobierno que así se hizo.

»De Roma solo sé lo que Vd. me dice. Vd. está en mejor disposicion para

mar la resistencia, y Garibaldi habia regresado á Roma con todas sus fuerzas y cuantas pudo recoger en el país que dominaba para contribuir á la defensa, renunciando á toda invasion en el reino de Nápoles y á toda operacion de guerra en el territorio pontificio. Los austriacos, mientras tanto, ocupados en los sitios de Venecia y de Ancona, sabedores de

---

saber lo que allí pasa, y obrar, en consecuencia, con arreglo á las circunstancias y á las fuerzas de que pueda disponer. En este momento entra el paquete francés; voy á enviar por la correspondencia del duque para que esta noche misma salga el *Blasco de Garay*. De todo lo que sepa avisaré á Vd., sin que tenga que repetirle lo mucho que le desea el mejor éxito este su afectísimo y servidor, Q. B. S. M., FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.»

*«Gaeta 6 de Junio de 1849.»*

Excmo. Sr. D. Fernando Fernandez de Córdoba.—Mi estimado amigo: He recibido la apreciable de Vd. de ayer, y he sentido tanto más lo sucedido en ésa, cuanto estaba lejos de esperarlo, sabiendo la disciplina de nuestras tropas. Se ha visto una nueva prueba de lo que puede el mal ejemplo. El castigo ha sido pronto y oportuno, y espero, como Vd. dice, que no se repetirán los desórdenes. Sólo es sensible que eso aleje á los habitantes de volver á sus casas. Ayer hablé á los hermanos del cardenal Antonelli, á fin de que procurasen que volviese la gente. Al mismo fin puede contribuir, si es posible, el evitar los alojamientos de los soldados en las casas, para quitar todo motivo de conflicto y que renazca la confianza. No sé si los edificios públicos serán bastante capaces para alojar las tropas; pero si lo fueran, aunque con alguna estrechez, me parece ofrecería ventajas. Viendo cumplido lo que se les ofreció de no apurar más con gravámenes ó molestias que los que fuesen absolutamente indispensables. Ha hecho Vd. muy bien en enviar un vapor á Nápoles para traer provisiones en abundancia. Aquí no hay de nada y allí sí. Me parece pudiera destinarse un vapor para ese servicio. Ninguno más grave y urgente. Si Vd. lo conceptúa lo mismo, puede arreglar el modo con Bustillos. Antes de anoche ví al Papa, y le leí el parte interceptado que recibió Vd. Fué la primera noticia que se tuvo aquí del ataque de los franceses, y lo celebró mucho, pues es ya un paso decisivo.

»Estos dos dias no han venido D'Harcourt ni Rayneval, y no sabemos si han recibido alguna noticia del campo francés. Mucho deseo las que hayan traído los que ha enviado Vd. allá.

»Estamos casi solos. El Rey sigue en Nápoles. No ocurre ninguna novedad.

»Un capitán de carabineros del Papa, encargado de la policia, me trajo ayer el apunte que remito sobre la posicion de algunos destacamentos enemigos. Hoy me ha dicho que se confirma que Garibaldi y otros se han retirado á Roma.—De Vd. afectísimo amigo y servidor Q. S. M. B.—FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.»

los acontecimientos que se desarrollaban en Roma, no dejaron de enviar alguna fuerza en dirección de esta ciudad, llegando sus vanguardias hasta Perugia. Tales hechos cambiaban en mucho las circunstancias, modificando la situación y actitud de las tropas españolas. La retirada de los generales revolucionarios y la necesidad de atender preferentemente á la defensa de Roma, dejábanos sin enemigos contra quienes combatir y dueños consiguientemente del territorio hasta Roma. ¿Pero debíamos los españoles permanecer en aquella inacción, sin intentar siquiera ocupar un puesto en la lucha que comenzaba? ¿Podían ser éstos los deseos del Gabinete de Madrid, ni los fines de nuestra diplomacia, iniciadora de aquella lucha, irreconciliable enemiga de los rebeldes guarecidos en la ciudad papal, y la primera en proponer la ingerencia de las armas en los asuntos italianos? No, ciertamente.

Difíciles por demás eran las circunstancias aquellas, relacionadas con la conducta seguida por nuestro embajador en Gaeta, apoyada tan sólo con un escasísimo número de soldados, allí donde otras naciones intervenían con ejércitos considerables. Pidal, como hemos visto en el curso de este libro por los documentos auténticos en él copiados, había iniciado la defensa del Pontífice y provocado la reunión en Gaeta de unas conferencias diplomáticas, especie de Congreso europeo en que tomaban parte activa los representantes de los pueblos católicos del continente. A España, pues, se debía, como ya he tenido ocasión de comprobar, todos los esfuerzos que estaban realizándose para la restauración del Papado y de sus poderes temporales. Que la Francia y el Austria eligieran aquel terreno para disputarse la dominación política de la península italiana; que sirvieran aquellas circunstancias de pretexto para que entónces se hicieran más patentes las rivalidades de dos pueblos enemigos, que más tarde hubieron de dirimir sus querellas sobre el campo de batalla; que Francia con su doble política procurase establecer sólidamente su influencia en Italia, bien haciendo causa común con los partidos revolucionarios, bien declarándose protectora y restauradora de la Santa Sede; que el Austria, por su parte, pretendiera conservar á su dominación los ter-

itorios conquistados, afianzando la obra de Radetzky y refrescando los laureles de Novara; que á tales complicaciones, en fin, se sumaran las grandes y legítimas aspiraciones del pueblo italiano, que no podían confundirse con las tradiciones del Papado, con las idealidades anárquicas de Mazzini, ni con las ingratas ambiciones extranjeras que pretendían avasallarlos; razones eran todas que prestaban á las circunstancias aquellas una gravedad inminente y una importancia suprema, pero que no podían obligarnos á los españoles armados que allí estábamos, á desempeñar un papel que, por lo pasivo, no podía dejar de parecer desairado, y de ser en realidad humillante. El estampido del cañon resonaba ya bajo los muros de Roma; en aquella contienda iba á dirimirse la futura suerte del Pontificado, y á nosotros, que sólo para defenderlo nos encontrábamos en Italia y que nos hallábamos identificados con sus intereses, ofrecióse una propicia y quizá única ocasión de ocupar un puesto de honor en el peligro, dejando bien asentados el prestigio de nuestra política y la reputación de nuestras armas. Quédese para las sutilezas de la diplomacia y para los distingos de la política el mayor ó menor derecho que por virtud de los acuerdos de Gaeta asistía á la división española para tomar parte en el asedio de Roma; pero el deber del general que la mandaba, el deber de todos los que la componían, hallábase claramente trazado desde aquel momento, y así fué que no hubo un solo instante de vacilación ni de duda. Divulgadas aquellas noticias en Terrachina, exaltáronse los espíritus y enardecieron los corazones, apoderándose de todos los ánimos la levantada ambición de tomar parte en el combate. Habíalo iniciado el ejército de una nación que en definitiva era aliada y amiga de España; á nosotros, pues, correspondía ofrecerle nuestra desinteresada ayuda. Si era por los franceses aceptada, compartiríamos sus trabajos como sus glorias; si lo contrario, habríamos cumplido, por lo ménos, nuestra obligación de soldados.

No vacilé, pues, en aquellos momentos, como no hubiera vacilado ningun militar español, como no vacilaría si cien veces me volviera á encontrar en circunstancia semejante.

Hice que el coronel Buenaga, mi jefe de Estado Mayor, se dispusiera á emprender inmediatamente la marcha para el campo francés, y le entregué la siguiente carta, para que sin tardanza la pusiera en manos del general Oudinot de Reggio:

«Cuartel general de Terrachina 5 de Junio de 1849.

»Señor General:

»En el momento de entrar en territorio romano con un  
»cuerpo de tropas del ejército de S. M. la Reina, mi augusta  
»Soberana, creo de mi deber reiterar á V. E. los sentimientos de adhesion y viva simpatía que unen la España á la  
»República francesa.

»Por las noticias que he recibido de las cercanías de Roma, sé que el ejército francés, dignamente mandado por V. E., ha empezado desde antes de ayer sus operaciones de ataque, y aunque íntimamente persuadido de que obstáculo alguno podrá resistir al valor de las tropas francesas, cuyo renombre es tan notorio, creeria, sin embargo, faltar á los deberes de la cortesía y de la amistad si no me apresurase á ofrecerme á V. E. con los soldados que mando, á fin de contribuir al noble objeto que dirige al ejército francés, sea para atacar á Roma, sea para segundar otra operacion que emprenda.

»El coronel Buenaga, jefe de mi Estado Mayor, lleva el encargo de poner esta carta en manos de V. E. y de darle á conocer las cordiales simpatías que me inspira un general cuyo nombre es tan justamente célebre en los anales militares. El teniente coronel Nunciante, agregado á la persona de S. M. el Rey Fernando de Nápoles, acompañará al coronel Buenaga, encargado igualmente de una mision cerca de V. E.

»Reciba V. E., señor General, los sentimientos de alta consideracion con que tengo el honor de ofrecerme de V. E. atento servidor, FERNANDO FERNANDEZ DE CÓRDOVA.»

Cómo fueron recibidos Buenaga y Nunciante en el cuartel general francés, cómo realizaron la mision que llevaban, cuáles eran las intenciones y actitud política de Oudinot, y qué resultado obtuvo aquella embajada, lo dirá por mí el

parte que el primero de estos jefes me dirigió con fecha 7, á su regreso á Terrachina, que á la letra copio, y cuya atenta lectura recomiendo:

«Excmo. Sr.: En cumplimiento de las órdenes de V. E., salí de esta ciudad en la noche del 5 á bordo del vapor de guerra napolitano el *Delfin* acompañado del teniente coronel D. Segundo de las Cuevas y de la comision de oficiales de Estado Mayor napolitanos, que presidida por el coronel Nunciante, iban á felicitar al general Oudinot de Reggio, comandante general del ejército francés sobre Roma. A las nueve de la mañana llegamos á Fuimisino en la desembocadura del Tíber, comunicando allí con la fragata de vapor francesa *Magallan*, donde nos anunciaron que Roma deberia haber capitulado á aquellas horas; mas al tocar á tierra recogimos diversas noticias, y el ruido del cañon, que se dejaba oír por intervalos, daba á entender que los sitiados se defendian todavía.—La una del dia era cuando llegamos al campo francés. Recibiéonos el general Oudinot en la villa Santurci, situada sobre la vía Campagna, que conduce á la puerta Portessi. Acompañábale el Sr. D'Harcourt, embajador de Francia cerca de la Santa Sede, y el comandante de Estado Mayor Espivent, su ayudante de campo, y despues de leida la carta de V. E., de que yo era portador, con visibles muestras de satisfaccion y oidas las felicitaciones del coronel Nunciante, á quien contestó en términos corteses, dijo que con franqueza puramente militar y en el lenguaje propio de un soldado que se dirigia á otros soldados, iba á manifestarnos la situacion de las cosas y las consideraciones que de ellas se desprendian. Llamada la Francia por el Congreso de Gaeta á cooperar al restablecimiento del Sumo Pontífice, acudió la primera á la península italiana, desembarcando una pequeña division en Civita-Vecchia. La situacion política de la Francia y la forma de gobierno que en ella regia, la imponian ciertos deberes, y si como nacion católica estaba obligada á sostener la anterioridad del Jefe de la Iglesia, como nacion en que imperaban las instituciones libres, no podia consentir en servir de instrumento á la reaccion que otras meditaban y que, violentando la opinion del pueblo romano, seria origen

de nuevos y repetidos trastornos.—«Esto explica, decia, mi  
»proclama de Civita-Vecchia, muy censurada por algunos, y  
»en que, sin embargo, no expresaba más que la opinion de la  
»Francia, de acuerdo con los intereses del Pontificado y con  
»los deseos del pueblo romano. Con la confianza inspirada por  
»mi buen deseo y la que me inspiraron personas que se  
»decian conecedoras de la situacion de Roma, me avancé  
»sobre sus muros arma al brazo, como mediador, no como  
»conquistador; pero fuí traidoramente engañado, y la jorna-  
»da del 30 de Abril, cuyos detalles son tan conocidos, me  
»obligó á retirarme hácia Paolo sin que los enemigos hubie-  
»ran querido ofrecerme una compensacion viniendo á com-  
»batir en campo raso, á pesar de haber empleado cinco dias  
»en las seis leguas de retirada que hice hasta Paolo.

»Dí cuenta de todo á mi Gobierno, y me mandó refuerzos  
»mayores de los que yo pedia, superiores á los que necesita-  
»ba y de nuevo me avanzaba hácia la capital, cuando se  
»presentó en mi campo Mr. de Lesseps con poderes para  
»negociar con Roma. Para comprender este paso, necesario  
»es tener en cuenta la posicion del Gobierno francés, que,  
»en vísperas de unas elecciones de dudoso éxito, de que de-  
»pendia la paz interior, y tal vez la de Europa, se encontra-  
»ba con esta inmensa complicacion, que no podia ménos de  
»influir de una manera eficaz en el resultado de aquéllas:  
»así es que, en su deseo de poner pronta terminacion á este  
»estado de cosas, y creyendo más expedita la accion de la  
»diplomacia, eligió aquel agente para llevar á cabo la empre-  
»sa. Cómo desempeñó Mr. de Lesseps su cometido, es cosa  
»ya juzgada. Yo que censuraba en mi interior todos sus pa-  
»sos desde que entró en Roma, me veia, sin embargo, en la  
»imposibilidad de combatirlos; pero cuando leí sus últimas  
»proposiciones, en que se ofrecia á los romanos que el ejérci-  
»to francés se acantonaria fuera de la ciudad, creí no deber  
»consentir que esta nueva humillacion se realizara, y en su  
»consecuencia, anuncié al Gobierno de Roma que desapropa-  
»ba todo cuanto se pactase, previniéndole á la defensa, pues  
»iba á proceder inmediatamente al ataque de la ciudad. Pocas  
»horas habian trascurrido cuando recibia despachos de mi

» Gobierno en que se llamaba á Francia á Mr. de Lesseps, res-  
» tituyéndome la plenitud de todos mis derechos como general  
» en jefe. Desde entónces he dado á mis operaciones el mayor  
» impulso. Dueño de todos los puestos exteriores, despues de  
» un encarnizado combate, lo soy de Ponte-Molle sobre el  
» alto Tíber, asegurándome las comunicaciones de Florencia y  
» de Ancona, y con el puente de barcas que he establecido en  
» el bajo Tíber y la ocupacion de San Pablo, domino con mi  
» caballería toda la llanura que se extiende hasta Frascati y  
» Albano; tengo mi primera paralela á 300 metros de la plaza;  
» establecidas mis baterías y finalmente, dentro de tres ó cua-  
» tro dias pienso ser dueño de Roma.

» Ahora bien; cuando una gran nacion como la Francia ha  
» tomado una iniciativa tan marcada y hecho sacrificios de tal  
» cuantía; cuando teniendo, hasta cierto punto un agravio que  
» vengar, se halla con su ejército estableciendo las baterías de  
» brecha contra la ciudad cuyo sitio ha emprendido sola, y  
» cuando por todas estas consideraciones se ve próxima á re-  
» coger el premio de sus afanes, ¿puede con sentir que otra na-  
» cion cualquiera venga á arrebatarla ó á compartir la gloria  
» que exclusivamente la pertenece? Cualquier ejército que en  
» tales circunstancias avance sobre Roma, sólo podrá hacerlo  
» en dos sentidos; para socorrer á los sitiados ó á los sitiado-  
» res. En el primer caso, como enemigo, y en el segundo cuan-  
» do fuese requerido por mí; pero la Francia tiene suficientes  
» recursos para llevar á cabo la empresa, y en la situacion  
» quisquillosa en que se encuentra su Gobierno, ¿cuál no seria  
» el clamoreo que contra él se levantaria en el interior, si des-  
» pues de tantos sacrificios tuviese que apelar al auxilio de sus  
» aliados para dominar á Roma? Francia no puede consentir  
» semejante paso; su propia honra lo exige, y necesita además  
» precaverse para lo futuro. Ignoro los sucesos que podrán so-  
» brevenir, visto el estado de inquietud de la Europa; ignoro  
» la parte que le cabrá á mi país en las complicaciones que  
» puedan surgir de los mismos asuntos de Roma; pero tendria  
» que considerar como enemigos á los que en la actual situa-  
» cion marchasen sobre esta capital. Y para que no se alarme  
» la susceptibilidad de los españoles bajo ningun pretexto, voy

»á leer el despacho que ya he dirigido al general austriaco  
»Wimpffen. Dice así:

«Señor general: He sabido que V. E. ha llegado á Peruggia  
»con fuerzas del ejército Austriaco, y que se propone avanzar  
»á Roma. En tal concepto, debo significar á V. E. que ha-  
»llándome expugnando la ciudad, siendo dueño de Poute-  
»Molle, y por lo tanto, de las comunicaciones con Florencia  
»y Ancona, y teniendo resuelto adelantar mis fuerzas por  
»aquella parte, espero que V. E. hará retirar las que hubie-  
»sen avanzado, pues de encontrarse los soldados franceses y  
»austriacos podria resultar un conflicto, que es deber nues-  
»tro evitar.» (1)

»Tal es el estado de las cosas: es posible que mi lenguaje  
»no haya sido el más ajustado á las prácticas de la diploma-  
»cia; pero lo considero como el único que debe mediar entre  
»militares. La toma de Roma puede no ser más que el prelu-  
»dio de un gran drama; hasta entonces el honor de la Francia  
»está interesado en seguir la línea de conducta que dejo tra-  
»zada.»

»Oida esta explicacion, contesté al general Oudinot que  
V. E. no habia tenido otro pensamiento al escribir su carta  
que llenar un deber de cortesía y nunca el de amenguar en  
lo más mínimo la gloria que por la toma de Roma corres-  
pondia legítimamente á las armas francesas, y que en cuanto  
á los temores de complicaciones futuras, me lisonjeaba la  
idea de que jamás podrian alcanzar á España y Francia, li-  
gadas por estrechos vínculos de vecindad é intereses recípro-

---

(1) Esta carta de Oudinot al general austriaco Wimpffen fué publicada por el baron Ballyer en su obra ya citada *Histoire de la Revolution de Rome*. Tom. II, pág. 111, y declarada apócrifa por el capitan napolitano Gaetano Dambrosio en la *Relazione della Campagna militare fatta dal Corpo Napolitano negli Stati della Chiesa l'anno 1849*. Napoli, 1852.—De la autenticidad del documento no puede, sin embargo, dudarse, no sólo por el parte de Buena-ga que yo trascribo y en el que se copia, sino por haber tenido yo conocimiento de aquella carta por noticias confidenciales dignas de toda fe y por las palabras mismas que despues tuve ocasion de escuchar de labios del general Wimpffen.

cos; cumplimiento á que pareció sensible, devolviendo protestas afectuosas. Terminada la entrevista, el coronel Nunciante me dijo que él no habia tomado la palabra, creyéndose hasta cierto punto bajo mi dependencia, que de lo contrario hubiera insinuado la necesidad de que napolitanos y españoles unidos avanzasen en los Estados Pontificios para garantir los del Rey Fernando, caso de que los sublevados de Roma intentaren alguna invasion. Le contesté que era completamente libre para decir cuanto mejor le pareciera, pero que yo no podia tomar la voz en esta cuestion sin involucrar los intereses de España y de Nápoles, limitándome á cumplir el encargo que recibiera de V. E. En vista de esto, provocó una explicacion el coronel Nunciante que, segun él mismo me confió, fué muy poco satisfactoria. El general Oudinot le dijo que no debian contar con la ciega cooperacion de España; que él mismo habia oido de mis labios la armonía perfecta que existia entre esta nacion y Francia, y que esto sin recurrir á la poderosa razon de vecindad, se explicaba por la índole de sus Gobiernos, ambos liberales, marchando ambos con franqueza por las sendas de las reformas; al paso que el Rey de Nápoles, despues de promulgar una Constitucion, se habia negado á cumplirla, dando, por último, el escándalo del cambio de pabellon, cual si tratara de ofrecer un testimonio público de sus tendencias absolutistas. Parece que por último se trajo la cuestion al verdadero terreno; pero sin cejar el general Oudinot de lo que habia manifestado en la primera conferencia, dijo: que en todo caso, el ejército napolitano debiera haber ocupado Ancona; proposicion poco cuerda en un general de sus luces, para suponerla dictada por un pensamiento militar, revelando claramente los temores de un próximo conflicto entre la Francia y el Austria; aquélla intentando apoderarse de Roma y disputar desde allí la influencia de Italia, y ésta avanzando por las legaciones y procurándose alianzas é inteligencias para presentarse fuerte el dia de la lucha. Esto mismo me lo ratificó el coronel Nunciante en el abandono de una conversacion puramente familiar, refiriéndose á los trabajos del general Martini y del conde de Esterhazy, representantes del Austria

en Gaeta, para recabar del Rey que los napolitanos y españoles unidos adelantasen atrevidamente por los Estados de la Iglesia, contando con la cooperacion y apoyo inmediato de las fuerzas del mariscal Radetzky. Despues de esta conferencia, en que parece que por último el general insinuó que como *Oudinot* no estaria lejos de aprobar que el Rey tomara posicion delante de sus fronteras; pero que como *general y diplomático* estaba lejos de aconsejarlo, tuvo el coronel Nunciante una explicacion con el Sr. D'Harcourt, quien estuvo aún más explícito. Segun éste, la España no tardaria en retirar sus tropas de Italia, al paso que Nápoles debia reducirse á guardar sus fronteras, y esto á retaguardia de ellas. Pero, ¿usted cree, le replicó Nunciante, que el mariscal Radetzky respetará la decision del general Oudinot?—Allá lo veremos, contestó D'Harcourt.—Más tarde se me deparó la ocasion de hablar un momento con el mismo general, que se mostró sumamente irritado contra la diplomacia de Gaeta, á quienes atribuye las proporciones amenazadoras que ha tomado un asunto que todos en un principio presentaron muy sencillo, induciendo así en error á sus Gobiernos respectivos. Hoy dia considera la cuestion de tal modo complicada, que, segun él, puede dar origen á una guerra general. Esto es, en resúmen, lo que medió en la entrevista con el general Oudinot, que he tratado de reproducir con toda la fidelidad de mi memoria.

»A mi regreso hasta aquí, la conversacion de los oficiales napolitanos ha girado sobre la política del Austria, que segun ellos, hará adelantar sus tropas sobre Roma y la conveniencia de avanzar nosotros en union con las fuerzas napolitanas á ocupar el valle de Frosinoni. En cuanto á las fuerzas de los sitiados y sitiadores, el corto tiempo que permanecí en el campo no me permitió tomar más que una idea muy ligera. Los defensores ascienden, segun el general Oudinot, á 25.000 hombres de todas armas, la mayor parte extranjeros, con cien piezas de artillería de todos los calibres. Los atacantes tienen un total de 22.000 hombres, un regimiento de dragones, otro de cazadores de á caballo, siete baterías de batalla y 20 ó 24 piezas de sitio manteniendo comunicaciones con Civita-Vecchia y Fiumisino, por donde

reciben las subsistencias y evacuan sobre Bastia y Marsella sus enfermos y heridos. Los franceses estrechan la parte de la población situada á la derecha del Tíber; pero la de la izquierda está enteramente descubierta. El campamento se extiende desde Villa-Melini en el monte Mario hasta la basílica de San Pablo á la izquierda del río sobre el que han establecido un puente de barcas. Además, ocupan en el alto Tíber el puente Molle que los sitiados destruyeron y que han restablecido los franceses, situando en él un fuerte destacamento para observar las carreteras de Florencia y Ancona que allí concurren. Los romanos ocupaban exteriormente la villa Pamphili con la iglesia de San Pancracio y las villas Corsini y Valentini; de todas fueron desalojados el día 4 después de un ataque vigorosamente sostenido. Los sitiadores abrieron con gran felicidad su primera paralela á 300 metros de la plaza, apoyándose en San Pascasio y en una casa que hay enfrente de un saliente del recinto bastionado de la plaza, en una extensión de 800 metros. Tenían en ella dos baterías, una que dirigía sus fuegos á la artillería situada en Monte-Testaccio y la segunda que contrabatía á otra de dos cañones y un obús que los romanos tenían al frente.

» Nada pude averiguar de los proyectos del general; pero por la disposición de las obras, se desprende que los ataques se dirigían contra el saliente indicado. Si los romanos apelan á la guerra de calles, el combate tiene que ser sangriento, porque la fuerza y los recursos preparados por los franceses no están en relación de la magnitud de la empresa, pues aun vencido este obstáculo, hay que batir en el mismo lado del río el castillo de Santo Angelo y forzar luego el paso de aquél; operación difícil y peligrosa cuando hay al frente una barrera de casas dispuestas á la defensa. Tal vez dominada la derecha del Tíber, sea la intención de los franceses, en lugar de pasar á viva fuerza el río, desembocar por Ponte-Molle y dirigir sus ataques hácia la plaza del Pópolo; pero de cualquiera manera, la empresa es ardua y no se explica la seguridad con que el general Oudinot anuncia la rendición de la ciudad para *dentro de tres ó cuatro días*, á no sospechar que cuenta con inteligencias dentro de la plaza ó con

una reaccion que le haga dueño de ella.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Terrachina 7 de Junio de 1849.—SENEN DE BUENAGA.»

Buenaga era además portador de la siguiente carta que el general Oudinot me dirigia:

«Cuartel general de la villa Santuci 6 de Junio de 1849.—

»Señor general: El señor coronel Buenaga, jefe de E. M. de la division del digno mando de V. E., acaba de entregarme la carta que V. E. me ha hecho el honor de dirigirme con fecha 5 de Junio.

»Personalmente he podido apreciar el mérito del ejército español sobre los campos de batalla (1), y por lo tanto me felicito de todas las ocasiones que puedan ponerme en comunicacion con los militares eminentes de aquel país. Quiero decir con esto, que me congratulo de estar hoy en relaciones con V. E.

»Es indudable, señor general, que nuestros respectivos Gobiernos nos han enviado á la península italiana por motivos que guardan cierta analogía. La iniciativa, no obstante, que ha tomado la Francia en la cuestion romana, no permite que mi accion se confunda con la de un ejército extranjero. Hace ya varias semanas que hubiera penetrado en Roma, si ciertas negociaciones diplomáticas no hubieran retrasado el ataque de la plaza. El ministro plenipotenciario que ha seguido aquellas negociaciones fué desaprobado por mi Gobierno, y en su consecuencia he quedado como único responsable de estos acontecimientos: debo, pues, simplificarlos en todo lo posible.

»V. E. sabe, que cuando un ejército asedia una plaza, ninguna tropa á él extraña puede aproximársele sino en el caso de ser reclamada como socorro por los sitiadores ó sitiados. Tal no es nuestra situacion respectiva. V. E. no ha de proteger á los romanos, y nosotros estamos en condiciones de poder hacer frente á todas las eventualidades.

---

(1) Oudinot de Reggio perteneció al Estado Mayor del general del mismo nombre, su padre, cuando la invasion de España por los cien mil hijos de San Luis en 1823.

»El ejército francés tiene hoy sobre el Tíber dos puentes  
»sólidamente contruidos: sus comunicaciones se extienden  
»á la vez sobre los caminos de Ancona, de Florencia y de  
»Albano, y nuestras operaciones militares, tan vigorosa co-  
»mo metódicamente llevadas, nos han permitido, en ménos  
»de tres dias, establecernos con solidez á 300 metros de las  
»murallas.

»En este estado de cosas, todo avance de un ejército ex-  
»tranjero sobre Roma podria ocasionar conflictos que debe-  
»mos evitar cuidadosamente.

»Al someter á V. E. estas consideraciones espero que sólo  
»vea en ellas el testimonio de mi confianza y de la alta esti-  
»macion con que me ofrezco á V. E. servidor y amigo.—  
»Oudinot de Reggio.»

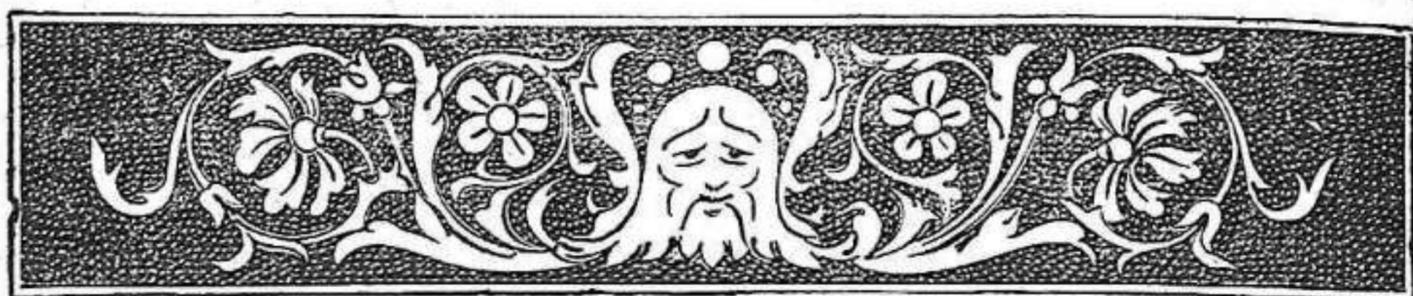
La cuestion por mí iniciada quedaba, por lo tanto, resuel-  
ta y la negativa del general francés, aunque formulada cor-  
tésmente, no dejó de mortificar nuestra vieja altivez españo-  
la, obligándonos, por el momento, á una inaccion que cua-  
draba poco con las aspiraciones y deseos de la division toda.  
Si en vez de los 5.000 hombres escasos que mandaba,  
me hubiera encontrado entónces á la cabeza de un ejército  
más numeroso, ¿quién sabe si contra todo derecho, y contra  
toda circunspeccion política, hubiera dejado por inaverti-  
das las consideraciones de Oudinot marchando sobre Roma  
á pesar suyo? Ahora que la madurez de los años ha derra-  
mado sobre mí la frialdad de la prudencia, me felicito por  
no haberme encontrado entónces en circunstancias de recor-  
dar á los franceses que no teniamos nosotros glorias mili-  
tares que envidiarles en el suelo de Italia.

Muchas consideraciones se agolpan á mi pluma que justi-  
ficaran mi conducta en aquellos dias; mas conviene exponer-  
las en capítulo aparte.

FERNANDO FERNANDEZ DE CÓRDOVA,

Marqués de Mendigorria.

(Se continuará.)



## MIS IMPRESIONES DE VIAJE <sup>(1)</sup>

### VI

#### HUNGRÍA É ISTRIA



os encontramos otra vez en la capital de Austria; nuestra permanencia en ella será muy breve; no tiene otro objeto que cumplir un deber de etiqueta, despedirnos de las autoridades de Marina y darles las gracias por los favores que nos han dispensado, de nuestro distinguido ministro de España, Sr. Conte, y recoger las autorizaciones para visitar á Pola.

Trazamos el plan de nuestro viaje, y salimos de Viena el 26 de Enero á las seis de la tarde, bien á pesar mio, pues aquel viajar de noche, aquella vida de lechuza, no me era nada grata, mucho más sabiendo que la línea que debíamos recorrer es una de las más notables de Europa; pero someterse fué necesario á la brevedad del viaje. La oscuridad de la noche y los nevados cristales eran un denso velo y una pantalla que nos ocultaban por un lado los montes Leitha,

---

(1) Véase la pág. 83 de este tomo.

por el opuesto la extensa llanura de ricas viñas, cuyo exquisito jugo habíamos bebido en Viena, bajo el nombre de vino de Voslan, y el paso del Semmering, de 25 millas de longitud, costeando precipicios enlazados por 15 puentes y 15 túneles, con curvas atrevidas y planos inclinados.

Los nombres de las estaciones de Bruck, y el de para nosotros de tristes recuerdos de Gratz, fueron los que entendimos. El sueño se apoderó de mí, no despertando hasta el terreno pantanoso de Laiback, oyendo á uno de nuestros compañeros que distraía su desvelo recitando versos de nuestros más celebrados poetas.

El terreno volvió á accidentarse, mostrándonos los Alpes Julianos, sus pesadas rocas calcáreas, sobre las que viven algunos pinos alpestres; pasamos por las célebres cuevas de Adelsberg, para cambiar de tren en San Pedro, punto donde convergen las líneas de Trieste y Fiume, y continuar nuestro viaje hasta el último punto, atravesando un país montuoso.

En el Hôtel de Europa, inmediato al gran puerto, nos esperaba nuestro cónsul, Mr. de Francowitch, y su hijo. Cambiamos nuestros saludos y amables frases, encontrando personas tan atentas y afectuosas, que desde aquel momento nos acompañaron siempre: yo en estas líneas les dedico un tributo de amistoso recuerdo.

La transición era bien rápida. De Berlin y Viena veníamos á parar á una población de 25.000 almas, tranquila y reposada. De las temperaturas glaciales, á la dulce y reparadora de una ciudad abierta á los templados vientos del mar, recostada sobre la montuosa ladera, y cuyos pies besan acariciándolos las azuladas aguas del golfo de Quarnero. Veíamos despues de tantos días un cielo de puro azul, sobre el que se destacaba un hermoso sol, á cuyos benéficos rayos sentíamos nuestra naturaleza vivificarse, vibrar unísona, como si nos encontrásemos en las perfumadas y amenas orillas del Guadalquivir.

Nuestra vida en Fiume era metódica, ordenada; la absorbían por completo los estudios de nuestra comisión; pero nos era tan grata, que los días pasaban ligeros, y como suele expresarse, sin sentir. A las tres de la mañana el carruaje

nos conducía por el camino de la orilla del mar, pasando por el hermoso edificio de la Escuela naval, las bellas casas de campo rodeadas de sus jardines, y costeano el golfo que cerrado por las islas Veglia y Cheiso se extendía á nuestra vista; parecía un lago sobre cuya superficie se alzaban las blancas velas de sus embarcaciones, lago que por nuestro frente limitaba las montañas con las nevadas cumbres del Monte-Mayor. El carruaje nos dejaba en los talleres de Mr. Whitehead, nombre hoy respetado y conocido del mundo marítimo, quien á su talento y sus vastos conocimientos une el encanto de un trato amabilísimo.

Una comision griega y otra francesa se encontraban recibiendo torpedos; se nos invitó á asistir á las pruebas de recepcion, que ni por un momento vacilamos en aceptar. En el muelle de pruebas, veíamos preparar los siluros, prodigios de mecánica que llevan en su seno la destruccion y la muerte; los veíamos rasgar las tranquilas aguas, su argentada estela trazar sobre la superficie del mar su direccion, y veloces como el rayo, obedientes al pensamiento, venir á herir los blancos con precision matemática. Es un espectáculo imponente, al considerar que 25 kilogramos de fulmicoton bastan para abrir la brecha en los fondos de los acorazados, cuyas aguerridas tripulaciones, impotentes para defenderse de sus terribles efectos, amortajadas en su férreo ataúd, sepultadas serán en el fondo del mar.

Lucha interminable, la coraza, el espolon, el cañon, el torpedo: ¿de parte de quién está la ventaja? ¿Dónde se encuentra la verdad que ansiosos buscamos en esos elementos de defensa y de destruccion? Cada cual está limitado en su accion, cada cual tiene sus momentos precisos para actuar; la inteligencia del hombre sabrá aprovechar esos momentos precisos y oportunos en que se decide un combate, tal vez una campaña, en que va envuelta la integridad de un país, el honor del pabellon. Divididas están las opiniones en sus apreciaciones militares sobre el torpedo, nueva arma de guerra; pero estudiando sus progresivos adelantos, viéndola introducida en todas las naciones, comprendiendo los esfuerzos para manejarla con la mayor precision, se desprende su

gran importancia; es el arma del porvenir, y su influencia será tal, que modificará la construcción y cambiará la táctica. En esta cuestión creo, y lo creo firmemente, que, instalada en esas ligeras embarcaciones torpederas de 21 á 22 millas de andar, ya vayan colgados en los blindados y preparados para lanzarlos al agua antes de empezar el combate, dejándolos por grupos su libertad de acción, ya se los emplee en la defensa de las costas y puertos, las colosales masas de los blindados destruidas serán por el ataque de los *Ecytons*.

Nuestras visitas al establecimiento para conocer el material, nuestras conferencias con Mr. Whitehead son en extremo interesantes; duraban hasta pasado el medio día, que volvíamos al Hôtel para almorzar, y después nos dirigíamos á nuestras habitaciones, que estaban en comunicación; en ellas, cada cual se dedicaba á anotar, á estudiar sobre puntos determinados. Si había alguna duda, alguna cuestión que esclarecer, nos reuníamos, y aclarada, volvíamos sobre el trabajo, que terminaba á las seis, para dirigirnos al comedor; en él encontrábamos á los jefes y oficiales de las comisiones extranjeras, con quienes conversábamos, y finalizada la comida, salíamos á pasearnos por el Corso, á respirar el aire libre y dar descanso á nuestras cabezas. Era la hora en que estaba más concurrido; veíamos en él, si no una multitud que se aglomerase sobre sus amplias aceras, personas de distinción, un público escogido hasta en las modestas clases sociales, llamándonos la atención las jóvenes con sus cabezas descubiertas, y cubiertas sus manos de elegantes guantes. Aspirábamos el puro ambiente de aquellas templadas y estrelladas noches, para después recogerlos temprano, y al siguiente día volver á nuestras ocupaciones. ¡Ah! ¡Qué hermosa es la vida en el cumplimiento del deber!

Durante nuestra permanencia en Fiume, donde la sociedad es muy distinguida, fuimos invitados dos veces, la primera por el Casino militar á un baile, y la segunda por el gobernador general, conde Geza Szàpàr en la noche del 31 de Enero, á quien habíamos pasado á visitar á nuestra llegada. A las nueve subíamos la alfombrada escalera, cubierta de flores y plantas, para entrar en los salones y asistir á una de

esas fiestas que dejan siempre gratos recuerdos; empezó por dos bellas piezas, á las que siguieron dos cuadros plásticos.

Se abrieron las salas, y en mesas puestas con exquisito gusto, nos fueron servidos ricos vinos, deliciosos manjares; pero los acordes de la brillante orquesta nos llevaron á los salones, donde ya se bailaba la primera cuadrilla; á ésta siguieron otras, valeses y polkas. La animacion y la alegría retratadas estaban en todos los semblantes, animacion y alegría que no terminaron hasta las cuatro de la mañana. Presente tendremos siempre la exquisita cortesía, la sencilla y natural amabilidad del conde, la de la bella dama, la noble y piadosa señora, la elegante condesa, que vestia aquella noche una preciosa *toilette* blanca con ramos de rojas flores. Se les veia multiplicarse; tenian siempre una frase afectuosa para todos, expresándose en varios idiomas, con perfeccion tal, con tan puro acento, que pasar podrian por ingleses, franceses ó italianos.

Solamente un domingo pasamos en Fiume, que dedicamos á próximas excursiones por sus alrededores; la de más atractivo es la de las ruinas del castillo de Tersaso; dejamos el Hôtel, y siguiendo por el Corso, doblamos por la Plaza del Teatro, para seguir al puerto viejo y dejar á la izquierda el puente de la Fumiaza; subimos los cuatrocientos escalones y rampas, bordeadas de árboles y plantas, en parte cubiertas de emparrados, que conducen á un grupo de casas situadas entre el castillo y la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, lugar de peregrinacion; de sus muros, de sus pilares, pendientes están sus ex-votos, cuadros de las escenas del mar en sus furiosas agitaciones; cada uno de ellos representa largas horas de angustia y de agonía; agotadas las fuerzas, exánime el cuerpo en la titánica lucha, ansioso el marino al recuerdo de la familia, de la patria, encomienda su salvacion á María. Iguales cuadros, tan mal pintados, he visto en muchas de nuestras iglesias y capillas de las costas; no tienen valor artístico alguno, lo sé, pero siempre ante ellos me he sentido conmovido; son un recuerdo religioso que manifiesta la expresion sincera de la fé y de la esperanza en Dios, en los momentos supremos de aquella vida de heroismo y abnegacion.

Entre jardines, dominando sus árboles, sus grutas, sus fuentes, se eleva el luminoso castillo, con algunas habitaciones modernas que contienen bustos y estatuas de Pompeya y algunos cuadros recuerdo de familia. Sobre la plataforma circular y viejo torreón, nuestra mirada se extiende sobre Fiume, su puerto y el golfo, iluminando aquel bello paisaje la intensa luz del sol del Mediodía.

El 4 de Febrero nos despedimos de nuestro cónsul, de su amable familia, de aquella bonita población, de nuestra agradable y tranquila vida, para tomar el tren, vía de Trieste, donde solo debíamos detenernos el tiempo suficiente para tomar el vapor que debía llevarnos á Pola, y cumplir una honrosa y distinguida misión dada por SS. MM., al despedirnos de Madrid: visitar á S. A. el Archiduque, hermano de nuestra Reina, oficial de la marina austriaca, á bordo de la *Custoza*, anclada en Trieste. S. A. se encontraba en Viena, con licencia; esperábamos presentarle nuestros respetos al regresar de Pola, pero no nos fué posible cumplir esta distinguida visita; la licencia se prolongaba más de lo que nuestras órdenes nos permitían detenernos en Trieste.

Embarcados á las siete de la mañana en uno de los pequeños vapores que hacen el diario servicio en ocho horas entre Pola y Trieste, dejamos el puerto, recorriendo la costa de Istria y tocando en las poblaciones de Piramo, Almagro, Cittanova, Pamento y Rovigo. El Monte-Mayor se veía al Este; le saludamos afectuosamente; recordábamos á Fiume.

Pasado el estrecho canal que las islas Brioni forman con la costa, descubrimos el anfiteatro de Pola y las circulares fortalezas que defienden su bahía. A las tres desembarcamos, hospedándonos en el Hôtel de Rívoli, y á las tres y media se nos presentaba el teniente de navío Mr. M. Pietruski, que venia á cumplimentarnos y á ponerse á nuestras órdenes, bizarro é instruido oficial, de ameno trato, persona de sociedad, que nos acompañó durante nuestra permanencia en Pola, y con quien convinimos el plan de nuestras visitas de estudio durante los días que debíamos estar en Pola, días felices y predilectos, que yo llamo «mis días militares.»

En estas líneas damos las más expresivas gracias, por las

atenciones y obsequios de que fuimos objeto durante nuestra permanencia en Pola, por la amable recepción á los almirantes, jefes y oficiales, y muy especialmente al presidente del Casino militar, capitán de navío Ritter von Lund, á los comandantes de las escuelas y los oficiales con quienes nuestra misión nos puso más en contacto, y cuya exquisita amabilidad será uno de nuestros más gratos recuerdos en nuestra vida social y militar.

Empezaron nuestras visitas por el Arsenal, por su parque de cañones y cureñas, perfectamente cubiertos y dispuestos para su transporte y almacenado; los depósitos en que cada buque desarmado tiene perfectamente dispuestos y ordenados sus cargos; los de las máquinas electro-magnéticas de Gramme para los aparatos reflectores de las luces eléctricas, los talleres de torpedos, y más ligeramente los de máquinas, y el de embarcaciones menores, que es semejante al de Kiel, que con altas gruas de corredera, las transportan en todas direcciones.

Fuera del arsenal y precedido de un bello jardín á la inglesa, en cuyo centro se levanta la estatua del que fué almirante; el archiduque Maximiliano, está el vasto cuartel de marinería, la que se encuentra dividida en 12 compañías y cuyo armamento se deposita en una sala, donde existen modelos de todas las usadas en los demás países para su estudio. Las compañías alojan por secciones, y están clasificadas por el servicio que deben prestar en los buques; por ejemplo, la primera es de los timoneles. Estas compañías son las que dan siempre el servicio de guardias militares al arsenal y demás establecimientos de la marina.

La escuela de artillería, mandada por un capitán de navío, está instalada á bordo de una fragata de madera, la *Dandolo*, y en comunicación por una plancha con un antiguo blindado. La batería de la fragata está armada de cañones Krupp, los usados por la marina austriaca, de 15 centímetros, largos y cortos, y en el blindado tenían montado dos cañones Krupp de 26 centímetros en cubierta, cañones de bronce-acero Uchatius de 9 centímetros en sus preciosos montajes Albini, y ametralladoras; en la batería á babor ca-

ñones Uchatins y á estribor Armstrong. En la parte de proa, en el castillo, la academia con modelos de todos los proyectiles, cartuchos, juego de armas, gatos hidráulicos, etc., para el conocimiento de los 900 hombres que reciben su instrucción en seis semanas, bajo la dirección de 16 oficiales. Una goleta montando dos cañones á barbata, Krupp, de 15 centímetros, está afecta á la escuela para salir al mar á tirar al blanco. De la escuela de artillería pasamos á la de torpedos, instalada en una antigua y pequeña corbeta, de hélice, pero actualmente sin máquina, y mandada por el capitán de fragata Mr. Joly, quien con igual galantería que el de la de artillería, nos acompañó en la visita, dándonos extensos pormenores sobre la instrucción que reciben los oficiales, sub-oficiales y la marinería que son destinados al servicio de los torpedos. La marinería está dividida en grupos de 10 hombres, y su instrucción al cargo de oficiales que les enseñan el conocimiento de las diferentes partes de que se componen los órganos del torpedo, excepto el compartimiento secreto, á armarlos, cargarlos, manejarlos, desmontarlos y limpiarlos: igual instrucción reciben los sub-oficiales, que se extiende hasta el conocimiento de los aparatos de lanzar y las bombas de aire comprimido. La de los oficiales está al cargo del comandante; éstos pasan á la escuela después de un curso de electricidad, de dos meses, y contando con este tiempo, la instrucción es de ocho, para la que existen planos detallados y ampliados, un corte vertical en la dirección longitudinal de un torpedo, diferentes piezas para comprender su modo de funcionar, bombas de aire y modelos de los aparatos de lanzar. Afecto á este servicio se encuentra un buque de hélice montando aparatos para los lanzamientos y experiencias en las frecuentes salidas que hace; éste será reemplazado por el *Zaza*, en armamento, buque torpedero de anclas, de 16 millas, en el que están montados dos cañones de torpedos, y dos aparatos giratorios, sistema Whitehead, para lanzar bajo el agua y normal al costado, aparatos que montarán los blindados construidos y que los hemos visto funcionar á bordo del *Max*, donde se ejercitaban en su manejo una sección de torpedistas.

Fuimos á bordo del *Albrecht*, acorazado de primera clase, en armamento, con dos reductos, montando cada uno cuatro piezas de 26 centímetros, Krupp, de las que cuatro dirigen sus fuegos en direccion de la quilla, por medio de las patas en V del costado, completando su armamento artillería Uchatius de 15,9 y 7 centímetros, y ametralladoras; es un hermoso buque que, en union de la *Custoza* y el *Tegethoff*, aún más formidable, que se termina en Trieste, forman el núcleo de fuerza de sus 11 blindados, los que llevan tres embarcaciones de vapor armadas de spar-torpedos.

La parte más interesante para nosotros fué la de los doce Yarrows, con sus instalaciones para lanzar, en direccion de la proa, torpedos por medio de sus paralelos aparatos. Los contemplábamos con satisfaccion, con sus afiladas y cortantes proas, su andar de 20 á 21 millas, llevando listos y preparados para lanzar sus torpedos, y nos figuramos todo el efecto que debe producir al dirigirlos y verlos veloces salvar la distancia que los separa del objetivo del ataque.

Recorrimos otras dependencias y el Observatorio que se levanta dominando el elegante paseo que circula la estatua del vencedor de Lissa.

Sin embargo de que estábamos muy ocupados y el tiempo era siempre breve, recorrimos el nuevo barrio con sus casas rodeadas de jardines, sus alamedas, sus pintorescos alrededores, llegando hasta la ensenada y depósito de los torpedos fijos para la defensa del puerto y los almacenes de explosivos, y sus monumentos antiguos, que recuerdan la dominacion romana, lá de Venecia y la destruccion de Pola en la lucha de genoveses y venecianos. De la primera y más notable se conserva el templo de Augusto y Roma, el precioso arco Corintio de la Puerta Aurea, el Anfiteatro del tiempo de los Antoninos, y que está perfectamente conservado: de la segunda un castillo.

El 9 de Febrero, en uno de los vapores de la Compañía del Lloyd Austriaco, dejábamos á Pola á las nueve de la mañana, viaje directo á Trieste. Varios oficiales vinieron á despedirnos, no dejando el vapor hasta el momento de partir; recordaremos siempre, como he dicho, tanta atencion y á

Pola. Nuestras impresiones eran profundas al considerar su fuerza militar, el arsenal con su magnífica dársena, que guarda tan potente material de guerra, los establecimientos anexos é indispensables á toda marina; pero aún más nos impresionaba su instruccion, su vigorosa organizacion militar.

Llegamos á Trieste pasadas las tres de la tarde, para volver á nuestro Hôtel Delorme, en la Plaza Grande. Momentos despues teniamos la satisfaccion de saludar á nuestro cónsul, del que, puede decirse, fuimos sus huéspedes durante nuestra permanencia en Trieste; él nos acompañó siempre, y en el seno de su familia encontramos una fraternal acogida. Viviamos en España con esa expansion sincera y afectuosa que hace tan grata la sociedad de personas tan distinguidas como nuestro cónsul, Sr. Zamenit Romero y su bella y elegante señora.

Trieste es una poblacion importantísima por su vasto comercio; es alegre, llena de vida y movimiento, que se reconcentra especialmente en el Corso, que separa la nueva de la vieja ciudad.

La catedral de San Justo, que domina la ciudad, con bellas vistas, es interesante por su antigüedad, su torre con sus columnas romanas y los antiguos mosaicos de Jesús y María de sus interiores altares: en la plaza que le da ingreso y frente á la iglesia está enterrado el célebre ministro de policia de Napoleon I, Fouché; en la misma plaza se encuentra el Museo de Antigüedades. Próximo á la catedral, el castillo, y un poco más bajo, el monasterio de los capuchinos, cuya escalera de los gigantes conduce á la Plaza de la Leña.

Siguiendo el camino que se apoya en las vertientes de la escabrosa costa del golfo de Trieste por su parte del Oeste se llega á un encantador sitio, cuya almena y alta torre se destaca entre la verde espesura, torre que indica una residencia imperial; el silencio de la muerte ha apagado en ella los alegres dias de una vida de ventura y de felicidad; hoy no es más que un recuerdo, que registra la historia de sus páginas de sangre. Esa residencia se llama Miramar.

El castillo, cuyos cimientos son las actuales aguas del golfo de Trieste, se levanta majestuoso y bello, rodeado de

jardines, de alamedas, de bosques de camelias y de hermosos árboles que cubren la ladera que suavemente viene á besar los pies de aquella construccion dirigida por el mismo Maximiliano. En sus salas, en su gabinete, en su biblioteca, no hallareis más que recuerdos de sus viajes, de su vida de marino, de la fragata de Novara, de sus antepasados; pero todo revela allí un gusto exquisito, eminentemente artístico; cuanto puede encontrarse de bello y poético se condensa en el castillo de Miramar. Atraídos por tanta belleza, tantos recuerdos, lo recorriamos con detencion, pero nos fijábamnos en el retrato de Maximiliano, de su desgraciada esposa, la ex-emperatriz Carlota, y ante aquellos cuadros que representaban la diputacion de Méjico, ofreciéndole la Corona, y su salida de Trieste para ceñírsela. Aquella coleccion, no, no está completa, falta un cuadro, el de la recepcion de su cadáver, que termine la historia de aquella noble y pundonorosa alma, que no vaciló en morir como valiente soldado al pie de jurada bandera. No existe más que el principio de aquel drama que finaliza en Querétaro.

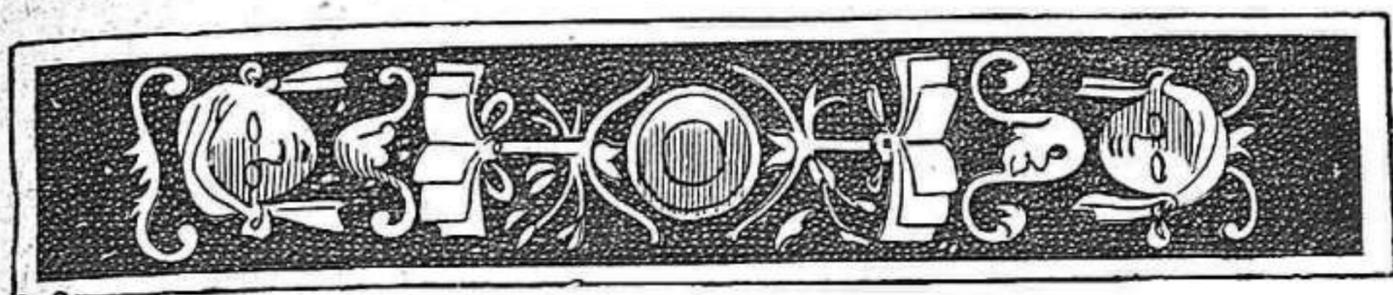
Trieste ofrece tambien interés para todo marino por el arsenal del Lloyd, donde se han construido varios buques de guerra de la marina austriaca, y donde termina sus obras el *Tegethoff* que citamos.

El 11 de Febrero dejábamnos á Trieste, vía de Venecia, por la tarde; la línea férrea costea el Golfo para internarse hasta Udine, pasando antes por Cormons en la frontera. Desde aquel punto desciende hasta buscar los terrenos bajos y pantanosos de Venecia, á cuyo punto llegamos á media noche.

SEGISMUNDO BERMEJO,

Coronel capitan de fragata.

(*Se continuará.*)



## POLYSTORIA <sup>(1)</sup>

### XI

**P**OR una brevè comparacion, hame parecido más oportuno, al reconocer el espíritu histórico español respecto de este período, estudiarle en una de sus más eminentes producciones, y ciertamente merece un exámen detallado. Describe D. Antonio Cánovas la influencia de los Reyes Católicos (2) con rasgo original y prepotente, dando lugar principalísimo en los intereses de Europa á la Monarquía española, que á la vez confiesa no presenta el carácter de nacion completamente unida en la inmensa tension de su poder, cual pocos años más tarde ejerceria sobre los pueblos que mayor fuerza, más civilizacion y cultura y más historia venian ofreciendo á Europa. Eran para el ilustrado escritor valiosas cualidades del carácter español tantos rasgos épicos que llevaron nuestras armas y victorias á los sitios más invictos del globo, y las defensas, las distancias, el heroismo, la prudente diplomacia, la sagacidad política, obstantábanse en la men-

(1) Véase la pág. 444 del tomo XXXVI.

(2) Véase *La Casa de Austria. — Historia de la decadencia de España*, estudios históricos de D. Antonio Cánovas del Castillo.

te del castellano, del aragonés, del catalán, en otros tantos estímulos á buscar una altura de miras y propósitos que en vano era hallar en los cortos límites de España. Con este criterio analizador desentraña toda la vitalidad de la monarquía española; en medio de todos sus elementos, descúbrela cuando sólo es «una alianza entre las principales naciones peninsulares», y sube de las hazañas de los catalanes y aragoneses en Oriente, de la maravillosa restauración de los Estados Pontificios por el cardenal Albornoz y algunos clérigos y soldados castellanos, de las conquistas de Sicilia ó Cerdeña de D. Alonso y D. Pedro, de la dominación de D. Alonso en Nápoles, á esa época inmediata sucesora de tantas glorias, en que España, más vigorosa, llena de esplendor, llama la atención de todos los ejércitos; los Reyes y Emperadores la acatan, y da la idea de monarquía á todos los Estados europeos.

En ese período grandioso de nuestra historia nos lleva como de la mano, desentrañando nuestro modo de sentir, el hábito de aquellas generaciones animadas por un epicismo bélico, ardoroso, y en el seno de la nación una luz radiante que excitaba el fondo de toda la vida internacional; no reconoce de otro modo este historiador moderno la vitalidad de un Emperador que parecía vivir en todas partes, asistir á mil campañas distintas, de una actividad y de un valor que forman admirable contraste con su fin místico en Yuste. Desde entónces la razón de Estado, la idea religiosa, algo que en España avezó el sentimiento de constante independencia, un ideal sentido y buscado en todos los horizontes de las ciencias, de las artes y de las conquistas, sobre todo, dieron magna participación á los ejércitos, y frecuentemente acompañaban á las armas los estragos de la guerra; con los españoles iban los más nobles capitanes, precediéndoles los diplomáticos más prudentes; acompañábales los consejos en la justicia, en el derecho, la deliberación lenta de sus Reyes, la paternal influencia de los prelados, los consejos áulicos y canónicos, el comercio de todos los nobles intereses que podían asociarse á las armas españolas para rendirles victoria con justicia. Sólo así compréndese la poderosa acción de España fuera de sus límites, sólo así también podía

concebirse no escapara al sabio dictámen de la córte española ninguna de las grandes controversias humanas, donde así se conmovian los Estados, las religiones y las prosperidades públicas. Mas en medio de toda esa grandeza, ¿cuánto no enseña el prudente escritor razonando períodos de nuestra historia? Para él, y con notable firmeza, comprendiendo y comparando la vida de España antes y despues de lo que fué durante la dinastía austriaca, considerando este período como *apogeo* de nuestra historia, pero distinguiendo en medio de su heroísmo y de su poderoso ascendiente su diversa trascendencia en los destinos que nos estaban reservados; pues «ni los individuos ni las naciones logran, á la larga, ventajas, levantándose más que con sienten sus condiciones propias.» España nunca fué cual entónces de vida universal; tampoco vuelta á su histórica existencia y á sus propios recursos, seria más de lo que ofreció y sigue siendo en el continente europeo, un extremo del mismo; mas, el estado en que la sumieron tanta invasion, tanta guerra nacional y civil, tanta escasez en fuerzas productoras, tanta abundancia y absorcion en los países vecinos, juntos ó sucesivamente jamás pudieron amortiguar el carácter español y el esplendor de sus armas.

Razona Cánovas con una solidez y firmeza que en vano pretenderán negarle sus adversarios; agrada sobre manera oírle proclamar *épicas hazañas, altas cualidades políticas y militares*, ofrecer á nuestra contemplacion cómo los Reyes Católicos figuraron gloriosamente en el mundo, recorrer el soldado español todo el globo, mediar en toda negociacion diplomática los embajadores de nuestros Reyes, las felices conquistas, el valor militar y el temor que causaban nuestros ejércitos; mas, toda es agrandezza no le oscurec en los caminos recorridos en la historia, y la gloria tampoco le anubla su rastro completamente; distingue con exactitud lo que hay de magnífico y deplorable, de natural y exuberante, lo que respondia á la España de siempre y lo que, si era laudable, en manera alguna podia mirarse como útil á nosotros y á la posteridad: la sancion la sienta en varias opiniones originales que siembra como flores de un campo, y al lado del

carácter general del país y de sus habitantes, de sus fuerzas productoras, describe el individual en relación también á todo el territorio con sus propios elementos. «Hay cualidades que pueden honrar á los individuos y perder á las naciones,» y en cuanto á nuestro suelo, tan justamente apreciado por críticos y viajeros que le visitaron, describiéndonoslo como inferior al genio de sus pobladores, exhibe la pobreza en que España estaba sumida.

Con toda la profundidad de raciocinio, observando el crecimiento del pueblo español, el sentimiento que le anima, los destellos que le abrillantan y el campo recorrido por las emigraciones de nuestros ejércitos, como ningún otro historiador, descubre con acierto originalísimo ese memorable período que tantos estudios diversos ha ofrecido á Europa y está suscitando sin número hoy en todo el mundo: y lo que hasta él aparecía generalmente en los conceptos más levantados de la política mística y paladina, de la épica milicia, se explaya con estudio concienzudo y detallado en darnos á conocer el carácter y calidades de los diversos príncipes que rigieron los destinos de aquellos recordables reinados; la forma y tendencia del gobierno de cada uno; las principales consecuencias en sus relaciones privadas y públicas con los súbditos y demás Estados, el rango que mereció y á que pudo llegar entre todos los pueblos, y la trascendencia, la sencillez con que discurre, por los rasgos más secretos del carácter de cada persona, las calidades, los extremos presentimientos, de todo se hace cargo, así como de las circunstancias que rodearon los enlaces y matrimonios reales; discute con tino las razones de Estado, las distintas sucesiones y apreciaciones extranjeras acerca de los mismos Reyes, siempre revelando una crítica insana, poco acertada en la interpretación de los documentos de nuestros archivos, y al demostrar las incertidumbres de los publicistas, luce con esplendor su recto juicio. Por otra parte, las narraciones secretas de los embajadores, los papeles de Estado, un estudio profundo del derecho y de las leyes tal y tan concisamente como lo presentaron los juristas de la época, le dan amplia extensión á desarrollar las teorías y aplicación de las leyes

por las famosas Córtes de Toro en lo referente á la regencia de D. Fernando el Católico y los principios jurídicos en boga, y entre las córtes de hábiles servidores, alianzas con potencias extranjeras, cierta avidez en los pueblos por lo desconocido, circunstancias que contribuyeron poderosamente á formar partidos de terrible oposicion; sobre todo este esfuerzo saca la gran figura del Rey castellano ileso con todo su predominio, triunfante, por más que aceptase á su yerno don Felipe tan abiertamente rechazado por doña Isabel. Tisú de complicaciones históricas se ofrecieron al escritor, que no se abandona á la invencion cual Mr. Hillebrand y Bergenroth, y cede á la justicia un puesto digno, segun le aconseja el depurado estudio de las córtes castellanas.

Es difícil correr un campo inmenso erizado con negociaciones más numerosas y difíciles que podrá verse nunca en el período de un solo reinado, sostenido en la narracion con todo el vigor que les realizaba en la política, en la diplomacia y en los ejércitos el que, segun inteligentes embajadores, *era el mejor general de su imperio*; y á la vez que descubre estas cualidades de Carlos V, revisar á grandes rasgos la influencia, el origen de las *germanías*, sus consecuencias en la vida social y política, la completa absorcion de autoridad en los Reyes, la preponderancia de la clase media, el olvido de la nobleza, esfuerzos de todos presentados en abierta lucha fomentada por las comunidades. Además, las ideas corrientes de la autoridad, nociones controvertidas en infinidad de libros que formaban ya una literatura política en nuestra patria, explicando la monarquía universal, dieron á nuestro escritor, horizonte inmenso donde como en una piedra de toque discernia las condiciones de *un príncipe perfecto, de una república cristiana*, la organizacion del Estado como la de una familia, ideas ya presentidas como le inspiró el mismo obispo Guevara en su *Reloj de Príncipes*, y otra multitud de obras que ponian en claro la tendencia absolutista de las ideas y de la monarquía reinante.

Llama la atencion sobremanera ver en su relato, cómo juegan en alterado tumulto las nuevas ideas de derecho público y las transacciones internacionales, en las que no siempre

dominaba la mayor fé, ni era ménos de notar en esa propalada de ideas é Intereses religiosos un Emperador lanzando decretos é interims, como presidir y dirigir las contiendas de los protestantes al mejor acuerdo, y sobre todo, excitar el Concilio de Trento. Mas si bajo este concepto es profundo su estudio, no cabe medirlo en el punto de vista económico, al que los papeles de Estado y manuscritos inéditos, el fondo de nuestros principales archivos, y una crítica depurada, le han dado nocion clara de la situacion financiera de España. Algo indudablemente le inspiró la narracion de viajeros extraños, que por atractivo injustificado reconocian nuestro país, y nos legaron tambien el triste recuerdo de sus impresiones en nuestro suelo; pero con todo eso halla en los mismos la mayor sinceridad que podia descubrir el mismo escritor, acerca de la produccion, industria, comercio y cuanto se relaciona á la crónica de entónces; cuyos resultados explica á la vez por el sistema de proteccion y represion aplicado en otros órdenes tambien influyentes en todos los ramos de la nacion; cual llegó á verse igualmente sostenida por instituciones mitad religiosas y civiles, que así florecieron en Inglaterra, Francia, Aragon y Castilla. A tal punto llega la unidad que preside en su estudio, donde toda teoría halla la ilacion sucesiva de ideas como todo valor práctico en la existencia. No de otro modo se le ve discurrir por entre consultas y variados dictámenes, emitidos por jurisconsultos y políticos de importancia, poniendo en discriminacion completa «si podria ó no declarar nula el Rey de España la eleccion del Papa Paulo, por suponerla falta de algunas condiciones canónicas,» «si los Concilios nacionales tendrian autoridad para arreglar puntos gravísimos de disciplina eclesiástica en la Península, sin el permiso y conformacion de la Santa Sede,» «si se podia ó no ordenar la salida de todos los españoles de Roma, y prohibir el constante envio de dinero de España á aquella córte, á cambio de gracias espirituales,» «si era lícito emplear las armas para reducir al Papa, y exigirle, ya redimido, importantes concesiones, tanto temporales como espirituales,» y otras muchas que no merecieron tanto la atencion de una junta formada á propósito, en la que no era muy flore-

ciente la influencia romana, y se vieron en un solo espíritu Melchor Cano, Vargas, y poco despues excomulgado el poderoso Felipe II, cuyo lugarteniente, amenazando *hacer temblar á Roma, á manos del rigor*, atraeria á su Rey la Bula de la Cena, cuyo proceso y excomunion alcanzaria aún al Emperador monje. Compréndese desde luégo la intencion, profundidad y tendencia de este crítico historiador, que así propende á esos problemas los más árdúos que pueden suscitarse en la historia en su esfera más elevada, donde campean las ciencias del derecho y de la historia á una altura en que se hallan como hermanadas la teología, la filosofía, el derecho canónico y la historia toda en su mas alto vuelo.

Desentrañar así la grandeza de España, cuando desarrollada entrevemos una tristísima decadencia, es dibujar un cuadro lleno de contrastes que parcela su cincelada narracion, por un curso interminable de glorias militares, de consejos y tribunales, de leyes generalmente desconocidas, de obras y teorías rarísimas, y donde los intereses juegan á la par con los ideales de la sociedad española.

Más si este es el carácter de su estudio durante un período de glorias, al examinar su obra acerca de la *Historia de la decadencia de España*, no en su primer desarrollo, sino libre ya de las exageraciones, de los yerros á que el asídúo trabajo de investigacion y de crítica fué impotente, hoy con nuevos títulos, más documentos, generalizando desde puntos de vista más esclarecidos, con mayor suma de conocimientos, se ocupa en darnos á conocer, no como quiera, la historia del siglo XVII en cuanto pueda afectar á España aisladamente, sino que la desenvuelve, examina y compara con un resultado notable. Tuvo para nosotros el estudio de las ciencias históricas en el siglo XVII un principio que aplaudir, el de la unidad realizada por Mariana, y otro aparece en el presente y entre nosotros, merced á la asiduidad del ilustrado escritor; cierta originalidad de apreciaciones, que han variado el rumbo de los estudios en nuestra historia, en cuanto puede referirse á ese memorable período. Por eso nos ha sido preciso conocer el sistema detenido, parco y sentencioso del historiador, seguirle á pasos durante el curso animado de su censura por

do quiera la ha creído oportuna, sin ese exclusivismo que pudiera ostentarse en un ánimo pretencioso; antes defiriendo á la verdad donde la halla, préstale homenaje completo, y no es la afirmacion de uno ú otro viajero que pueda consignar sus impresiones, segun la disposicion en que estuviera respecto á nuestro país, ni ménos las relaciones de prudentes diplomáticos secretamente referidas á venecianos, y publicadas hace poco, ni las preocupaciones del vulgo entresacadas en el epigrama de mil y mil papeles satíricos, inéditos, ni tampoco trozos de historia sembrados á granel en los manuscritos de nuestras bibliotecas; para ello cuenta con un criterio tambien personal, y conforme halla en la dinastía de Austria rasgos de esplendor, así los comprende tambien de cierta abyeccion, tal y como nos los descubre el detenido estudio de los acontecimientos de nuestros antepasados. «Hállase, dice el Sr. Cánovas, realmente en toda esta familia, desde doña Isabel, madre de la Reina Católica, hasta su cuarto nieto el príncipe D. Cárlos, algo de singular que eleva á algunos hasta el genio y hace caer á otros, cuando no en el delirio, en la extravagancia.» Con ese buril va á trazar el suceso de nuestro siglo XVII. ¿Cuál de los historiadores españoles ha llegado en este punto á mayor perfeccion? Los estudios responden por sí mismos; los antecedentes nos dan la contestacion afirmativa.

Juzga el escritor formar la historia del precitado siglo procediendo al conocimiento de las personas, de sus cualidades y demás circunstancias; su carácter personal y segun alientan su espíritu; sígueles el de la Monarquía á su *rapidísima decadencia*: empieza dando curiosos detalles del que, proclamado Felipe III, sostenia una adolescencia permanente, de ánimo sosegado y apacible ejercitando la virtud, brota de su pluma un príncipe que para hombre difícilmente le habria mejor, para el que, segun Virgilio Malvezzi, la dignidad suprema le quitaba alguna parte de su mérito, y en cuyo régimen veia Quevedo un *milagro continuado*, para nuestro escritor, virtuoso, justo, podia esperarse de él, la sabiduría en que fué doctrinado y la energía de carácter, todo un ejemplar, cual pensó Monzon Espejo

del príncipe cristiano; como pudo concebir Juan de Torres en su *Filosofía moral de príncipes*; tal y como diseñaría Men- do en su *Príncipe perfecto*; pero el historiador, ávido de todos los preceptos consignados por los políticos dados á esa clase de estudios, buscando más perfeccion individual, ya que vie- ron en su patria el emporio de glorias nacionales, los estu- dia, compara y en espontánea comprension, deduce lo que hay de comun entre las ideas de aquella multitud de sabios políticos y su beato Rey, y «de este carácter exclusivamente religioso y contemplativo de Felipe III, dice, se derivaron dos cosas; la una, que los ministros gobernasen por sí solos con el nombre de privados, hasta allí apenas oido, y que nunca pudo representar lo que entónces, con Monarcas como los anteriores; la otra, que estos tales privados ó ministros, para congraciarse mejor con el Rey, aparentando el sincero ardor religioso que él tenia, se cuidaron y hasta exageraron su deseo en la fundacion de conventos y obras piadosas de todas clases, abandonando por ellos ó ellas los más impor- tantes servicios públicos.» Esta parecele sin duda una de las causas de la decadencia; así cree en una eguemonia total el más encumbrado de los favoritos á partir del renacimien- to; perdiendo el Rey aquella enérgica iniciativa, levantando el orgullo de los grandes, más pródigo y ligero que prudente en graves asuntos, ménos acertado y sin esas condiciones de ánimo é inteligencia inherentes á su elevado puesto en Lerma. Esto mismo explica, cual dice el historiador, aquella urdimbre de hechizos y brujerías, caractéres y cifras extra- vagantes que dieron lugar á los ruidosos pleitos de Camara- sa, que otros atribuian tambien á Lerma, y de que con tanto acierto libra el Sr. Cánovas, todas nuestras tradiciones pá- trias, á pesar de cuanto en contrario dijo Bukle; procedien- do si más bien de un concurso accidental de influencias, no ménos poderosas, que la de una reina, llena de vigor, de in- terés por los negocios de su nueva patria, si bien para que- brantar ese baluarte enemigo de la prosperidad pública, fué preciso que doña Margarita sucumbiese á los dolores de par- to, cuya muerte en el vulgo y en la generalidad de los espa- ñoles cimentó la desgracia del privado y secuaces, asunto

admirablemente descrito, y del que no ménos ha deducido una sancion de carácter universal, imponente á longevos partidos, *triumfantes por mucho tiempo*, causas tambien *de grandes envidias ó emulaciones*.

Con tal acierto establece, contra las aseveraciones de Contarini y de Bukle, el espíritu de obediencia, que no deja duda alguna respecto al régimen y curso de la vida de este reinado, cuyo órden público aún se sostenia; expulsados indignamente los moriscos de España, apenas quedaba otro elemento de disension que no fuera el de la aristocracia soberbia, inerte y ociosa, contra los del Estado llano, á quienes hacian su más honda guerra. Por el contrario, en el exterior muy amiga de Inglaterra en Jacobo y María Stuard, enemiga irreconciliable de Francia en Enrique IV, iniciador de una diplomacia que perfeccionaria más tarde Luis XIV, sin los hombres que tenia Felipe II, pudo alentar valientes entonaciones de sus embajadores, eco sin duda de aquel valor sembrado en Europa por su diplomacia antigua; place ver cómo recuerda las memorables y delicadas contestaciones dadas al Monarca francés, la expugnacion de Valtelina y del Final, la aquiescencia de los venecianos á nuestra diplomacia, obligándolos á ceder en sus gravísimas disidencias con el Papa, alternando las derrotas y victorias en Flandes; más activa y más desgraciada, en Italia traiciones, delacion y enriquecimiento, cohechos, y todo lo que podria contribuir al descrédito de la autoridad veíase conmovido en los vireyes, quienes para llegar á tan elevado puesto no necesitaban sino entender la interesada amistad de Lerma. Mas si estos débiles rasgos de nuestros últimos anales se ven allí diseminados, hallamos en cambio hombres de valor, de carácter é independencia oportuna, y nada hay tan agradable como seguir el curso de tantas proezas escritas con la mayor sencillez y energía del historiador que ve las dudas de Mr. Darú y otros escritores acerca de la parte que en ellas pudieran tomar el marqués de Bedmar y Osuna, llamado el *Grande* cuestion, por otra parte, que en vano se ha esforzado por evidenciar la erudicion más depurada, y de la que el juicioso historiador, sin alardear extremos, pone en claro su escasa

importancia, por más que varias razones explicaran el contento de unos Estados en aquellos tumultos y las grandes probabilidades que asistían en el caso de que España hubiese pensado reducir Venecia al dominio español, con sólo el poder con que sabían conquistarla el valeroso marqués de Villafranca en Milan, Bedmar en Venecia y el célebre duque de Osuna en Nápoles, y fuera de los que ya no se vería sino decadencia.

Sin duda alguna fueron los acontecimientos de Alemania los que nuevamente llamaban la atención en Europa, y el mismo narrador de aquellos sucesos nos los presenta justísimamente como de mayor interés después de los de Italia. Allí parecemos ver al escritor sumido en las mil y mil dificultades que suponía poner una pica en Flandes, los peligros y trascendencias de una guerra que se extendería después por tantos años como indica su nombre y que había de terminar en 1648, y sobre la que pasa nuestro autor ligeramente, no sin consignar bien claro la parte que España tomaba en ella, aunque sus resultados no fueran tan brillantes como la de nuestros soldados en Africa. Fuera de lo cual entra á desarrollar la vida interior y sus recursos en la vida íntima de Palacio, y las intrigas de los magnates, las lides entre los partidos de los favoritos, le dan todo un detalle hasta el extremo de no hallarse papel secreto de alguna importancia, ya sea satírico ya libelático, bien una serie de documentos á la que con tanto acierto llama *periodismo clandestino*, manuscrito no ménos dañino que atinado en su diatriba: recorre así la vida de la Monarquía, y el retrato que hace de Lerma está fotografiando aquella actualidad, indigno de figurar en nuestra historia y más obligado que ningun otro hombre á rendir en su patria los fructuosos ejemplos de un Monarca *casi santo*, pero que le faltó el acierto para encauzar el gobierno que durante su vida habíase extendido en multitud de crímenes y lides intestinas: algo más alto aún, que exhalando los últimos ecos el siglo de oro de nuestra literatura, descubre un ramo fecundo de nuestros publicistas de entonces en los libros políticos que representaban en mil emblemas las ideas de la época; y cual si á su erudición faltara

algo, el comercio, la moneda, sus alteraciones y el conocimiento de infinidad de pragmáticas le salen al encuentro para darle á conocer el derrumbadero en que la Monarquía habia tropezado y por el que, saltando como pelota sobre precipicios, habria de sumirse á los pocos años, segun la fuerza impulsada y disposiciones personales de los gobernantes, razon y fuerza vital, puede decirse, de la existencia de la Monarquía española.

Más encendidos los manejos de la córte que en el reinado de Felipe III se ostenta la de Felipe IV, su sucesor, lleno de todo el interés que podia suscitar, no en bien del país, sino en el egoismo de tantos campeones de Palacio, que zahiriéndose recíprocamente, asaltaban el poder; algo resultó del primer período de luchas: un antiguo partido militante en la vida política, con muchos y valiosos privilegios de antiguo adquiridos paulatina y graciosamente, aunque no pocos tambien á bote de lanza, que orla el poder de los reyes despues, desaparece entónces de la escena, y á los comienzos del reinado de Felipe IV, el partido de los clérigos cede, porque sin duda el Rey no les era tan afecto, aunque no por eso dejara de observar sus prácticas cristianas: pudo ser esto objeto de la marcha y de las inclinaciones personales del Monarca, y así es como nos lo presenta el historiador en su notable *Historia de la decadencia de España*; los ingresos del Rey en la Monarquía, del privado en los negocios públicos y de todos los magnates en la comun insidia, vienen á ser, no principio, sino desgraciada pendiente por la que todos corrian. En vano es buscar al Rey en los asuntos del despacho, en vano pedir sinceridad al ministro, que por otra parte ejercia sobre el mismo Rey *una influencia avasalladora*, señal clarísima del egoismo más acendrado del prócer; y es de notar la observacion atinada y exacta del escritor, que mientras el pueblo vió sumiso la relajacion del poder y de la administracion pública, merced á la consideracion que merecióles sus anteriores, aquí toma á su vez parte en el negocio, y la marcha de las costumbres nos dicen lo demás. Sólo así se explica esa série de excesos y de crímenes, cometidos y conocidos por el pueblo que los describe públicamente y censura con un desco-

nocimiento de subordinación á que jamás habia llegado, segun dice el detenido escritor, en otras naciones áun las más libres: no creemos que les faltara la imprenta para darles una publicidad cual podian desear los autores clandestinos de las deshonras de la Monarquía; agentes del Gobierno, primeros personajes, ministros y personas bien allegadas al Rey y muy enteradas de la cosa pública, se encargaban de hacer sus epigramas y extenderlos entre el mayor número; esto dábales un arma más poderosa aún que la imprenta, en la que vemos hoy correr la mayor inventiva y el secreto de los negocios de Estado sin consecuencias muchas veces.

Y forma contraste con esa vida política la existencia de un Rey dotado de grandes condiciones, hasta el punto de que «si gobernase, se decia de él, que lo haria puntualmente y con equidad y justicia,» lleno de pasiones, tambien no muy sano, pero de alma y carácter al fin reconocido, daba esperanza, por más de que el remedio fuera tardío: no obstante, la vida y las lecciones de la experiencia adiestraron su ánimo en vez de empequeñecerlo, cual sucedíale con las debilidades de su cuerpo. Del propio modo la Reina Isabel, alejada de los negocios por la política insidiosa, hubo de considerarla, la cual nunca pensaron labios infames, sobre cuya calumnia saca el prudente escritor, pura la virtud de nuestras reinas, demostrando á la vez con claridad plena el verdadero carácter del marqués de Villamediana, muy inconstante por todos conceptos para merecer los favores de la que á juicio de varios extranjeros, murió siendo ejemplo de virtudes. Al llegar á este punto, pureza de lenguaje, rectitud de apreciaciones, ánimo constante para deshacer toda falsa imputación á la mujer, grande interés en el espíritu patrio y profundos conocimientos en nuestra historia, animan al Sr. Cánovas á discurrir por un camino, en el que un privado lleno de fausto y recuerdos habia de presentarse bajo múltiples aspectos y fines á escritores contemporáneos: una de las grandes figuras del siglo XVII que tanto contribuyeron instintivamente á nuestra ruina, sin que pueda ser extraña la adopción de ese adjetivo, porque ninguno de los resultados de su política fué pequeño, por desgracia, á nuestra patria, si bien no eran de él solo, á ella

contribuían todos los demás, y aunque parezca que de todos los defectos le absolvieron Mocenigo y Corner, menos su excesiva sensibilidad por la ambición, muy á pesar del célebre soneto gongorino, cuya moralidad describe en último grado, es lo cierto, que si no como pretende el último escritor acerca de algunos particulares datos de este privado, puede justificársele de inmoralidad; la verdad es que si su capacidad intelectual era muy superior á su moralidad, tampoco ésta le llevaba á un egoísmo vil que no antepusiera toda otra idea de engrandecimiento social para su patria. La mayor culpabilidad de ese personaje que tantas inteligencias ha entretenido, la expone con grandísimo acierto, fundado no sólo en personales condiciones, sino en el testimonio de cuantos le trataron con ese espíritu independiente y avizor de sabios diplomáticos; esa culpabilidad la asienta en la inexperiencia, en la falta de aplomo, en la poca madurez de juicio, aunque en algunos casos el mismo Conde-Duque demostró tenerle á propósito si el vicio, generalmente extendido en todos y toda la nación, no le hubiera quitado la oportuna cooperación de los demás. Difícilmente se hallará privado alguno del que distintos ministros y representantes de naciones extranjeras hablen de él con el repetido elogio que hacen del mismo; solo al considerarle jóven, lleno de entusiasmo y deseo, esforzándose por acertar, dispuesto á sacrificar sus propias distracciones, podía levantarse algun tanto esa inmensa censura que pesa sobre sí, sin otra culpa á mi juicio que su imaginación febril, muy natural en él y tan involuntaria para él mismo, como sin duda lo serían los resultados de sus ilusiones; la culpa más bien habia de echarse á un Rey indiferente que lo escogió para descargo de sus obligaciones; la culpa más bien de todos los que constituían aquella sociedad, era el espíritu nacional decayendo de la grandeza, que difícilmente se elevan dos veces los Estados.

Mientras tanto, una guerra cruel se inicia en la córte, que no respeta la solemnidad de los momentos últimos de Felipe III; lo que no sucedía ordinariamente en su vida, vióse entónces con una entonación que suelen revestir nuestras grandes crisis políticas, cuyo término era la pena de muerte

ejecutada frecuentemente en los primeros ministros, y algo más que nos dice respecto á aquel siglo y debia enaltecer á los ojos de la posteridad al conde-duque de Olivares, la junta de *reformacion de costumbres*, debia, á la vez de mejorarlas, devolver á la nacion lo indebidamente adquirido á costa de su prosperidad ó al ménos de su regular administracion; precedente malísimo para el mismo privado que lo establecia, si ésta no estaba conforme á su carácter, por otra parte muy excitado con la ambicion de sus colegas, el fausto y lujo del duque de Osuna y manejos de cuantos aspiraban á arrebatarle su puesto, colocábalo en una situacion especial.

Grande actividad, además, en el interior para arbitrar recursos, grandes deseos tambien de medrar en el exterior sin poder suficiente á sostenerlos, llena ese período, dirigido por una accion digna de mejor resultado; pero las mismas causas que produjeron el inmenso gasto de nuestra poblacion en reinados anteriores, habian de agotar los escasos recursos de la reminiscencia. Así, fantástico y engreido el pensamiento con una superioridad ilusoria, no se reparó en Inglaterra, que despues de todo habia razones que lo justificaban, y á realizar el régio enlace traeríanos hondísimos disgustos, y Alemania despues fué el objeto principal de aquella política; allí se ensaya con todo su poder Europa, y Richelieu más que ningun otro, fundado en frívolo pretexto, da ocasion al escritor para escribir ligeramente un período en el que á España se la veia luchar casi á la vez en el Pirineo, Italia, Flandes, Alemania y el Franco Condado; y á la par dice el referido historiador, en todos los mares contrariada por Francia ó sus aliados: y es grande en medio de unas y otras derrotas en que el historiador coloca á su patria: «Jamás; dice, alarde mayor ó más desesperado esfuerzo hizo nacion alguna, que la española entónces, peleando por todos lados con desiguales medios, é imponiendo respeto á sus enemigos por largo espacio de tiempo todavía,» y á seguir la narracion y el sólo párrafo donde consigna esas palabras, parece ver á Europa toda amistada en un solo grito de guerra, y conmoverse al derredor de España en solos tres años (1636-39)

todos los Estados europeos en su más cruda y valiente campaña.

Por lo demás, en el interior de la Península, excisiones intestinas, rebelion de Cataluña y Portugal, comparando á la vez la unidad religiosa y la unidad del poder á la más tardía y verdadera, la unidad del territorio; enseña las consecuencias de un régimen confiado en el propio y comun enemigo, enemigo á la vez del privado, ya que no se distinguiese tambien el bien público para el que ni unos y otros habia miramiento alguno. Corre así el historiador la rápida decadencia en un año de tantas pérdidas y procede á la caída del famoso privado, nunca tan consentida como compensada á fuer de continuas y repetidas atenciones del Rey contra la incesante invectiva de los cortesanos; si en los comienzos de la privanza, en el período de mayor predominio aparecen verdaderos rasgos de valor artístico en los que manifiesta el historiador describiéndonos al famoso Conde-Duque durante su caída, sube de punto y sale el retrato perfecto.

Jugando la adversa suerte, entra D. Luis de Haro, no obstante la manifestacion del Rey de no abandonar el manejo de los negocios en otra persona, y bien fuera coincidencia especial de España y las circunstancias del exterior, es lo cierto que pudo seguir algun año esa paz, pasada la cual, España volveria á su desgraciadísima guerra, donde, como dice el historiador, era más de ver y admirar «lo mucho que parece imposible se conservase,» más bien que todas las derrotas y pérdidas sufridas; aunque no destituido de todas condiciones, más animado, Felipe IV, sobre el campo de batalla con regulares capitanes si conseguia pérdidas tambien reducía al propio dominio reinos sublevados. Cataluña volvia llena de odio á los franceses sus protectores; Sicilia y Nápoles fueron objeto de nuestros esfuerzos y las razones de Estado, los excesivos tributos, las diferencias de religiones en Flandes y Países Bajos determinan el alto puesto á que se eleva este escritor, para demostrarnos una vez más la vitalidad de España entónces, cuando tanto se disipaba quizás en conservar lo que nunca debiera haber adquirido para perderlo en la Isla de los Faisanes, si es que el desgraciado Rey

aún no había de presenciar poco más tarde la desmembración de Portugal para todo su desconsuelo.

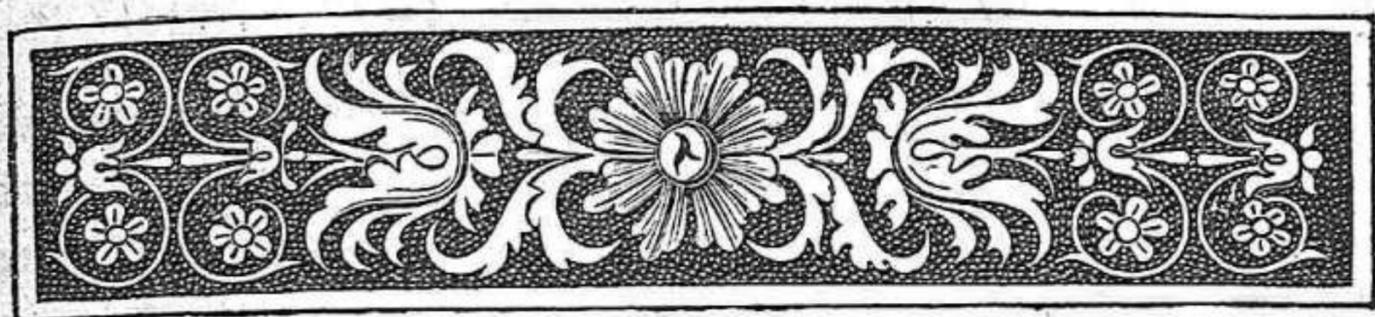
Si la narración de todos esos acontecimientos, enunciados con una crítica ilimitada y profunda, nos da á conocer el tacto de este escritor y su sistema, nada nos convence de su notable capacidad como el largo período de su estudio, destinado á generalizar, como no lo ha hecho Lafuente ni otro historiador alguno de España, demostrando á toda luz cuánto de trascendental y lección grandiosa puede servir á los pueblos. En él examina con una erudición de datos sumamente detallada, la decadencia, sus orígenes, su desarrollo, y el instante de su total desenvolvimiento; al final del reinado de Felipe IV, se ve á este escritor discurrir á grandes puntos de vista, y ni las distancias de espacio y tiempo, ni la magna confusión que pudieren producir los acontecimientos y la múltiple intriga, lo hace desvariar un momento de su idea. De este modo analiza negociaciones europeas, disipaciones de la corte, decaimiento de costumbres, desmoralización de caracteres, las más odiosas improvisaciones en los personajes, sin otro mérito que una mera casualidad; y al llegar á este punto, el escritor manifiesta á nuestros historiadores una fuente fecundísima, todavía no abordado baluarte; las causas que manuscritas con toda la solemnidad del juicio y Santo Tribunal de la Inquisición guardan nuestros archivos, las consultas, papeles anónimos, informes privados, toda clase de documentos de la época, los examina y compara con el espíritu del siglo, y tomando lo que de verdad contienen bajo mil aspectos, ideas nuevas á nuestros recuerdos. Nada le pasa desapercibido, y si á los ojos de otros historiadores suceden las guerras y conquistas verificadas sobre nuestras armas como desventuras irremediables, á los de D. Antonio Cánovas son hechos forzosamente, consecuencia lógica de nuestro estado interior y exterior, así en el individuo como en toda la nación; hay más, la justifica, como no podía ser por ménos y se ve claramente después de sus escritos, atendido lo exhausto de las fuerzas naturales de todo el país, la poca afición de todas las clases sociales al trabajo y al acrecentamiento de las virtudes civiles,

que tanto engrandecen los pueblos. No obstante, sorprende ver cómo presenta al Rey en relación íntima y la más pura, con una religiosa insigne en virtud y sabiduría: ya de antes describe la situación religiosa de España; pero al llegar á este punto, desentrañando legajos de cartas, que ahora se dan á la imprenta, descubre el más puro consejo que recibió aquel Rey perturbado que hasta el claustro llegó el zozobrar de sus esperanzas; pero todo esto presentado á una altura que los personajes crecen y se ennoblecen con una aureola que rodea también con su espíritu el glorioso vuelo de las letras patrias. Mas al llegar á este punto, nos hallamos como en contraste con las apreciaciones del ilustrado escritor.

*(Se concluirá.)*

VICENTE TINAJERO MARTINEZ.





AVENTURAS  
DE  
UN SALTIMBANQUIS<sup>(1)</sup>

---

**E**N seguida, el grandísimo bribon se presentó en palacio, y fingiendo á las mil maravillas una exagerada desesperacion, se presentó á la oficiala que mandaba la guardia real. Apoyándose en el testimonio de Sadi, le refirió que el europeo, auxiliado por su espíritu de las mil voces, habia roto unas maromas capaces de amarrar un buque, escapándose luégo por la hendidura apenas perceptible de uno de los tablones de las paredes. En un abrir y cerrar de ojos llegó á su colmo el sobresalto en la guarnicion del palacio, puesta ya sobre las armas á consecuencia del tumulto descrito anteriormente. Quien hubiese asistido á aquella escena nocturna, hubiera podido ver el terror que expresaban los ojos de las guerreras indígenas, y se hubiera estremecido á pesar suyo al oír los gritos de espanto que salian de sus enormes bocas.

---

(1) Véase la pág. 163 de este tomo.

La oficiala, seguida de un peloton de amazonas, se presentó en el teatro de la ocurrencia y halló las cosas en el estado que Bah-tong habia indicado: la puerta intacta, el cántaro lleno de agua, las cuerdas hechas pedazos y, como Bah-tong habia dicho, sólo se percibian en los maderos de las paredes dos ó tres hendiduras por las cuales apenas cabia una uña.

—Un hecho de tanta importancia debe ser puesto inmediatamente en conocimiento del Rey, dijo la capitana. Venid conmigo.

—¿Y qué necesidad hay de que sea yo mismo quien se lo participe? dijo Bah-tong, sintiendo otra vez en torno de su cuello un horrible cosquilleo. Mejor seria que otro se encargase de una mision tan delicada.

—Eso no es de mi competencia. El carcelero es quien debe responder de los presos, replicó la oficiala, riéndose disimuladamente del compungido aspecto del negro coloso.

El ejecutor, escoltado por el peloton femenino, se dirigió, más muerto que vivo, hácia las habitaciones ocupadas por el monarca que, molestado tambien por una indisposicion verdadera ó imaginaria, se agitaba incesantemente sobre su lecho, sin poder hallar un momento de reposo. Así es que, en cuanto anunció que tenia que revelar un asunto de la mayor importancia, recibió la órden de penetrar inmediatamente en el dormitorio de Su Majestad.

Bah-tong comenzó, como era de rigor, por tenderse boca abajo en el suelo, imitando la accion de derramar el polvo sobre su cabeza, para indicar de este modo su extraordinaria pequeñez, en presencia de la grandeza real. Pero Su Majestad, que por efecto sin duda de su indisposicion, no se encontraba de muy buen humor, le dió un palo en las espaldas, que le obligó á levantarse más que deprisa.

—Viejo imbécil, le dijo: ¿quién te manda venir á molestarte á estas horas? ¿No decias que estabas tan enfermo?

—Sí, señor, contestó temblando el bufon; pero me he restablecido milagrosamente hace cosa de una hora. ¿No adivináis, gran señor de la tribu de los Leopardos, la causa de mi curacion?

—¿Vas á impacientarme mucho tiempo con tus enigmas?

¡Mira que corre peligro tu horrorosa cabeza si no te explicas en seguida!

—¡Dueño poderoso de los rayos! Por eso he venido, ardiendo en deseos de que mi soberano se restablezca como yo. He pensado que, como la causa de sus sufrimientos era la misma, esos sufrimientos deberían desaparecer también, habiendo cesado la causa. He venido, pues, apresuradamente con este único objeto, á riesgo de incurrir en vuestro augusto enojo.

—¡A ver si acabas de explicarte, miserable gusano!

—Sí... sí... murmuró Bah-tong, temblando cada vez más. ¡Torrente de bondad! ¡Sol de justicia! Sabed que... Se ha fugado... ¡Sí! ha desaparecido como la sombra ante la luz, llevándose consigo el maldito talisman con que á todos nos habia hechizado.

—¡Que se ha fugado! gritó Gezzo, rugiendo como una fiera. ¡A ver, habla! ¿Qué significa lo que acabas de decir?... añadió empuñando nuevamente el enorme palo.

Bah-tong estaba más muerto que vivo, pero ya no era posible retroceder.

—Digo que se ha fugado el mágico blanco, exclamó Bah-tong con voz apenas perceptible.

—¡Cómo! ¡Y tú le has dejado que se escape!... ¡Y te atreves á presentarte ante mi vista!...

Al pronunciar estas palabras, el leopardo Gezzo se sentó sobre la cama. Rechinaban sus dientes, y sus ojos brillaban como los de la fiera cuyo nombre llevaba.

—¡Ilustre Gezzo! dignaos escuchar á vuestro esclavo. ¿Puede acaso la mano retener el agua? ¿Es posible encadenar la llama? Pues bien, un espíritu verdadero se burla todavía con mayor facilidad de las cadenas forjadas por la mano de los hombres. ¡Señor! vuestra es mi cabeza; vuestra es siempre, ya colocada sobre mis hombros ó clavada en el hierro de una lanza. Dadme á guardar un hombre, y yo responderé de él. ¡Que me ahoguen como á un perro si le deajo escapar!... Pero, ¿qué poder quereis que tenga yo sobre un sér diabólico que hoy toma una forma humana y huye mañana como el viento por entre las hojas de los árboles?

¿Cómo pudo, con el terror que le dominaba, pronunciar esta larga retahíla? Ni él mismo lo sabía. Su audacia, excitada por el instinto de conservación, fué aumentando por momentos en vista del efecto que sus palabras producían en el ánimo del rey.

Bah-tong no se había engañado en sus cálculos. De no mentir descaradamente, era hombre muerto. Pero la introducción del elemento fantástico en la evasión del prisionero operó un gran cambio en favor suyo. Cuando vió que el rostro del monarca cambiaba de expresión á las primeras palabras que aventuró en este sentido, comprendió que había herido la cuerda sensible, y la hizo vibrar con todas sus fuerzas.

—¿Es verdad lo que dices? preguntó Gezzo, cuya cólera se había cambiado en miedo.

—La compañía de los *Alcones del Rey* puede certificarlo, contestó Bah-tong; la capitana ha visitado la prision con sus soldados, despues de la fuga del mágico.

—Que se presente aquí inmediatamente.

Todas las circunstancias referidas por el verdugo fueron confirmadas por los testigos, que aseguraron haber visto la prision vacía y sin ninguna señal de evasión. Atemorizado el monarca, se dejó caer sobre su lecho sin pronunciar una palabra. ¿Estaba ya curado de su fiebre? Nadie se atrevió á preguntárselo; pero, de todos modos, el aspecto verdoso y amarillento de su bronceado rostro parecía indicar que era presa de un malestar insoportable.

Todo el mundo callaba en torno del lecho real. De pronto comenzaron á llamar á la puerta de la alcoba. Era una de las amazonas enviada como mensajero especial para asistir al suplicio del europeo que había dado muerte á la sagrada serpiente. Venía sumamente agitada, y refirió que el mágico blanco había salido de su prision precisamente en el momento oportuno para libertar á su amigo, y que, en aquel momento, estaba haciendo una espantosa matanza en las filas de los que se atrevían á hacerle frente. Esta noticia llenó de horror á toda la asistencia, incluso el Gran Leopardo. Si la amazona hubiera anunciado la invasión de los Abbeskoutanes

—pueblo enemigo fronterizo al Dahomey,—no hubiese sido tan extraordinaria la consternación. Bah-tong, que se creía ya libre de su enemigo, volvió á verse acometido por la fiebre. Tembloroso, espantado, y temiendo á un mismo tiempo la venganza del europeo y la cólera del Rey, se escabulló bonitamente de la régia estancia y corrió á meterse de nuevo en la cama.

Entónces fué cuando el batallón femenino recibió la orden de ir en busca de Silas para conducirlo á su domicilio con todas las consideraciones debidas á tan poderoso personaje.

Ya dijimos en el capítulo anterior cómo se había verificado esta traslación. Ahora continuaremos nuestro relato interrumpido á la hora intempestiva en que Silas recibía la embajada del rey Gezzo.

## XXI

Silas extrañó en un principio ser el objeto de tantas consideraciones, pero supo disimularlo. La experiencia adquirida en aquellos últimos días, y sobre todo las reflexiones que había hecho durante su corto cautiverio, habían modificado en cierto modo sus ideas. Comprendiendo, por fin, que la lealtad no era moneda corriente entre aquellos bárbaros, había decidido ser más astuto que ellos, y explotar hasta donde le fuese posible el temor que les inspiraba. Su propia seguridad y la de sus compañeros exigían además el empleo de esta táctica. Después de todo, la situación era grave, y se hacía preciso á todo trance salir del atolladero en que los había puesto el miserable Binny, y escapar de las garras del tirano Gezzo. Ya no se trataba de adquirir una fortuna, sino de que los tres europeos salvaran sus vidas y recobrasen su libertad.

Silas tomó, pues, un aire de suprema indiferencia, y, sin dignarse observar los humildísimos saludos de los dignatarios de la corte, dijo al intérprete que ante todo deseaba lavarse y vestirse, y que además, como el estómago comenzaba á molestarle, necesitaba almorzar lo más pronto posible.

Estos dos deseos quedaron satisfechos inmediatamente. Mientras Silas y Benjamín reparaban el desorden de la noche,—cosa que Mr. Cobb sólo pudo hacer de un modo imperfecto, toda vez que tenía los cabellos chamuscados y la cara completamente amoratada por los golpes que había recibido,—sirvióseles la comida en la forma de costumbre. Terminado el almuerzo, se pusieron en marcha con dirección á palacio.

La audiencia fué privada, es decir, que no había en la sala más personaje que el intérprete. La tribuna, en forma de jaula, estaba ocupada por Su Majestad, su hijo y una de sus mujeres, que agitaba suavemente sobre la cabeza del Monarca un abanico de plumas raras, de la forma y tamaño de la rueda de un carruaje. Pero habíanse adoptado grandes precauciones para la seguridad de la real persona. Un gran destacamento de la guardia particular llenaba el vestíbulo, y en la tribuna, y al alcance de la mano del Rey, pendía la gran plancha metálica destinada á dar la señal de alarma.

El Rey Gezzo parecía hallarse inquieto y disgustado. Sin embargo, en el momento de aparecer los europeos, adoptó un aire de tranquila dignidad, sin separar la vista del terrible mágico cuyos manejos habían turbado su reposo. Después de los saludos de ordenanza, cuchicheó un momento con su intérprete, y en seguida comenzó el coloquio.

El Rey experimentaba una verdadera satisfacción siempre que veía á los hombres blancos. Su Majestad se tomaba grandísimo interés por sus tres huéspedes, principalmente por el que poseía los poderes misteriosos, y deseaba que éste no hubiese sufrido mucho las consecuencias de su cólera.

Silas contestó que sus sufrimientos no merecían siquiera la pena de ser mencionados. Él también deseaba al Rey los bienes imaginables, y creía que todas las nubes quedaban ya disipadas.

Al oír esto, el Leopardo y su intérprete cambiaron entre sí una mirada de satisfacción.

—¿Es verdad, preguntó el intérprete, que deseáis el bien de Su Majestad?

—¿Y por qué no? contestó Silas. En Europa seguimos

siempre la máxima de hacer con el prójimo lo que desearíamos que el prójimo hiciese con nosotros.

El Rey hizo repetir por dos veces la respuesta, y luego miró al techo con aire pensativo. Era indudable; Su Majestad no comprendía aquella máxima.

—Puesto que mostráis tan excelentes disposiciones para con nuestro Soberano, dijo el intérprete, ¿no podríais darle alguna prueba de vuestra buena voluntad?

—Después de dar mi palabra formal, exclamó Silas con cierta vacilación, no sé qué más puedo hacer.

Esta respuesta no fué del agrado del Rey Gezzo. Frunció la boca y el entrecejo, cosa que en él era indicio de fatalísimas disposiciones. Mr. Cobb, hombre siempre sesudo, adivinó lo que quería.

—Ese viejo loco no hace caso ninguno de vuestras palabras, murmuró al oído de Silas; lo que él desea es una prueba ostensible de vuestros buenos propósitos. Está en la persuasión de que le habéis hecho mal de ojo; ofrecedle tocar su mano, y se creerá curado.

Silas, que halló muy acertado este consejo, se dispuso á seguirlo. Dijo al intérprete que si el Rey deseaba una prueba del interés que tomaba por su augusta salud, estaba dispuesto á dársela, tocándole la mano, según la costumbre inglesa.

Estas sencillas palabras produjeron en la tribuna una especie de tumulto. El Rey celebró consejo con su esposa, como si se hubiese tratado de un asunto de Estado de la mayor importancia. Al cabo de un gran rato quedó aceptada la proposición. Silas, después de quedarse descalzo, como un turco que se dispone á entrar en la mezquita, se adelantó hacia Gezzo, que le tendió la mano con marcada repugnancia y volviendo la cabeza. Debió haber algo de tranquilizador en la leal opresión de aquella mano blanca que estrechó la negra garra del leopardo, porque, apenas hubo éste recibido aquella impresión, fijó en el joven una benévola mirada, y exhaló un suspiro de satisfacción y bienestar. Había desaparecido el hechizo. La compañera de Su Majestad celebró tanto aquel resultado, que quiso á su vez ensayar aquel específico, y éste fué también el deseo manifestado por el joven

Príncipe. Satisfecho ya todo el mundo, continuó la conferencia con grandísima cortésia por parte de unos y otros.

El Rey Gezzo manifestó al mágico blanco, por boca del intérprete, que se felicitaba de haber hecho las paces con él. Le dió sus excusas por haberle tratado tan duramente cuando no conocía su naturaleza superior. De entonces acá, había visitado la tumba de su padre Agon-Goro, y éste le había explicado la mucha consideración con que debía tratar á unos europeos dotados de semejante poder. Lo que más profundamente había conmovido al Rey, y lo que agradecía á Silas muy de veras, es que hubiese reconocido su suprema autoridad continuando preso durante tanto tiempo, cuando podía escaparse milagrosamente por una imperceptible hendidura, el primer día, segun lo había efectuado en el quinto.

Al oír esto, el supuesto mágico miró al intérprete con aire de sorpresa. Disponíase ya á preguntar qué significaban estas últimas palabras, que él no comprendía, cuando Mr. Cobb, igualmente sorprendido, pero algo más perspicaz, le dió un golpecito con el codo para darle á entender que todo aquello venía de un error que era necesario aprovechar.

—En vista de esto, añadió el intérprete, dadas ya todas las explicaciones convenientes, no hay para qué volver á tratar del incidente que había turbado la buena armonía. A partir de este momento, señores extranjeros, podéis continuar siendo los huéspedes del Rey, ó dirigiros á donde mejor os plazca.

El corazón de Silas saltaba de alegría.

—Puesto que Su Majestad deja las cosas á nuestra elección, añadió con suma viveza, debemos comenzar por agradecerle su generosidad. Como la extraña conducta de nuestro director ha echado por tierra todos nuestros planes, estamos decididos á regresar á nuestro país. Si el Rey continuase dispensándonos sus favores, podría facilitarnos los medios de que realizásemos este deseo.

—Muy bien, exclamó Gezzo, sonriéndose socarronamente. Pagadme mis cuarenta mil dollars, y quedareis en completa libertad.

No era posible burlarse de las gentes con mayor descaro. Silas y Benjamín se miraron con aire consternado.

—El Rey no dirá eso seriamente, exclamó Horner, apenas vuelto de su sorpresa. Eso es lo mismo que si me mandase correr poniéndome unos grillos en los pies.

—No señor, replicó guiñando un ojo el satánico intérprete. El Rey no os exige un imposible. El Rey os dice: quitaos los grillos y quedaréis en libertad.

—¡Entregándole cuarenta mil dollars! ¿Dónde queréis que yo encuentre una suma semejante?

—Unos personajes tan poderosos como vosotros deben de tener amigos en su país. Escribidles.

—Necesitaríamos un año por lo menos para recibir su contestación, y suponer además que fuese favorable. Si tuviésemos á nuestra disposición semejantes recursos, ¿creéis que hubiéramos venido al Africa á probar fortuna?

—El Rey no tiene nada que ver con eso. Su Majestad ha entregado cuarenta mil dollars á vuestro amo, y ya comprenderéis que no está en el caso de perderlos.

—Ya he tenido el honor de manifestar á Su Majestad que Mr. Binny no estaba autorizado para vendernos, y que yo consideraba ese trato como no celebrado.

—Querido Silas, dijo Cobb hablándole al oído, ¿intentáis acaso dar un curso de derecho europeo á estos estúpidos negros? Ellos están en la persuasion de que somos propiedad suya, y nadie arrancará esta idea de sus cerebros, más duros que todos los yunques del mundo civilizado.

—No son tan estúpidos como os figuráis, dijo Silas. Estoy seguro de que ese grandísimo bribón está haciéndose el bobo con su supuesta credulidad. Tiene sus miras secretas respecto de mí, como ya me lo ha dado á entender, y quiere realizar sus planes imponiéndoseme por medio del terror. Nuestra desgracia está en que no haya aquí un cónsul que pueda protegernos.

Mientras cambiaban estas palabras en voz baja, el Rey hablaba con su mujer y su primer ministro. Los dos amigos aguardaron con ansiedad el resultado de aquella nueva consulta, que duró más de diez minutos; pero, con gran extra-

ñeza suya, vieron correr las cortinillas de la tribuna, y se quedaron solos con el intérprete.

—¿Qué hay? preguntó Silas.

—Su Majestad resolverá, contestó el viejo negro con su chillona y desagradable voz.

—Yo creía que ya había resuelto y que esa larga consulta se relacionaba con nuestros asuntos. ¿Qué os ha dicho? He creído ver que me hacía con la cabeza una seña como dándome á entender que no me desanimase.

—El Rey desea vivamente conciliar sus intereses con los vuestros. No abriguéis ningun temor; con un Rey tan grande y tan bondadoso no perderéis nada aguardando.

Parecía, en efecto, que el Rey Gezzo se hallaba animado de los mejores deseos para con sus huéspedes. Apenas volvieron éstos á su morada, recibieron magníficos regalos, consistentes en grandes trajes de fabricación indígena que llegaban muy á propósito para Silas y para Benjamín, puesto que desde los acontecimientos de la última noche, estaban uno y otro pésimamente equipados; una capa de seda para el pequeño Job, bastante usada por cierto, y que sin duda provenía de las ropas de deshecho del jóven Príncipe, mas unos grandes sombreros de corteza de palmera para preservarse de los rayos del sol. Había también diferentes objetos de valor, destinados á Silas personalmente, tales como un collar de granos de oro, cada uno del peso de media onza, y que valia en junto más de cien libras esterlinas. Todo esto sin contar una crecida suma en *cowries*.

Aquella esplendidez era de muy buen augurio, porque parecía anunciar que si el Rey insistía en tener cautivo á su amigo, quería al menos dorar en lo posible sus cadenas, y hasta tal vez hacerle ganar su rescate. Además, nuestros aventureros habían observado que ya no ponían centinelas delante de su puerta. Esta última circunstancia, unida al regalo de los sombreros, les decía claramente que estaban en completa libertad para circular por donde lo juzgasen conveniente. Como sentían la necesidad de hacer un poco de ejercicio, quisieron hacer uso inmediatamente de aquella libertad. Pero no habían contado con la importuna curiosidad de

los naturales del país. Apenas hubieron puesto los pies fuera del recinto del palacio, viéronse rodeados por una multitud de babeiéas. Vueltos á su morada después de un corto paseo, creían que podrían entregarse al descanso en paz y en gracia de Dios. Equivocáronse grandemente; su soledad fué turbada del modo más inesperado que puede darse.

Aun cuando no había periódicos en Alada, la noticia de la súbita curación del Rey Gezzo por medio de un sencillo apretón de manos del mágico europeo, había circulado por todas partes con la prontitud del rayo. Todo el mundo comenzó á sospechar que se hallaba bajo la mala influencia de un hechizo. En menos de una hora, el número de indígenas que, creyéndose embrujados, ardían en deseos de recurrir al mismo remedio, aumentó de una manera fabulosa. Del deseo á la ejecución, no mediaba más que un paso. El batallón de amazonas fué quien se encargó de romper el fuego.

Sin embargo, una timidez que no podían dominar impedía á las negras hijas de Eva llegar á la realización de su capricho. ¿Cómo acercarse á un personaje de una naturaleza tan superior y permitirse con él semejantes libertades? Hé ahí el gran obstáculo con que luchaba el batallón femenino, reunido á una respetable distancia de la choza habitada por nuestro héroe. Éste, atraído por un ruido de voces confusas, asomó la nariz por la cortina de estera, y no viendo nada que pudiera asustarle en aquella aglomeración del bello sexo, hizo varias señas á las amazonas para que se aproximasen.

La primera que se presentó fué una joven oficiala, no mal parecida, y que hubiera hallado aceptable si la muchacha no hubiese tenido la singular idea—sólo por complacer al europeo—de pintarse de blanco el cerco de los ojos, aplicando también á su nariz una capa del mismo color. Su cráneo estaba afeitado lo mismo que un melón, excepción hecha de unos cuantos mechones que, colocados simétricamente sobre la desnuda superficie, daban á la cabeza un aspecto soberamente estrambótico. Animada por las expresivas señas de Horner, la indígena sacó de su seno unas veinte conchas ensartadas como las cuentas de un rosario, y las puso á los pies de Silas; luego tendió hacia él la mano, abierta en actitud

suplicante. Silas, que no comprendía ni sospechaba siquiera lo que aquella mujer deseaba, cogió la mano y la sacudió dos ó tres veces con la cordial gravedad con que generalmente saluda á sus amigos todo buen inglés. Esto era todo cuanto se le exigía. La oficiala, llena de gozo al verse libre del hechizo, se retiró brincando de contento.

Hecho con toda felicidad el primer ensayo, presentóse la segunda embrujada, luego la tercera, y así sucesivamente, hasta que pasó todo el batallón; cada una depositaba su ofrenda, en cambio del apretón de mano, con gran sorpresa de Silas, que veía llover á sus pies, mezclados con los *cowries*, tortas de cera amarilla, piezas de tela, amuletos de cobre ó de plata y una infinidad de objetos de lo más heterogéneo que puede nadie imaginarse.

Mientras duró aquel espectáculo, nuestros aventureros conservaron toda su gravedad. Pero en cuanto la última amazona hubo vuelto las espaldas, miráronse unos á otros cara á cara, como los antiguos augures. El pequeño Job, á quien había divertido grandemente aquella escena, se puso á jugar con los regalos, que ocupaban casi todo el piso de la habitación.

—¿Habéis visto en toda vuestra vida una cosa semejante? dijo Silas á Benjamín. ¿Qué significa esta avalancha? ¿Si querrán convertirme en depositario de todos sus cachivaches?

—Pues, señor, contestó Cobb, yo creo que eso no lo traen aquí como depósito, sino como donativos, ó más bien como honorarios que son en deberos por vuestro trabajo. Querido Silas, vos sois doctor, ó mágico, ó charlatán, lo que mejor os plazca. Esas mujeres parecen hallarse enfermas; enfermas de veras ó de aprensión, y han acudido aquí en busca del remedio que tan perfectamente ha sentado al Rey Gezzo. ¿No lo habéis comprendido?

—En honor de la verdad, algo así había yo sospechado; pero todo eso me parecía tan ridículo y tan absurdo...

—Pues, señor, acabamos de descubrir una mina de oro. Muy necios seríamos si no la explotásemos, porque puede facilitarnos los cuarenta mil dollars que necesitamos y un capitalito muy decente además. Vereis cómo antes de ocho

días tenemos llena la habitación de valores más ó menos preciosos, y necesitamos alquilar un almacén para conservarlos en debida forma.

—Veo que sois poco delicado, Benjamín, dijo Silas echándose á reír; nosotros, en conciencia, no podemos abusar de la credulidad de esas gentes.

—Vamos, ¿vais á empezar de nuevo con vuestros escrúpulos? Pues tened entendido que yo pienso de muy distinta manera. Yo seré vuestro cajero, como lo fuí en otro tiempo. Vuestra única ocupación es ejercer, y ejercer todo lo posible. Lo demás corre de mi cuenta. Desde mañana, con ayuda del intérprete, pondré en nuestra puerta un gran anuncio:

## CONSULTAS

DE DIEZ DE LA MAÑANA Á CUATRO DE LA TARDE

Por supuesto, las consultas serán gratis. No se pagarán más que los remedios, es decir, los apretones de mano:

Un apretón, seis peniques;

Dos, nueve peniques;

Un apretón á domicilio, un chelín;

A las familias numerosas se les hará una importante rebaja.

*(Se continuará.)*

M. GREENWOOD.





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR



RACIAS á la política dominante, este año se ha adelantado la semana de pasión. Lo peor es que no por eso va á anticiparse la Pascua. No es cosa fácil poner término al calvario que estamos recorriendo.

Aumentan de día en día las dificultades de la gestión económica. Se ha empezado á cobrar, ó mejor dicho, se ha pretendido empezar á cobrar el subsidio industrial, y sólo han pagado sus cuotas los que aparecen beneficiados por las nuevas tarifas. ¿Cuántos? Media docena. En cambio las masas contribuyentes se muestran rehacias á sancionar la novedad, invocando á voz en grito aquellos ominosos tiempos conservadores en que satisfacían la tercera ó cuarta parte de lo que estos benévolos liberales les reclaman.

Idas y venidas, protestas de un lado y exigencias del otro, han tenido por fin un resultado práctico: la prisión de los síndicos en el Saladero. ¡Qué momentos de alarma é inquietud general aquellos en que fueron llegando á la Plaza de Santa Bárbara, paulatinamente y con cierto aparato de solemne sacrificio, los representantes de la industria y el comercio! El público aplaudía y agitaba los pañuelos al verlos ingresar en la cárcel de Villa serenos y hasta complacidos, devolviendo á la muchedumbre el saludo con que ésta convertía en héroes á los mártires. Vayan VV. á persuadir ahora á la opinión de que se trata meramente de vulgares criminales, que han cometido nada menos que dos delitos y

varias faltas: proposición para la rebelión y desacato al Gobierno; publicación maliciosa de noticias perjudiciales al crédito y ofensas á los agentes de la autoridad.

A responder de las faltas comparecieron ante el juzgado municipal del Hospicio, que les ha condenado á unos mil reales de multa por cabeza. La responsabilidad consiguiente á los delitos ha traído consigo la prisión. Se les ha pedido fianza carcelaria, y han preferido sacrificar su libertad á dejar de ser populares. Efectivamente, es más popular ser víctima que ser rico.

Entretanto, el Círculo Mercantil intenta lograr una transacción con el Gobierno. ¿En qué términos? El Ministro de Hacienda quiere á todo trance que los rebeldes paguen, aunque protesten luego; los rebeldes prefieren protestar no pagando, y darse de baja, por último recurso, en las respectivas clases contribuyentes á que pertenecen.

No creemos que es recomendable sistema el que se funda en la resistencia á las disposiciones de un Gobierno. Cualquiera que sean los elementos de que éste se componga y la naturaleza y trascendencia de sus actos, tienen unos y otros, para los empedernidos hombres de orden, que no juzgamos posible la libertad sin la autoridad, un carácter por todo extremo digno del más profundo acatamiento y de la aquiescencia más respetuosa. Obedecer siempre, á reserva por supuesto de emplear todos los medios que las leyes conceden (y sabiéndolos utilizar no son pocos ni baldíos) para obtener la consiguiente reparación al agravio recibido. En este concepto, claro es que no podemos aprobar en absoluto la conducta del Sindicato... Pero menos aún es plausible la imprudencia de un Gobierno, que necesita del patriotismo casi heroico del País para conjurar los incesantes conflictos en que se ve arrollado por falta de tino ó de aptitud para gobernar.

El espectáculo de que ha sido y sigue siendo teatro Madrid, con motivo de la cuestión de los gremios, es verdaderamente lamentable. ¡Cuidado! dijeron con previsión bien justificada los hacendistas del partido conservador cuando el Sr. Camacho, dándose aires de haber descubierto un nuevo continente, presentó sus desdichados planes, que ni siquiera se dignó defender. ¡Cuidado con los peligros de tantas innovaciones que la experiencia ha de acreditar de irrealizables! No se oyó el consejo, y ahora se tropieza con los inconvenientes, que á tiempo no se quiso evitar.

Tras el subsidio, vendrá la contribución territorial; en pos de ésta los consumos, y antes ó después los inquilinatos; y los recibos de los recaudadores irán abriendo los ojos á los

incautos que, sordos y ciegos, no pudieron ó no quisieron prescindir de un entusiasmo tan ridículo como absurdo en los primeros momentos de funesta obcecación. Se ha rebajado, es verdad, el descuento de los sueldos del Estado, aspiración general á que los conservadores hubieran atendido sin comprometer el presupuesto de ingresos; pero se arruina á los comerciantes é industriales, se estruja á los propietarios, se grava á los consumidores y se recarga, en fin, á todas las clases, incluso las que pudieran considerarse beneficiadas, imponiéndoles tributos por infinitos conceptos... El crédito nacional padece, en consecuencia, y la Bolsa es campo de un ejército en derrota, que ni alientos conserva para esperar una revancha. Todos los valores están depreciados de una manera lastimosa...

Por otra parte, conocido ya el tratado de comercio franco-español, gracias á la diligencia de *El Imparcial*, resulta que nuestros intereses han sido gravemente perjudicados, en virtud de las concesiones hechas por el Gabinete de Madrid. Nuestro Gobierno ha aceptado en Francia la escala alcohólica, que hace veinte años viene España combatiendo en Inglaterra.

Todo vino que exceda de 15 por 100 de alcohol, que será la mayor parte del nuestro y del portugués, tendrá un recargo de 30 céntimos por cada 1 por 100 que exceda, es decir, que existirá gran diferencia entre lo que paguen nuestros vinos y los de Italia y Austria, que no excediendo de 15 por 100, sólo pagarán 2 francos por hectolitro. Además, nosotros cobraremos á Francia 2 francos por sus vinos no espumosos *de todas especies*, ó sea sin tener en cuenta su alcoholización, con lo cual nos importará sus vermot y demás vinos compuestos, mientras consiente que Italia le cobre 4 por ellos. Si á esto se agrega que muchos artículos que antes entraban gratis en Francia, como la caza, volatería, langostas, etc., ahora pagarán derechos; que otros, como plumas y perfumes, aumentan en el pago; que los que son objeto de nuestra principal importación allí, como naranjas, pescado, aceite, etc., siguen pagando lo mismo, y que si algo se añade al número de los que por conveniencia de Francia entraban sin pagar, son aquellas partidas que sólo pagaban el insignificante derecho de balanza de 30 céntimos por 100 kilos, resultará: 1.º Que nunca debimos admitir la escala alcohólica. 2.º Que, aun admitiéndola, como quedamos en peor estado que con el tratado existente, hubiéramos concedido de más concediendo á Francia el *statu quo* arancelario. Y 3.º Que, habiendo hecho nuevos sacrificios, nada menos que

en ochenta y nueve partidas del arancel, hacemos gala de una prodigalidad tan funesta como costosa.

Se ha dicho que, mediante el tratado, *quedan* libres de derechos muchos productos que hoy *están* gravados; pero, al decirlo, se comete el error de tomar las uvas por las pasas, cuando las primeras tienen poca importancia, y las *pasas* son la fruta española que por mayor valor entra en Francia, pagando ahora treinta céntimos los 100 kilos, en tanto que se pagará en adelante *seis francos* por la misma cantidad.

Téngase en cuenta que las uvas van á Francia en cortas partidas y las pasas por 14 y 15 millones de reales anuales.

Además, no ha podido menos de llamar la atención que, hallándose aún pendiente de la resolución de los Cuerpos Colegisladores la continuación de la base quinta de la ley arancelaria, el Sr. Camacho haya resuelto este asunto en el tratado con Francia, como si España hubiera consentido en tal continuación. Que esto y algo más significa el arancel convenido, con desprestigio de la representación nacional. Francia arregló primero sus aranceles generales, y después empezó las negociaciones con los demás países; pero aquí lo que se quiere es comprometer la firma de la Nación, para lograr lo que en una ley interior tal vez no se conseguiría.

Esperamos, sin embargo, que, así como las Cámaras francesas tuvieron energía bastante para rechazar su tratado con Italia en 1878, sabrán las nuestras rechazar la añagaza que se les propone.

¿Puede continuar dirigiendo el departamento de Hacienda hombre que de tal forma procede y tan osadamente aventura la suerte de los intereses nacionales? Claro es que, en buena lógica, el Sr. Camacho ha debido dejar el puesto á otro más apto ó más afortunado. Pero también es evidente que, con el Ministro de Hacienda ha debido caer todo el Ministerio, cuya fuerza principal dependía del éxito de la gestión financiera. Bueno ó malo, malo por desgracia, el plan Camacho es lo único que ha hecho la fusión en el poder. ¿En qué títulos puede ya apoyar su continuación al frente de los destinos del País?

¿Acaso en los proyectos que tiene en cartera el Sr. Alonso Martínez? ¡Malhadados proyectos, que, antes de nacer, han provocado el descontento de los mismos que más preferentemente estaban llamados á defenderlos y ampararlos! Para nadie es un misterio la actitud hostil en que, respecto de ellos, se ha colocado el fiscal del Tribunal Supremo, Sr. Linares Rivas, poco propicio á autorizar con su voto y su pa-

labra las peligrosas reformas apadrinadas por el actual Ministro de Gracia y Justicia.

En el despacho de este se han reunido los representantes de la prensa periódica para formular su respectivo criterio en punto á la legislación de imprenta. Paso de atención del señor Alonso Martínez, que no sin motivo se comparó al del cocinero que preguntará al pavo en qué forma prefería ser guisado. Como el gavilán que requiriese de amor á las palomas.

El Gobierno no quiere legislaciones especiales, sino la aplicación á los periodistas del derecho común. Dentro de esta doctrina caben, sin embargo, grados de penalidad muy distintos, y á esto manifestó desde luego el autor de la convocatoria que se limitaba su consulta.

Dos tendencias concretas y bien definidas se acentuaron en el curso de la discusión. Los defensores de la escuela conservadora sostuvieron la innegable especialidad que revisten los delitos de imprenta, mientras los demócratas abogaron por la aplicación del Código. En lo que fueron unánimes las opiniones es en que las penas aplicadas á la prensa deben ser muy suaves si han de ser eficaces.

Al hablarse de la cuestión de procedimiento, se trató incidentalmente del Jurado, y el Sr. Ministro de Gracia y Justicia hizo saber á los asistentes á la reunión que dicha forma de juicio no podrá plantearse hasta fines del año 1883.

Es de notar que la importancia de la prensa periódica aumenta y resalta de día en día. La Iglesia católica, no muy afecta á ella, por las propagandas de que es culpable contra las verdades reveladas, es ahora la primera á aconsejar que se la utilice en defensa de los buenos principios. Merecen ser transcritas las palabras que á este propósito dedica el romano Pontífice en su última carta á los prelados de Italia, sobre la situación del Pontificado y de la Iglesia en general.

«Se debe contraponer escritos á escritos, dice Su Santidad, á fin de que los mismos medios que tanto tienden á la ruina, se conviertan en salud y beneficio de las gentes, y de allí de donde procede el veneno, salga también la triaca. Por lo cual, es de desear que, al menos en todas las provincias, se establezcan periódicos, en cuanto sea posible cotidianos, que inculquen al pueblo cuáles y cuán grandes son los deberes de cada uno hacia la Iglesia. Póngase, sobre todo, á la vista los óptimos beneficios en todos los países recogidos por la religión católica, y hágase comprender cómo la virtud de la misma redundará siempre en sumo bien de la cosa pública y privada, mostrando cuán importante es que la Iglesia, en la sociedad, sea pronto elevada á aquel grado de dignidad, igualmente re-

querido por su grandeza divina y por la pública utilidad de las gentes.

» Para lo cual es necesario que aquellos que se dediquen á la profesión de escritores, procuren tener un pensamiento y una misma forma, la que sea más á propósito para proceder con juicio seguro, y obtener el objeto; graves y templados en el decir, reprendiendo los errores y las faltas, pero de modo que la reprensión no arguya acerbidad y guarde respeto á las personas, hablando con claro y sencillo lenguaje que pueda comprenderse sencillamente por la multitud.»

*Graves y templados en el decir*, escribe el Padre Santo, quizá justificando, aun sin pretenderlo, con esta sola frase, su oportuna desautorización de las pretensiones halagadas por los hombres de *El Siglo Futuro*, al encubrir un fin descaradamente político bajo la falsa apariencia de un testimonio de cariño á la Santa Sede. Se disolvió la junta central de la peregrinación carlista y ahora se llevará á cabo el acto bajo la dirección exclusiva de los Obispos.

Realmente no sentaban bien los envenenados rencores nocedalinos al frente de una manifestación que debía ser tan sólo religiosa. En el decir y en el hacer tienen mucho de que arrepentirse los explotadores del catolicismo á beneficio de la causa de un partido.

De esos odios casi de raza, que separan á nuestros hombres públicos, estaba completamente excluido un orador eminente, un sabio catedrático, honra de la ciencia, gloria de la tribuna, que acaba de bajar al sepulcro, entre manifiestas pruebas de simpatías generales. D. José Moreno Nieto ha fallecido víctima de traidora y rápida enfermedad, dejando un nombre imperecedero en los fastos de nuestras eminencias científicas y políticas. La prensa se ha apresurado á tributarle un homenaje de merecida consideración, registrando los más salientes rasgos biográficos de su importante personalidad.

Tenía, al morir, cincuenta y siete años de edad. Nació en Siruela, partido judicial de Castuera, en la provincia de Badajoz. Sus padres le dedicaron á la carrera del derecho, que con aprovechamiento concluyó. Pero no eran los libros de jurisprudencia lo que despertaba entonces en el alma de Moreno Nieto el amor al estudio: eran los vestigios arquitectónicos que de otras épocas existen en Toledo, punto en que nació su afán por conocer el idioma y la civilización arábiga.

Tan rápidos progresos en estos estudios hizo, que pronto mereció Moreno Nieto el concepto de profundo orientalista, que confirmó gallardamente en Granada, desempeñando la

cátedra de lengua árabe, la secretaría de la comisión de monumentos, la presidencia de la Academia Científico-literaria establecida en el Liceo de aquella ciudad, y el cargo de vocal de la junta de gobierno de la Academia de Bellas Artes de la misma. En todos estos puestos, Moreno Nieto justificó que la reputación que había adquirido, debíala á su gran talento, á su laboriosidad excesiva y á su ilustración, que ya en aquella época era notoria.

En Madrid ganó en brillante oposición la cátedra de Historia de los tratados. Fué nombrado en 1860 individuo de la Junta general de archiveros y bibliotecarios del Reino. La Academia de la Historia le eligió en 1863 para ocupar el sillón que dejó vacante la muerte del General San Miguel. Después, la Academia de Legislación y Jurisprudencia de esta corte le nombró su primer vicepresidente, siendo hasta el momento de su muerte individuo del consejo de gobierno de la misma corporación.

En el año de 1854 concedióle Granada sus sufragios para ocupar un puesto en la Asamblea constituyente, y desde entonces ha ejercido en muchas Cortes el cargo de representante de la Nación en el Congreso. En 1858 formó con Olózaga, Escosura, Madoz y otros, la comisión que debía dirigir un manifiesto al País. Más tarde prestó su concurso á la política del General O'Donnell.

En 1874, el Sr. Navarro y Rodrigo le nombró Director de Instrucción Pública. Después de la Restauración, fué presidente del Consejo de Instrucción Pública, en cuyo Consejo desempeñaba en la actualidad el cargo de vocal; en 1879, primer vicepresidente del Congreso de los Diputados, y presidente del Ateneo desde 1875 hasta el año de 1881. Ha sido rector de la Universidad Central y era catedrático de Derecho internacional en el mismo establecimiento de enseñanza.

Ha muerto siendo senador del Reino por la Academia de la Historia, académico de la de Ciencias Morales y Políticas, y desempeñando los demás cargos indicados, en la Universidad de Madrid, en el Consejo de Instrucción Pública y en gran número de corporaciones artístico-literarias. Sociedades extranjeras le habían nombrado de su seno, encargándole en ocasiones trabajos que llevó á término tan felizmente como era de esperar de su privilegiada inteligencia. En el periodismo deja, como en todo y en todas partes, lisonjeros recuerdos. Todo el mundo recordará sus excelentes artículos publicados en *La Voz del Litoral*, periódico consagrado á la defensa de los intereses de la marina, y que dirigió desde su fundación hasta su desaparición.

El Parlamento le contaba entre sus oradores predilectos. Palabra fácil, espontánea, muchas veces mortificación de los taquígrafos, que no podían seguirle, imágenes brillantísimas, períodos de grande elocuencia, polemista, era el señor Moreno Nieto una de las primeras figuras parlamentarias de nuestras Cortes, en las cuales tantos aplausos ha oído, tantas alabanzas ha escuchado y tantas muestras de entusiasmo y de respeto y de deferencia supo inspirar á todos los partidos. Militando en el liberal-conservador, riñó batallas con los adeptos de las escuelas radicales en las primeras Cortes de la restauración, pronunciando discursos que bastarían para hacer inolvidable su memoria.

Ha escrito poco. Entre sus obras merece especial mención la gramática arábica, que publicó Moreno Nieto á propuesta de la facultad de filosofía y letras de la Universidad Central.

El Ateneo de Madrid le profesaba grande afecto. Allí concurría diariamente, tomaba parte en las discusiones, conversaba cariñosamente con la juventud que frecuenta aquella docta casa, daba conferencias.... era, en una palabra, el alma del Ateneo de Madrid.

Su entierro ha sido una verdadera solemnidad. No hace muchos días estrechábamos su mano. Digamos hoy con Manuel del Palacio, que le ha consagrado un sentido soneto:

..... ¡Duro destino  
 Este por el que vamos arrastrados  
 Átomos á merced del torbellino,  
 Viendo al fin de la tarde, ya cansados,  
 Que bordan los linderos del camino  
 Girones de nuestra alma desgarrados!...

Y antes de dejar la pluma, cronista sólo de desventuras, dirijamos una mirada á la perla de nuestras Antillas, la infortunada Cuba, que se agita en honda y temerosa perturbación. Indiscretas tolerancias oficiales han difundido la alarma entre los amigos decididos de España. Se ha olvidado que allí no puede haber más que dos partidos políticos, españoles y separatistas, y sin retraer á éstos del culto de sus ideales se ha logrado malquistar á aquéllos con los llamados á representar los suyos. Cuide el Gobierno de evitar mayores males, y no olvide la sentencia de Aparisi: *Seréis dioses*; esta expresión dicha á los primeros hombres hizo en el mundo la primera revolución; *seréis reyes*; esta expresión dicha á los pueblos ha hecho la última.

¿Se ha dicho de nuevo y se ha tolerado, por ventura, en la grande Antilla?...

R.



## REVISTA EXTRANJERA.

---

**L**A atención del pueblo francés no puede siempre estar fija en los graves problemas del interior, ni en los complicados movimientos de fuera. Los asuntos demasiado serios exigen descanso á intervalos; y justo es que, así como el alegre Carnaval viene periódicamente á interrumpir la formalidad de la vida, haya también sucesos que de vez en cuando distraigan y den horas de agradable solaz. El hecho está además muy en carácter entre nuestros vecinos, que, aun en las situaciones más críticas, no pierden su afición al dicho punzante ni al *calembourg* ingenioso.

Toda la espiritual agudeza de los revisteros de París se ha agotado estos últimos días, para poner de relieve la coincidencia de dos singulares demandas judiciales, que se relacionan, sin embargo, con la libertad de las artes y de las letras. Un acuarelista de mérito ha expuesto un *Mercader judío de Bagdad*, que no pudo menos de provocar la hilaridad del público, que vió en el traficante judío de Oriente la fisonomía exacta de Alejandro Dumas, al mismo tiempo que un osado novelista de fama, Mr. Zola, se permitía hacer el bosquejo de un indigno leguleyo, bautizándolo con el nombre de Duverdy, nombre que lleva un abogado de alta posición en el foro. Calcúlese cuánto habrán menudeado las agudezas, las dichas risotadas y los escarceos de ingenio. ¿Tiene límites el derecho de un novelista á bautizar á un personaje como le

plazca? ¿Puede un dibujante provocar la burla del público con un caricaturesco retrato de persona conocida? ¿Qué derechos concede la propiedad del nombre, la propiedad del rostro?

El tribunal ha impuesto á Zola, á pesar de sus declaraciones de falta de intención, una indemnización pecuniaria, condenándole á hacer desaparecer el nombre del abogado Duverdy de la novela, y es también probable que, prevaleciendo el mismo criterio, resulte penado el caprichoso acuarelista. ¿Qué dirían nuestros ofendidos republicanos de allende, qué dirían Dumas y Duverdy de nuestras groseras caricaturas? Lo más práctico y también cuerdo es dejar á un lado pintor, novelista y tribunales, y no darse por ofendidos.

Así distraen los franceses el pensamiento de la endémica gravedad de las dolencias suyas; así interrumpen la monotonía de contar los tropiezos de la república.

\*  
\* \*

El Ministerio Freycinet-Say lucha con valentía por salvar la situación difícil que las circunstancias crearon. ¿Conseguirá vencer los peligros?

Sus dos más terribles adversarios son los gambettistas à *outrance* por una parte y los radicales por otra; los oportunistas y los diputados de la extrema izquierda, sin contar el movimiento socialista, que se acentúa por grados.

Los operarios de las fábricas de la industriosa y próspera ciudad de Roanne se han declarado en huelga, y otras huelgas se han producido también en la Grand'Combe, en las minas de Lalle (Bessèges). Los partidarios del colectivismo no desaprovechan nunca casos tales. No han debido faltar y no han faltado informaciones abiertas por los diputados socialistas de la extrema izquierda y dirigidas contra los dueños de las explotaciones; no han faltado ánimos levantiscos é intransigentes, siempre dispuestos á crear conflictos populares, movimientos revolucionarios, complicaciones y amenazas siniestras. Bessèges cuenta desórdenes relativamente graves: allí enarbolaron los huelguistas mineros la bandera roja; el Prefecto quiso arrancar aquella bandera defendida por 1.200 obreros, y luchas y arrestos se sucedieron. La administración pidió fuerzas á Bessèges y á Molières, fuerzas que acudieron, y los radicales indignados levantan aún hoy serias protestas contra ese envío de tropas. Agréguese á es-

tas asonadas los disfraces innobles de los pasados días de Carnaval, las mascaradas de los librepensadores de Montmartre, dirigidas por el ciudadano Alavoine, antiguo miembro de la Commune, encaminadas á ridiculizar las religiosas ceremonias de la Iglesia católica y toleradas por el comisario de policía que mandó poner en libertad á los detenidos por los agentes; agréguese la tentativa de incendio de la capilla Expiatoria por bandidos callejeros obedientes á la voz del diputado Roche, que ya dijo que, si aquel monumento no se demolía, sería quemado; agréguese á todo esto y á lo que omitimos la algarada promovida por los periódicos radicales contra el Gabinete Freycinet por la medida de expulsión dictada contra el activo nihilista Pedro Lavroff, y podrán comprenderse las dificultades con que lucha el Gobierno.

Y, sin embargo, no es aún esto lo más grave. Lo triste son los obstáculos suscitados por los más ardientes y poderosos partidarios de Gambetta. Sobre el asunto Lavroff se han callado, porque la expulsión fué ya un acuerdo del Gabinete Gambetta, y no falta quien relacione la amable complacencia de los gambettistas hacia los representantes del Czar con los ruidosos discursos de Skobelev; pero los proyectos de ley que á las Cámaras han presentado los caídos revelan sus inquietudes. Crean sin duda que son hostiles á la República el clero, la magistratura, parte del ejército, muchos de los empleados, la banca, el alto comercio, el capital y aun la burguesía, pues á todas estas clases se refieren los múltiples proyectos de ley que sostienen. Se comprende el odio antireligioso de ciertos individuos; pero, si se suprime la burguesía, si se despoja al capital, si se despoja al comercio y á la industria, si se purifica la Administración, el ejército, la magistratura y hasta el Ministerio, y se elimina al clero, bien podremos preguntar con *La Patrie*: ¿Dónde están, dónde quedan los partidarios de la República? ¿Dónde el equilibrio de las fuerzas sociales? Razón tenía un poeta:

Si todos ricos son, ¿á qué las manos  
desgarrar en trabajo rudo y fiero?  
«¡Pueblo rey! todos somos soberanos.»  
Tal vez exclame así mi zapatero  
cuando, al mirarlas por las suelas rotas,  
le mande á remontar un par de botas.

\*  
\* \*

La Cámara popular de Italia acaba de votar la ley sobre el escrutinio por lista, que sin duda alguna obtendrá también mayoría en el Senado. El ensanche de la base electoral política, saludado con aclamación por el partido liberal, allanará el camino, según muchos republicanos, de las reformas pacíficas, y traerá la muerte de la Monarquía. En oposición á estos plácemes, algunos periódicos de Roma, previendo una transformación próxima é inevitable de los partidos políticos, abogan por la formación de un partido *monárquico-progresista*, en el que quepan las fracciones de la derecha y de la izquierda, con un programa común de reformas económicas y políticas para combatir con energía á los enemigos del actual orden de cosas. Pero la formación de este nuevo partido exigiría abnegación en todos sus hombres, principalmente respecto á su jefatura, y no cabe una inteligencia eficaz entre los partidarios de Depretis y los que ante todo quieren su caída.

El partido del clero acepta también la lucha legal como el republicano, aspirando á conseguir evoluciones naturales y pacíficas, influyendo en la opinión. Así parece proclamarlo la última Encíclica del Papa, que aconseja la agitación legal para devolver al Papado su libertad, la publicación de periódicos religiosos en todas partes, periódicos escritos con moderación y respeto hacia las personas, y el uso de todos los medios que permitan las leyes. Este programa es la derogación de la antigua fórmula: «Ni electores ni elegidos.» (*Nè eletti, nè elettori.*)

No sería, pues, de extrañar el ver en Italia, por primera vez y en próximas elecciones, comités electorales afectos al clero y candidatos en cuyo programa figure de una manera más ó menos explícita hasta el restablecimiento del poder temporal de la Santa Sede.

\*  
\* \*

Poco ha variado la tirantez de la situación de Egipto. Afirma por una parte el nuevo Gabinete Barondi que las prerrogativas de la intervención anglo-francesa, objeto del tratado internacional, quedan intactas con el nuevo orden de cosas, y sostiene por el contrario los Sres. Colvín y Blignieres, representantes de Inglaterra y Francia, que la intervención tratada queda hoy absolutamente nula. Así lo

expresan los dos agentes en una protesta formulada el día siguiente de reconocer el Presidente del Ministerio Mahmoud-Barondi-Bajá atribuciones en la Asamblea legislativa incompatibles con el mantenimiento de la influencia anglo-francesa.

Ponen de relieve ambos agentes, y con verdad, la modificación profunda que han sufrido progresivamente las instituciones del País; dicen que la autoridad del Khedive y de sus Ministros recibió un golpe de muerte con el pronunciamiento militar de 1.º de enero 1880, llegando las cosas al punto de que una Cámara de delegados que en el reinado del anterior Khedive dió muchas pruebas de funesto servilismo, reivindique ahora derechos incompatibles con el estado actual del País y cambie á su antojo Ministerios, bajo la presión de algunos oficiales; y añade que poco importa que se afirme ó no la intención de no menoscabar las atribuciones de la intervención internacional, cuando los interventores no se hallan ya en presencia del Khedive y de sus Ministros libremente nombrados, sino de una Cámara y de un ejército en rebelión abierta.

Es exacto, y tal es la situación lamentable de las comarcas que baña el Nilo, con un simulacro de instituciones modernas y realmente víctimas de influencias y codicias extrañas. Quiso la astuta Inglaterra y quiso Francia, en tiempos de mayor poderío, dominar en aquellos valles, y hoy están condenadas las dos naciones á ver allí triunfante, para irrisión de la suerte, la política de Turquía, sostenida en sus derechos por Alemania, Austria é Italia, la tantas veces burlada Turquía que, reclamando ahora sus derechos soberanos, hasta llega á pedir cuentas á Francia é Inglaterra por no haber recibido ella las protestas que, dice, presentaron indebidamente al Gobierno de su súbdito el Khedive de Egipto, con desconocimiento de la autoridad suprema que al Sultán pertenece. Tan desusado lenguaje no ha podido menos de causar extrañeza.

Y en tanto que Inglaterra y Francia sufren en el Cairo desaires que no esperaban, las complicaciones de Túnez tampoco se resuelven. ¿Cuál es la situación de Francia ante el Rey, ante las Potencias, ante los mismos naturales de la Regencia? ¿Son los tunecinos súbditos de Si-Saddok ó del Gobernador general de la Argelia? ¿Ha de cesar la ocupación del País por las tropas francesas?

«Ni anexión, ni abandono,» repetía Gambetta, formulando una frase que, por decir demasiado, no dice nada. Y vemos que Freycinet profesa la misma doctrina; pero las con-

trariedades con que la República presidida por Grevy ha tropezado en Egipto deben hacerla precavida en Túnez, donde radica una cuestión financiera que asusta, donde Italia acecha y es adversario ladino y temible, y donde no han de acabar nunca, según parece, las rebeliones que nuevamente se anuncian ya de inquietas tribus.

\*  
\* \*

El personaje de todas las conversaciones en Europa, durante la segunda mitad del mes de febrero, ha sido el General ruso Skobelev. Sus brillantes hechos militares en la última guerra de Oriente y la importante posición que ocupa en su País, tenían que dar eco á sus palabras en el mundo político. Así ha sucedido, y el héroe de Plewna, que ya había pronunciado poco há un brindis panslavista en Rusia, no ha tenido inconveniente en repetir frases idénticas en París.

Los estudiantes serbios residentes en la capital de Francia acordaron dirigirle un mensaje entusiasta y enérgico, dándole las gracias por las afectuosas palabras que en Rusia había emitido en favor de los que en las montañas de la Bosnia, de la Herzegovina y de la Dalmacia, defienden la bandera de la independencia nacional y la riegan con su sangre... Se dirigieron al soldado cuya espada brilló en los campos de batalla de Europa y Asia, y le aseguraron la inmensa gratitud de toda la Servia, desde las orillas del Danubio hasta el mar Adriático.

A tan entusiasta felicitación hubo de responder el General con palabras igualmente calurosas. Empezó felicitándose al verse rodeado de los jóvenes representantes de la Nación Servia, que ha sido la primera en levantar la bandera de las libertades slavas en Oriente; dijo que Rusia no está siempre á la altura de sus deberes, porque es víctima de intrigas y fuerzas extrañas, hasta el punto de que no podrá verse libre de tan funestas influencias políticas, sino desenvainando la espada...; añadió con militar franqueza que el enemigo más peligroso para rusos y slavos era el autor del *Drang nach osten*, era el Imperio alemán, y que no podía ya evitarse una lucha próxima, larga, terrible y sangrienta entre el slavo y el teutón, ya que Alemania, que en 1871 conquistó con las armas su unidad, es hoy injusta oponiéndose á que los slavos obren de idéntica manera.

Todos los periódicos de Londres, de Berlín y de Viena han levantado naturalmente el grito, comentando llenos de indignación el exabrupto arranque del general Skobeleff; todos le acusan de perturbador de la paz europea, creyéndole quien menos un demente. El Czar ha tenido que calmar la alarma y dar una satisfacción á los Gabinetes de Viena y Berlín, llamando á San Petersburgo al distinguido General que ya había manifestado antes en París que emitía ideas privadas, sin carácter alguno oficial, y que no siendo hombre político, no debía haberse dado tanta importancia á sus discursos.

Lo más notable es que esta verdadera cruzada contra el ingenuo y bravo Skobeleff ha tenido su San Bernardo español. D. Emilio Castelar teme también una irrupción de la raza slava en el Occidente de Europa..., y predica la unión de las razas germánica y latina para defender la civilización amenazada. No hay, sin embargo, que alarmarse demasiado por tales pronósticos; porque hace diez años que el eminente orador del posibilismo creía, por el contrario, que los tres pueblos que impropriamente se llaman de raza latina, España, Francia é Italia, debían unirse para combatir el germanismo, es decir, el principio absolutista, y que esta alianza de Francia, España é Italia era el único medio de rejuvenecer estos viejos pueblos y restaurar el Occidente.

Bien se ha dicho que de sabios es el mudar de consejo.

S.



# BIBLIOGRAFÍA

*La Universidad de Salamanca en el tribunal de la Historia.*—Colón en Salamanca, por D. Domingo Doncel y Ordaz, bibliotecario honorario de la misma Universidad, individuo del cuerpo facultativo de bibliotecarios, archiveros y anticuarios, etc.—Folleto en 4.º, de 48 páginas, segunda edición, aumentada con nuevas notas.—Su precio, 4 rs. ejemplar.—Salamanca.—D. Sebastián Cerezo, editor, 1881.

\*  
\*\*

*El Ciclope.*—Drama satírico de Eurípides.—Primera versión del griego en castellano, dedicada á D. Marcelino Pelayo por su autor D. Federico Baraibar.—54 páginas en 8.º mayor.—Vitoria.—Establecimiento tipográfico de la viuda é hijos de Iturre, 1881.

\*  
\*\*

*Calderón.*—*Revue critique des travaux d'erudition publiés en Espagne à l'occasion du second centenaire de la mort du poète, suivie de documents relatifs à l'ancien théâtre espagnol*, par Alfred Morel-Fatio, professeur de littérature étrangère à l'École des Lettres d'Alger.—Folleto de 69 páginas en 4.º de esmerada impresión.—París, Librairie Espagnole et Américaine.—E. Dené, 1881.

\*  
\*\*

*Memoria sobre el poder luminoso del gas; influencia que ejercen en el alumbrado del mismo la rarefacción del aire, la presión barométrica y el estado higrométrico del mismo gas*, por D. Luciano Bremond, ingeniero director de la Compañía madrileña de alumbrado y calefacción por gas.—37 páginas.—Madrid, 1881.—Establecimiento tipo-litográfico, calle Real, número 1.

\*  
\*\*

*Situación de los ferrocarriles en 1.º de enero de 1882.*—Memoria de 100 páginas en 4.º mayor, publicada por el Ministerio de Fomento. Obras Públicas.—Establecimiento tipográfico de M. Minuesa de los Ríos.

\*  
\*\*

*Cuentos, dichos, anécdotas, modismos aragoneses*, que da á la estampa un soldado viejo natural de Borja.—Un tomo en 8.º de 164 páginas, esmeradamente impreso en Madrid, imprenta de D. A. Pérez Dubrull, 1881. Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, al precio de 6 rs.

\*  
\*\*

*La naturalización en los Estados Unidos*, por Antonio Flores, explenipotenciario del Ecuador en Colombia, Chile y el Perú, antiguo ministro de la misma República en Londres, París, Roma y Washington, etc., 1881.—Nueva York.—Imprenta de *Las Novedades*.—Folleto en 4.º mayor, de 83 páginas, de esmerada impresión, en el que se estudia con gran copia de datos y competencia la importante cuestión que su título indica.

\*  
\*\*

*Calderón de la Barca.*—*Estudio biográfico y juicio de este poeta*, por D. Hipólito Casas, catedrático del Instituto Provincial de León.—Imprenta de Máximo Alonso de Prado.—León.—Precio, una peseta.

\*  
\*\*

*Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos XV, XVI y XVII*; colección de Javier Liske, rector y catedrático de Historia en la Universidad de Laubarg.—Casa editorial de Medina.—Un tomo de 267 páginas.—Precio, 3 pesetas.

\*  
\*\*

*Ensayo poético sobre la conquista de Tenerife y La Palma*, por D. Antonio Zerolo.—Imprenta de Francisco C. Hernández.—Santa Cruz de Tenerife.—Precio, una peseta.

\*  
\*\*

*Juegos florales de Burgos.*—Composiciones premiadas en el certamen celebrado en esta capital bajo los auspicios del Ayuntamiento, durante las

ferias de San Pedro y San Pablo.—Un tomo de 187 páginas.—Imprenta de Timoteo Arnauz, Burgos.

\*  
\*\*

*Higiene de la vista*, por el doctor A. Magne, médico oculista de los Asilos del departamento del Sena.—Cuarta edición, revisada y aumentada con figuras intercaladas en el texto, traducida al castellano por D. Casiano Macías y Rodríguez.—Un tomo de 365 páginas.—Imprenta de Bailly-Bailliere.—Madrid.

\*  
\*\*

*Bibliografía romana*.—Noticias de la vida y de las obras de los escritores romanos desde el siglo XI hasta nuestros días.—Tomo I.—Imprenta Eredi Brota.—Roma.

\*  
\*\*

*Proyectos de leyendas para el siglo XX*, por un Agnóstico.—Un tomo de 213 páginas.—Imprenta de A. Pérez Dubrull.—Madrid.—Precio, 2 pesetas.

\*  
\*\*

*Epimenide di Creta e le credenze religiose de suoi tempi*, studio stórico-crítico filológico di Giuseppe Barone.—Un tomo de 201 páginas.—Imprenta de Angelis é hijo.—Nápoles.—Precio, 3 liras.

\*  
\*\*

*Catálogo del Museo de reproducciones artísticas*.—Un tomo de 123 páginas.—Imprenta de Aribau y Compañía.—Madrid.

\*  
\*\*

*Reseña y acta de la sesión pública celebrada en honor del Cardenal Jiménez de Cisneros el 30 de mayo de 1880*, por el Instituto, de que es titular bajo la presidencia del excelentísimo Sr. D. Fermín de Lasala y Collado.—Imprenta de Aribau.—Madrid.

\*  
\*\*

*Poesías de Jerónimo Lanz*, precedidas de una carta-prólogo de don Rafael M. de Mendive.—Un tomo de 158 páginas.—Imprenta de la viuda de Soler.—Habana.

\*  
\*\*

*Examen teológico-crítico de la obra del Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal, titulada «Vida de Jovellanos»*, por D. Miguel Sánchez.—Un tomo de 167 páginas.—Imprenta de Enrique de la Riva.—Madrid.—Precio, 6 rs.

\*  
\*\*

*Storia naturale della civiltá laggio di Gabriele Rosa*.—Un tomo de 329 páginas.—Imprenta de Stéfano Malaguzzi.—Brescia.—Precio, 3 liras.

\*  
\*\*

*La sombra del pecado*, poema por D. Benigno Piñán.—Imprenta de F. Maroto é hijos.—Madrid.—Precio, 1 peseta.

\*  
\*\*

*Polémica filosófica: ¿Garantiza mejor el progreso el sistema metafísico que el sistema experimental?*, por D. Telesforo García.—Imprenta de La Libertad.—Méjico.

\*  
\*\*

*La fuerza del destino*, poema, por D. Tomás Mur Lopeyrade.—Imprenta de la viuda é hijos de Iturbe.—Vitoria.—Precio, 1 peseta.

\*  
\*\*

*Guía del estudiante de segunda enseñanza*, publicada por el Instituto Provincial de Valencia.—Imprenta de M. Alufe.—Valencia.

\*  
\*\*

*Recreaciones científicas*, por D. Octavio Lois.—La muerte de la tierra.—Las trombas.—Los cínicos.—Los viajes aéreos.—El Génesis.—La evolución.—Fenómenos psíquicos.—Un tomo de 207 páginas.—Imprenta de José Alfredo Antúnez.—Pontevedra.—Precio, 10 rs.

# ÍNDICE DEL TOMO XXXVII

## 15 DE ENERO

Páginas.

D. Sebastián Fernández de Medrano, por D. A. Rodríguez Villa.....	5
La electricidad moderna (continuación), por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	30
Cartas descriptivas de una expedición de estudio á las minas de Almadén (carta IX), por D. Miguel Rodríguez Ferrer.....	59
Guía de la villa y archivo de Simancas (continuación), por D. Francisco Díaz Sánchez.....	74
Mis impresiones de viaje (continuación), por Segismundo Bermejo...	83
Aventuras de un saltimbanquis (continuación), por M. Greenwood..	107
Boletín bibliográfico.....	119
Crónica política, por R.....	123

## 30 DE ENERO

Diario de un viaje á Italia en 1839, por el Excmo. Sr. D. José María Queipo de Llano, Conde de Toreno.....	129
El impuesto sobre los sueldos y asignaciones del Tesoro de España durante el siglo XIX, por D. José Barzanallana.....	145
La expedición española á Italia en 1849 (continuación), por el Teniente general D. Fernando Fernández de Córdoba.....	163
Cartas descriptivas de una expedición de estudio á las minas de Almadén (cartas X y última), por D. Miguel Rodríguez Ferrer.....	180
La electricidad moderna (continuación), por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	193
Aventuras de un saltimbanquis (continuación), por M. Greenwood...	216
Boletín bibliográfico.....	237
Crónica política, por R.....	242
Revista extranjera, por L.....	250

## 15 DE FEBRERO

Páginas.

Diario de un viaje á Italia en 1839, por el Excmo. Sr. D. José María Queipo de Llano, Conde de Toreno (continuación).....	257
Arévalo.—Apuntes históricos, por D. Telesforo Gómez Rodríguez..	277
La electricidad moderna (conclusión), por D. Ricardo Becerro de Bengoa .....	305
Un cantar persa, por D. Manuel del Palacio.....	350
Aventuras de un saltibamquis (continuación), por M. Greenwood....	351
Boletín bibliográfico.....	364
Crónica política, por R .....	371
Revista extranjera, por L.....	379

## 28 DE FEBRERO.

Diario de un viaje á Italia en 1839, por el Excmo. Sr. D. José María Queipo de Llano, Conde de Toreno (continuación).....	385
Poetas americanos, por D. A. Fernández Merino.....	405
La Expedición española á Italia en 1849 (continuación), por el Teniente general D. Fernando Fernández de Córdoba.....	425
Mis impresiones de viaje (continuación), por Segismundo Bermejo... 452	452
Polystoria (continuación), por D. Vicente Tinajero y Martínez.....	463
Aventuras de un saltimbanquis (continuación), por M. Grenwood... 481	481
Crónica política, por R.....	494
Revista extranjera, por L.....	502
Bibliografía.....	510

